

SIRIO LOPEZ VELASCO



**LAS**  
**MÁSCARAS Y**  
**UN AMOR**  
**DE 1492**

Φ Phillos

# LAS MÁSCARAS Y UN AMOR DE 1492

Ya avanzaba la tarde cuando Río Fontes llegó a la estación Santa Lucía, de Venecia, en el tren que lo traía de Roma; en la ciudad eterna había visto lo que el tiempo le había permitido, después de cambiar dinero y comprar el pasaje del tren. Durante todo el viaje desde su país latinoamericano maldijo la mala ocurrencia de los organizadores de aquel Congreso Internacional de Filosofía Contemporánea, que de manera incomprensible habían hecho coincidir ese evento con el Carnaval. Una y otra vez pensó que aquella extraña decisión obedecía al deseo de ofrecer a los congresistas la oportunidad de un bello turismo filosófico, como era habitual en ese tipo de Congreso. Pero su sospecha en relación a la mala elección de las fechas se confirmó con un enojo de los grandes cuando en la oficina de información turística de la estación le dijeron que no había ni la menor posibilidad de encontrar alojamiento en la ciudad histórica, donde estaba la sede del evento; y lo orientaron a buscar una habitación en el hotel Martello, situado en el barrio moderno de Venezia Marghera; lo consolaron diciéndole que desde allí un ómnibus podía traerlo en menos de 20 minutos hasta la puerta de la ciudad histórica.

ISBN 978-65-5071-012-5



  
www.editoraphillos.com



LAS MÁSCARAS  
y  
UN AMOR DE 1492

**DIRECCION EDITORIAL:** Willames Frank  
**DIAGRAMA:** Willames Frank  
**DISEÑADOR DE CUBIERTAS:** Jeamerson Oliveira  
**IMAGEN DE CUBIERTA:** <https://www.pexels.com>

*El patrón ortográfico, el sistema de citas y las referencias bibliográficas son prerrogativas del autor. Asimismo, el contenido de la obra es responsabilidad única y exclusiva de su autor.*



Todos los libros publicados por Phillos Editor están sob los derechos de autor de Creative Commons 4.0  
[https://creativecommons.org/licenses/by/4.0/deed.pt\\_BR](https://creativecommons.org/licenses/by/4.0/deed.pt_BR)

2017 Editora PHILLOS  
Av. Santa Maria, Parque Oeste, 601.  
Goiânia-GO  
[www.editoraphillos.com](http://www.editoraphillos.com)  
[editoraphillos@gmail.com](mailto:editoraphillos@gmail.com)

Datos de catalogación internacional en la publicación (CIP)

---

S219p

Lopez Velasco, Sirio

Las máscaras y un amor de 1492. [recurso eletrônico] / Lopez Velasco, Sirio. – Goiânia, GO: Editora Phillos, 2019.

ISBN: 978-65-5071-012-5

Disponibile: <http://www.editoraphillos.com>

1. Filosofia. 2. América Latina. 3. Literatura. 4. Romance.  
5. Mascaras. I. Título.

CDD: 028

---

Índices sistemáticos del catálogo:

1. Literatura 028

SIRIO LOPEZ VELASCO

LAS MÁSCARAS  
y  
UN AMOR DE 1492

Goiânia-GO  
2019

Editora  
*Phillos*

# Direção Editorial

---

**Willames Frank da Silva Nascimento**

## Comitê Científico Editorial

---

**Dr. Alberto Vivar Flores**

Universidade Federal de Alagoas | UFAL (Brasil)

**Dr<sup>a</sup>. María Josefina Israel Semino**

Universidade Federal do Rio Grande | FURG (Brasil)

**Dr. Arivaldo Sezyshta**

Universidade Federal da Paraíba | UFPB (Brasil)

**Dr. Dante Ramaglia**

Universidad Nacional de Cuyo | UNCUYO (Argentina)

**Dr. Francisco Pereira Sousa**

Universidade Federal de Alagoas | UFAL (Brasil)

**Dr. Thierno Diop**

Université Cheikh Anta Diop de Dakar | (Senegal)

**Dr. Pablo Díaz Estevez**

Universidad De La República Uruguay | UDELAR (Uruguay)

## **Introducción**

Así como Sartre, a quien homenajeamos en “Las Máscaras”, usó otros medios, además del trabajo académico clásico, para expresar ideas filosóficas, nos aventuramos aquí en dos relatos novelados cargados de Filosofía.

Dedico este libro a mi esposa, María Josefina, rebautizada “Sara” en 1492, cuando ya nos conocimos, como se aprecia en el relato, a mis hijos Carolina y Sirio Roberto, a mi nuera Olivia, a mi primer nieto Sirio Lorenzo, y a toda mi familia y a la de mi esposa.

Sirio López Velasco

## LAS MÁSCARAS

Ya avanzaba la tarde cuando Ríó Fontes llegó a la estación Santa Lucía, de Venecia, en el tren que lo traía de Roma; en la ciudad eterna había visto lo que el tiempo le había permitido, después de cambiar dinero y comprar el pasaje del tren. Durante todo el viaje desde su país latinoamericano maldijo la mala ocurrencia de los organizadores de aquel Congreso Internacional de Filosofía Contemporánea, que de manera incomprensible habían hecho coincidir ese evento con el Carnaval. Una y otra vez pensó que aquella extraña decisión obedecía al deseo de ofrecer a los congresistas la oportunidad de un bello turismo filosófico, como era habitual en ese tipo de Congreso. Pero su sospecha en relación a la mala elección de las fechas se confirmó con un enojo de los grandes cuando en la oficina de información turística de la estación le dijeron que no había ni la menor posibilidad de encontrar alojamiento en la ciudad histórica, donde estaba la sede del evento; y lo orientaron a buscar una habitación en el hotel Martello, situado en el barrio moderno de Venezia Marghera; lo consolaron diciéndole que desde allí un ómnibus podía traerlo en menos de 20 minutos hasta la puerta de la ciudad histórica. Ríó recordó que parte de la culpa era ajena a los organizadores del Congreso; la agencia del Ministerio de Educación que pagaría su pasaje, estadía e inscripción había confirmado el desembolso de la suma correspondiente sólo una semana antes del inicio del encuentro, por lo que no hubo tiempo de hacer ninguna reserva en algún hotel de la ciudad vieja,

y de milagro y pagando más caro que lo habitual para la época, consiguió una plaza en un avión con destino a Roma, pues ya le habían cancelado la reserva. Al mismo tiempo todo obstáculo le parecía menor ante la oportunidad que ese Congreso le daba de escuchar voces de diversos países que lo ayudasen a revisar o afinar la fe política que lo había acompañado desde la adolescencia. Porque el mundo distaba mucho de aproximarse al estado que él soñaba hacía medio siglo, y podía ser enriquecedor para leer el presente y otear el futuro, oír a gente proveniente de diversos países, que tenían muchas fuentes teóricas semejantes a las suyas, aunque divergieran en sus interpretaciones y elaboraciones personales.

Arrastrando la valija subió y bajó las escaleras del Puente “dei Scalzi” y caminó hacia el límite de la ciudad vieja, y en la Piazzale Roma tomó un taxi que lo llevó hasta el hotel. Cuando se bajó constató que aquel barrio podría ser parte de una zona de clase media de cualquier ciudad latinoamericana, pues allí nada olía a Historia antigua. El hotelito tenía dos plantas. Un estrecho y corto zaguán conducía a un pequeño mostrador desde el que se veía una salita destinada a servir el café de la mañana. Por lo menos debe tener el desayuno incluido – pensó Río. Lo atendió el dueño en persona, y no hubo ningún problema de comunicación, pues el buen hombre, así como su mujer, hablaban razonablemente español y portugués. Le confirmó que efectivamente le quedaban tres habitaciones libres y que el desayuno estaba incluido, y el cansancio y la situación le hizo aceptar sin chistar el precio anunciado por el dueño. Éste cargó su valija y lo

condujo escalera arriba hasta la habitación número tres; Río notó que el número estaba dibujado a mano, lo que confirmaba la modestia del establecimiento. La habitación, como era de esperarse, era sobria, pero tenía todo lo indispensable para que un académico que entraba a la tercera edad aguantase un Congreso de cinco días; una cama que se reveló confortable, aunque se hundía más de lo deseado, un roperito, una mesa con dos sillas, una televisión, un radiador de calefacción y un pequeño baño privado con duchas; en las paredes había dos enchufes disponibles; en una de las paredes se abría una ventana que daba hacia el estrecho frente del chalet, y en otra podía dar luz otra ventana que, como resultado de un muy mal cálculo, se ocultaba exactamente atrás del cartel que lucía el nombre del hotel.

El dueño lo miró como para oír una opinión y Río dijo que estaba bien; entonces le pidió su pasaporte y le solicitó que después de instalarse pasase por la recepción para llenar la ficha correspondiente. Acto seguido le deseó buena estadía y se retiró. Río puso la valija arriba de la cama y fue sacando y acomodando su austero equipaje en el ropero. Compulsó el celular; no tenía ningún mensaje; le escribió uno cortito a su mujer, informándole de que había llegado bien a Venecia y le daba el nombre del hotel donde se alojaba. Después se acostó vestido boca arriba y comprobó que la TV funcionaba; para su agrado descubrió que recibía canales de varias partes de Europa. Se duchó, cambió de ropa, y bajó a la recepción. Se registró y el dueño le dijo que no servían cena. Preguntó si se podía comer algo cerca de allí y el dueño le indicó un lugar algo

distante para ir caminando a aquellas horas y con el cansancio auestas. Decidió aguantar el hambre hasta el desayuno, y pidió orientación sobre cómo llegar a la Università Ca' Foscari Venezia donde se desarrollaría el Congreso. El dueño le regaló un mapa turístico, que entregaba a todo huésped, indicándole el ómnibus que podía tomar a unos trescientos metros del hotel y el recorrido que debería hacer caminando desde la terminal en la Piazzale Roma, situada a las puertas de la ciudad histórica, para llegar a la dirección que Río le había mostrado: Dorsoduro 3246; el dueño le dijo que no había cómo perderse pues la sede de la Universidad daba al Gran Canal. Río agradeció y se recluyó en su cuarto. Juguetó un poco con el control remoto de la TV mientras su cabeza estaba en el Congreso.

En un canal francés estaban pasando una miniserie en la que en un Congreso filosófico realizado en Río de Janeiro en la segunda mitad del siglo XX ocurrían cuatro muertes misteriosas, y el protagonista, descansando en una habitación de hotel desde la que se veía el Cristo Redentor encendía distraídamente la TV y veía que daban una película en la que en un monasterio del norte de Italia en la primera mitad del siglo XIV, la celebración de un encuentro de teólogos era palco de cuatro muertes dudosas, y su personaje principal hojeaba un manuscrito del siglo I antes de Cristo que relataba cómo en la Academia platónica habían sucedido dos siglos antes cuatro muertes sospechosas. En ese momento la programación fue interrumpida por la publicidad y Río pensó que ese juego de pequeños infinitos era un recurso

narrativo seductor, pero que cosas así nunca acontecían en la realidad.

Apagó la TV. Con la cabeza pesada y la esperanza de encontrar alguna luz en el Congreso, sólo logró conciliar el sueño después de muchas vueltas en la cama.

Tomó el frugal desayuno del hotel, que le dejó sabor a poco, y la dueña, tan amable como su marido, le devolvió el pasaporte y le regaló dos boletos de ómnibus, recomendándole que comprara los que necesitase en la Piazzale Roma. Salió apretándose el cuello del abrigo. Para su suerte en la parada del ómnibus tuvo que esperar sólo algunos pocos minutos. Observó que algunos pasajeros no marcaban su boleto y se instalaban mirando distraídamente por la ventanilla. Río pensó que aquel gesto emparentaba carnalmente a los italianos con lo que en A. Latina se llama “viveza criolla”. En una esquina el ómnibus se detuvo y el chofer abrió la puerta para dialogar a gusto con una mujer que estaba en la vereda. Río pensó que ese era otro gesto que aproximaba Venezia a sus tierras. En ese largo momento se entretuvo mirando detenidamente a un hombre que en la puerta de un pequeño comercio que exponía en la acera productos carnavalescos, tenía varias máscaras en la mano; el hombre miró el ómnibus detenido y parsimoniosamente entró al comercio, sin duda para pagar lo que había decidido comprar. El chofer concluyó con una amplia sonrisa su charla de conquistador y el ómnibus prosiguió su camino. A los pocos minutos llegó a la terminal y se vació en un santiamén. Con su italiano rudimentario aprendido en las películas de Gassman y Sordi, Río

preguntó al chofer dónde podría comprar boletos y éste le indicó una agencia que estaba allí mismo del otro lado de la calle. Mientras hacía la compra confirmó la ruta que debía seguir dentro de la ciudad histórica. El empleado le indicó con gestos malhumorados que no cruzase ninguno de los puentes que había allí cerca, y que bordeando por fuera el río Nuovo llegaría al Gran Canal, para encontrar en el cruce de ambos la Universidad que buscaba. Bordeando el río Nuovo se sintió zambullido en la Historia; tanto más que ahora no sufría el cansancio que lo dominaba el día anterior cuando por primera vez vio con sus propios ojos el casco histórico. Comprobó que cada puente tenía su nombre y ello ayudaba al lugareño y al visitante a orientarse. Pero lo que más contribuía a esa difícil tarea dentro de aquel laberinto eran los muy frecuentes carteles que indicaban “San Marcos” o “Rialto”. A los pocos minutos su trayecto se topó con un canal que no podía ser atravesado directamente al bordear el río Nuovo, pues allí no había ningún puente, pero al cabo de un desvío de algunas cuadradas, volvió a su camino anterior y acabó llegando a su destino

La Universidad tenía su sede en el Palacio Ca' Foscari, con su planta baja y sus tres pisos recostados tanto en el Canal Grande como en el río Nuovo. Era un gran palacio de cuatro plantas cuya fachada principal daba al Gran Canal y la fachada secundaria al río Nuovo. Era de color ocre y los extremos de la fachada principal alternaban ladrillos ocres y blancos. La planta baja tenía pequeñas ventanas rectangulares u ojivales sin ningún adorno, y en ella, además de la puerta principal de forma

ojival, se abrían dos otras pequeñas que daban al canal y servían para el pasaje tanto de personas como de mercancías que llegasen en alguna embarcación. A lo largo del primero y segundo piso todas las ventanas eran ojivales y acompañadas de balconcitos blancos. En la parte destacada de la fachada principal las ventanas estaban además acompañadas de esbeltas columnas blancas que terminaban en círculos más blancos aun, sin duda hechos de mármol o estuco; culminando esa parte en el segundo piso se destacaba un friso blanco donde dos parejas de angelitos ladeaban un escudo, cargando cada una especie de cesto. El tercer piso de toda la fachada principal tenía ventanas ojivales sin balcones. La fachada secundaria que daba al río Nuovo era mucho más austera y sólo contenía en cada piso una fila de ventanas ojivales desprovistas de columnas, adornos y balcones. Al entrar por la puerta principal una placa especificaba que el edificio había sido construido en estilo gótico por el Dogo Francesco Foscari aproximadamente en 1429 y reconstruido en 1453.

Le indicaron que subiera hasta el segundo piso, donde se registrarían las inscripciones de los congresistas y se desarrollaría el grueso de las actividades del evento. Al llegar allí descubrió una hermosa vista sobre el Gran Canal; a ambos lados de la vía de agua aparecían los grupos de postes de madera hincados en el lecho, que servían para amarrar las embarcaciones y se interponían como una valla ante las fachadas lamidas por el agua; al pie del Palacio estaban pintados en espirales rojos y blancos, y en la parte de enfrente por el lado izquierdo los

espirales eran azules y blancos; un poco más adelante y del lado derecho sus espirales eran verdes y blancos; a lo lejos eran visibles dos iglesias, una de torre rectangular y otra que mostraba su cúpula abovedada; del lado izquierdo se adivinaban las dos agujas de otra iglesia. Hacia el lado del patio interior enlosado la escena era totalmente diferente del esplendor de las fachadas, pues allí una “ele” de paredes blancas abrigaban una serie de ventanas sin ningún adorno; hacía frente al lado mayor de la “ele” un muro ocre, sin aberturas; un solitario arbolito trataba de ponerle un poco de verde a la austeridad de ese espacio. En una larga mesa lo recibió una de las azafatas de la recepción; explicó que había avisado por email que podría pagar la inscripción sólo en aquél momento; la atractiva muchacha le preguntó si era expositor en alguna sección y dijo que presentaría un trabajo en la sección intitulada “Revisitando a Sartre”, y también asistiría como oyente a la dedicada a la Filosofía Política Contemporánea; la muchacha buscó su nombre en la lista de los expositores y lo encontró en la sección indicada; le cobró el importe debido, aclarando que no debía pagar ninguna tasa extra para ser oyente, y le entregó una tarjeta de identificación para colgar en el cuello, y un pequeño portafolios de tela donde tenía toda la Programación y Resúmenes del evento, un mapa turístico de la ciudad, un bloc de notas y una lapicera; le dio la bienvenida y le aclaró que allí mismo podía informarse y contratar alguna excursión por las islas cercanas o la entrada a algún espectáculo carnavalesco. Confirmó que su presentación debía ocurrir en la mañana del día siguiente. Como las tarjetas de

identificación de los Congresos siempre le habían recordado los crespones que se ponen a ovejas y vacas en las exposiciones ganaderas, Río guardó la suya en un bolsillo de su camisa. Faltaban algunas horas para la inauguración del Congreso, y decidió recorrer un poco la ciudad antes de almorzar y volver a la Universidad para soportar el acto inaugural y de inmediato oír a los primeros expositores en la sección dedicada a Sartre.

Como enfrente al Palacio Foscari no había ningún puente, bordeó la fachada secundaria que daba al río Nuovo, y a las dos cuadras encontró el primer puente que cruzaba esa vía de agua, para después dejarse guiar por los carteles que indicaban “per Rialto” y aparecían juntos o separadamente a los que marcaban “per San Marco”, o, simplemente “Rialto” o “S. Marco”. En general eran de color amarillo y con letras negras, pero en más de una ocasión notó que esas indicaciones estaban hechas a mano con cualquier color y colocadas en lugares inusitados, por lo que se deducía que cualquier turista distraído, si perdiese alguna de aquellas pistas, extraviaría su camino hacia esos dos grandes puntos de referencia de la ciudad. Mientras caminaba sin perderse detalle de las casas que a veces en precario estado ladeaban callejones estrechos y en cuyos balcones colgaban al lado de algunos malvones prendas de ropa de casa y de vestir, o al entrar a más de una Corte semidesierta rodeada de casas de familia, Río concluyó que su mujer tenía razón cuando dijo que si Florencia tenía espectaculares museos, toda Venezia era un gran museo; pero habría que agregar “un museo vivo”, porque en esos callejones y cortes enlosados y sin turistas

vivía gente de carne y hueso como en cualquier ciudad del mundo, con sus apuros económicos, sus líos y fiestas de familia, sus festejos por cada nacimiento y su dolor en cada muerte. De vez en cuando y contra cualquier pared aparecía una diminuta fuente que recibía el agua que caía en permanencia de un grifo metálico; las palomas tornasoladas y gordas no perdían la oportunidad de saciar allí su sed. En la medida en que avanzaba hacia Rialto las casas de venta de *souvenirs* y los restaurantes se fueron haciendo más frecuentes; entre éstos abundaban los pequeños, que apretaban en la acera cuatro o cinco mesas con mantelitos cuadriculados en rojo o verde; se adivinaba que sus dueños vivían en alguno de los dos o tres pisos que sobrevolaban el pequeño comercio. Notó que las pequeñas plazas enlosadas y sin árboles recibían el nombre de Campo, y cada uno portaba su nombre en alguna placa situada en alguna de las paredes que lo rodeaban. Algunos de los puentes más chicos se estiraban arriba de algún canalcito donde flotaban un par de botes de uso comercial, o que estaban simplemente desiertos y con sus aguas paradas; pero al lado de uno de ellos Río se detuvo a contemplar dos góndolas vacías que allí estaban amarradas; una tenía los asientos forrados con lienzo rojo y la otra con lienzo azul; su madera relucía con un negro brillante. No vio en su interior remos y se imaginó que aquello era una precaución contra cualquier atrevido que quisiese subirse a alguno de aquellos cisnes de madera para recorrer gratis algunas de las vías de agua de la ciudad. En esos pequeños, solitarios e inmóviles canales no sintió el olor nauseabundo del que se habían quejado

algunos visitantes, según notas que había oído o leído; debe ser que el frío y el sol débil ayudan – pensó. A paso lento y observador había hecho más de media hora de caminata cuando desembocó en la calle “dei Boteri”, más ancha que los callejones. En la vidriera de una panadería descubrió bizcochos y dulces que había visto en el Río de la Plata y dedujo que la influencia veneciana había llegado hasta aquella recóndita región también de manos de su repostería. Lo mismo podía cogitar de los muy variados gustos de helado que descubrió tras la vidriera de un comercio cercano. Otro pequeño negocio ofrecía vinos y licores, y en su acera diversas frutas y verduras muy limpias, a precios que le parecieron exagerados. Las ventanas de las casas tenían pequeños toldos móviles para proteger los interiores de los impiedosos soles veraniegos. En sus balcones las flores lucían tonos más claros que los de los rojos malvones que antes había visto. En una esquina apareció una pescadería en la que dos empleados se afanaban cargando en un carrito de mano algunos cajones de pescado que exhalaba su olor algunos metros a la redonda y que sin duda sería distribuido a restaurantes de la zona. En las aceras menudeaban los puestos desmontables de los comercios respectivos que vendían camisetas, gorros, carteras de tela, y algunos otros artículos con el nombre “Venezia” estampados en lugar muy visible; también había camisetas de clubes de fútbol italianos. Río compró para su mujer una de aquellas carteras, a rayas horizontales azules y blancas; para su hija eligió una camiseta con el nombre de Venezia, y para su hijo compró una camiseta de la Inter de Milán; todo a

precio razonable para los padrones venecianos. Pasó el arco del “Sotoportego di Biagio” y se sorprendió con un austero edificio blanco de tres plantas, de estilo más moderno que los que lo rodeaban y que albergaba una sucursal de la Banca di Roma, a pesar de que sus dos ventanas del primer piso lucían balcones que evocaban sin dudas una casa de familia. Ahora el espacio de los transeúntes se estrechó por los continuos puestos callejeros desarmables donde colgaban sus productos los respectivos comercios situados a ambos lados de la calle. De pronto apareció una feria vecinal con puestos cubiertos por toldos, al pie de una iglesia de color ocre que ostentaba en su cima tres delicadas campanas que sobrevolaban un gran reloj blanco incrustado en la fachada, al que hacían compañía cuatro ventanas circulares y que tenía debajo un gran vitral semicircular. Constató que allí los precios eran más accesibles que en el mercadito que había visto hacía poco, y decidió comer alguna fruta. Se sentó en los escalones de una de las arcadas que delimitaban la pequeña feria desde dos de sus lados. Comió con placer unas uvas y un damasco, observando el ir y venir incesante de más turistas que lugareños. Entre las dos arcadas se abría una plazoleta en la que tres *containeres* medianos dotados de ruedas y pintados de verde almacenaban los deshechos de la feria y en cuyo centro se levantaba una fontana de mármol y ladrillos pintados de blanco más grande que las que hasta entonces había visto; pero como en las anteriores, de su pilar central de un metro y medio de altura, sendos grifos dejaban caer continuamente finos chorros de agua. Con

gusto allí se lavó las manos y se secó con su pañuelo. Como pudo le preguntó al comerciante a quien había comprado las frutas adonde se llevaba la basura de los tres *containers*; el hombre le dijo con palabras y gestos que se cargaban en una barcaza recolectora de basura en el Gran Canal cercano. Sólo entonces Río percibió que muy cerca después de la iglesia contigua a la feria se levantaba la escalinata de un gran puente de material, todo blanco, que no podía ser sino el Rialto, atravesando el Gran Canal. A los pocos metros lo confirmó. Una nube de gente subía o bajaba mezclada en las dos grandes escaleras laterales descubiertas del puente, formadas por escalones bajos y espaciados que facilitaban el tránsito, y ladeadas por barandas de pequeñas columnas. Su centro estaba ocupado por un pasaje cubierto y donde se apretaban locales comerciales, pero que abría sus arcadas a uno y otro lado del canal. En la parte superior y central del puente un gran arco daba paso a los transeúntes; en su frontispicio la cara barbuda de un hombre, quizá dios, quizá humano, que le recordó el Moisés de Miguel Ángel, miraba con gesto serio a los pasantes. A ambos lados del canal desfilaba Venezia, ya en góndolas, ya en barcos particulares, ya en “vaporettos” que son sus ómnibus acuáticos y que tienen allí mismo al lado del puente una de sus paradas. Río contempló un largo rato aquel paisaje encantado y resolvió bajar las escalinatas hacia el otro lado del canal. Bordeándolo ligeramente notó que el puente en su parte inferior saltaba el canal en una sola gran arcada cuyos muros de sustentación avanzaban un poco dentro del agua; y que en su parte superior ladeaban al gran arco central

sendas arcadas de seis ojivas cada una. Caminó un poco más y después de pasar la estatua de Goldoni que con su ágil bastón parecía imitarlo, entró a un largo y estrecho sotoportego que unía dos calles paralelas, porque vio que a su entrada se anunciaba el “ristorante Da Mario” y allí decidió porque sí almorzar. Se sentó en una mesita cubierta por el infaltable mantel cuadrículado, que en este caso era rojo y blanco, y tras mirar rápidamente la Carta pidió el menú turístico, porque por un precio accesible le ofrecía una entrada, un plato principal, un postre y una copa de vino o un refresco. Aunque escasas las porciones del menú no dejaban que desear en su calidad; las acompañó con un refresco, ya que el precio no cubría un jugo natural, como los que le gustaban de verdad, pues bebía muy poco alcohol; y a quienes recién lo conocían aclaraba que aquella renuncia no tenía nada de santidad, sino que simplemente no tomaba mucho alcohol porque desde su pubertad le había parecido demasiado amargo. Preguntó al mozo cual vaporetto podría tomar en el Rialto para ir hasta el Palacio Foscari, cuya ubicación le mostró por las dudas en el mapa; el mozo se lo dijo de buena gana al tiempo que se embolsaba la modesta propina que dejó Río.

Tomó el vaporetto y llegó con tiempo sobrado al acto inaugural del Congreso, pues el mismo empezó con más de una hora de retraso en relación al horario previsto. Hablaron brevemente y para dar a los participantes la bienvenida y desearles un proficuo trabajo, un representante de Venezia y el Rector de la Universidad, que se definió como un no filósofo amante de la Filosofía;

luego hizo uso de la palabra un poco más extensamente pero sin exagerar la Presidente de la Comisión Organizadora del Congreso; al terminar indicó la ubicación del gran salón donde se harían las reuniones plenarias, y la de los diversos salones menores que albergarían las diferentes sesiones, seminarios y minicursos. Río se dirigió hacia el de la sección dedicada a Sartre. Entró al salón uno de los primeros y en los que progresivamente iban llegando no vio ninguna cara conocida, ni de hombre ni de mujer. El público no era numeroso, comprobando que Sartre había salido de moda hacía un buen tiempo. Los dos micrófonos que había en la mesa situada arriba de un pequeño estrado y cubierta por un paño rojo eran a todas luces innecesarios. De a poco se llenaron las cuatro sillas que situadas atrás de la mesa se recostaban contra la pared.

Tras una espera de unos quince minutos sobre el horario fijado, y con una innegable cara de desilusión ante el escaso público, un hombre seco y alto como una lanza, que se identificó como Renzo Ústica y docente en la Universidad de Bologna, abrió los trabajos. Pasó la palabra al primer expositor y sólo entonces Río se dio cuenta de que se trataba del hombre a quien había visto comprando máscaras en Marghera; Ústica lo presentó como el profesor Martín Vega, de la Universidad de Logroño. Era más alto que la media y de porte atlético; tenía grandes entradas en el pelo castaño, y lucía un bigote espeso y bien cuidado. El tema de su comunicación, leída en español, era “El infierno son los otros”. Explicó inicialmente que en su pieza teatral “Huis Clos”, Sartre no

se refiere a la guerra social de todos contra todos que hizo decir a Hobbes que en el estado natural el hombre es un lobo para el hombre, sino a una situación existencial primordial de cada ser humano y que al parecer carece de violencia; en efecto postula Sartre en “El ser y la nada”, inspirado por Husserl y Heidegger, que lo propio de la conciencia de cada ser humano es tratar de escapar a la facticidad del ser del mundo, que se perfila ante ella como una colección de cosas; pero sucede, agrega, que cuando soy mirado por otra persona, me veo por ese acto reducido al estatus de cosa; de ahí que Sartre, fiel a su ateísmo, proclamó que “Mi caída original es la existencia del Otro”. Así el Otro siempre se interpone como un obstáculo a mi tarea de negación de la coseidad para afirmarme como esa propia nada respecto del ser, que, en tanto que negación de la necesidad propia a las cosas, se erige como libertad.

Ahora bien - prosiguió Vega - después de la Segunda Guerra Mundial el filósofo francés descubrió la dimensión política de la existencia, y eso lo llevó en el plano teórico a escribir en 1946 “El existencialismo es un humanismo”, y en el plano práctico a ser, como él mismo se definió después, un compañero de ruta de los comunistas entre 1951 o 1952 y 1956. En el citado opúsculo Sartre matiza su visión infernal del otro, porque ahora dice que la permanente elección libre a la que cada ser humano está condenado, tiene un criterio por cuanto cada vez se elige pensando y en nombre de la Humanidad entera; o sea que cada Otro no aparece más como un obstáculo a mi libertad sino como una referencia que debo

tener en cuenta a la hora de practicar cada acto de elección, y por ende, cada acción.

Aquí –siguió diciendo Vega- hay una inesperada aproximación al pío Kant, que exigía que cada quien obrase según una máxima que pudiese ser asumida como norma moral por cualquier otro ser racional. Y también y más que nada con la idea marxiana según la cual, si se supera la situación hobbesiana que proviene de la atomización de los individuos en la competencia capitalista, entonces el Otro no aparece más como límite a mi libertad, sino como prolongación de la misma en un convivencia mutuamente solidaria. Por eso – agregó Vega – es perfectamente coherente la aproximación de Sartre a los comunistas y su utopía de una sociedad sin clases en la que cooperando solidariamente cada uno contribuya al bienestar de todos según su capacidad y reciba del producto comunitariamente gestado lo que corresponda a su necesidad.

Ahora bien, aclaró Vega, años después el filósofo francés se apartará de los comunistas y ese alejamiento se puede leer en códigos práctico-políticos y también teóricos. En el primer plano lo que motiva el alejamiento de Sartre es la brutal represión de las tropas soviéticas a la rebelión popular húngara, que en principio y por lo menos en su ala izquierda, pedía un socialismo con libertades. Y en lo teórico Sartre debe haber juzgado que había concedido mucho al punto de vista marxiano que interpreta al individuo como un nudo de relaciones, salteándose la densidad propia de cada individuo. Por eso en su “Crítica de la razón dialéctica” Sartre restablecerá en

todos sus fueros al individuo, aunque éste despliegue su vida en una trama de inevitables relaciones sociales con otros.

Mas hay que preguntarse si en esa obra hay una vuelta al primer Sartre – exclamó Vega. Y de inmediato se respondió diciendo que no, porque si ello fuera así sería inexplicable la actividad teórica y práctica del filósofo francés a lo largo de los movimientos de 1968 y su posterior acercamiento a los maoístas. Y aunque después haya tomado distancia de los maoístas, el proyecto en el que Sartre se metió de cuerpo y alma al cofundar el diario “Libération” parte del principio que él mismo explicitó a través del eslogan “el pueblo habla al pueblo”; de lo que se desprende –señaló Vega- que hasta su muerte no volvió a pensar en la perspectiva de individuos aislados, sino en la de colectivos cooperantes. Queda la pregunta – concluyó Vega – de saber si realmente Sartre logró o no una síntesis consistente de sus dos grandes etapas de pensamiento, porque o la libertad individual es absoluta o no lo es, y porque la realidad del día a día continúa mostrando que los Otros sí pueden ser y muchas veces son efectivamente, el infierno.

Algunos breves y comedidos aplausos siguieron a la exposición de Vega, y el presidente pasó la palabra a la profesora Anne Rose Dubois, profesora en la Universidad de Nanterre, que hablaría sobre “Sartre, Simone de Beauvoir y la mujer”. Anne, de estatura mediana y complexión menuda, de figura dulce y de ojos y cabellos claros, habló en francés, y empezó recordando que la pareja que formaron Simone y Sartre duró varias décadas,

pero que ellos habían sido de los primeros que inauguraron públicamente una relación sin casamiento formal y caracterizada como abierta, en la que ambos, además de compartir por lo menos en una ocasión una amante mujer, se permitieron mutuamente todas las aventuras amorosas o sexuales que a cada uno pluguiese. Esa actitud correspondía sin dudas al comportamiento auténtico que reivindicaba el existencialismo, contraponiéndose a toda hipocresía religiosa, burguesa, o incluso estalinista. Ahora bien- continuó Anne- si ambos filósofos se entendieron tan bien en clave existencialista, trataré de mostrar que no obstante hay una diferencia crucial entre la visión que uno y otro tuvieron de la mujer. En el plano teórico hay que recordar que “El ser y la nada” tiene por subtítulo “Ensayo de ontología fenomenológica”, y que en esa obra hay un célebre pasaje consagrado al análisis de los huecos; dice Sartre que es propio del ser humano tratar de reconstituir el ser esférico y compacto descrito por Parménides; por eso, dice, el niño tapa el agujero de su boca, introduciendo allí su mano, y el sexo de la mujer es un hueco que atrae irresistiblemente el deseo del hombre por llenarlo. Nótese – remarcó Anne- que aquí hay una figura negativista y pasiva de la mujer, reducida a un hueco que espera ser llenado por el hombre. Simone de Beauvoir, al contrario, afirmará a la mujer como una igual que el hombre, y denunciará que la femineidad reducida a la dominación masculina, a la tarea de procrear niños y de encargarse de las actividades repetitivas, monótonas y efímeras del hogar, donde ninguna obra es verdaderamente creativa y durable, es

fruto de una milenaria imposición cultural machista. Por eso dirá la filósofa francesa que no se nace mujer sino se lo deviene – remató Anne. Y agregó que de ahí se deduce que para Simone la postura sexual femenina equivale a la masculina, al punto de que puede orientar su satisfacción hacia otra mujer y no hacia el hombre. De manera similar, y ya que el hombre nunca carga por nueve meses a un hijo, Simone defendió y practicó con ardor la convicción de que la mujer no sólo puede, sino que también debe negarse a casarse y a procrear, para así tener el tiempo y la oportunidad de ejecutar obras creativas y durables. Por eso – notó Anne- Simone no tuvo hijos y defendió ardientemente el derecho de la mujer a abortar según su exclusivo deseo, sin que eso pudiera atraer sobre ella ninguna condena moral y mucho menos legal. Sartre nunca había defendido con esa claridad ideas parecidas en su filosofía. Y en su práctica amorosa parece haber permanecido atado al bajo concepto de la mujer que había exteriorizado en “El ser y la nada” cuando se dio el lujo de tener, según se dice, hasta siete amantes simultáneas, en una actitud que revela su reducción de la mujer a simple objeto de satisfacción sexual, donde cada fémina es intercambiable por cualquier otra. Lo único que se puede reprochar a Simone – agregó Anne- es que en su vida no haya sido siempre coherente con lo que enunció en “El segundo sexo”; así, cuando se hizo pública la larga correspondencia que mantuvo a lo largo de diecisiete años con su amante norteamericano Nelson Algren, descubrimos con espanto que en esa relación la filósofa francesa contradujo su prédica feminista a tal punto que en

un momento llega a decirle a Algren que adoraría ser su esposa árabe sumisa. El único descargo que se puede esgrimir en beneficio de Simone es el hecho de que, fiel a su postura original existencialista, la filósofa francesa rechazó casarse con Algren cuando éste le propuso matrimonio.

Los aplausos para Anne fueron más fuertes entre las mujeres que entre los hombres del público.

Y Ústica entregó la palabra a Leonel Correa, profesor en la Universidad Autónoma de Madrid, cuya exposición se intitulaba “La autenticidad y la sinceridad en Sartre”. Leonel era de complexión menuda, estatura mediana, ojos y cabellos oscuros, y hablaba con voz más fuerte de lo que su porte dejaba suponer. Empezó recordando que lo auténtico puede definirse de tres formas; así podía distinguírsele de la copia, como cuando se diferencia un cuadro original de una reproducción, o un billete emitido por un Banco oficial en comparación con el falso billete fabricado por un falsificador; también podía designar hechos que realmente ocurrieron, como la muerte de Franco, por oposición a otros hechos ficticios, como los que ocurren en fábulas y novelas de ficción. Pero en el sentido más propiamente sartreano del término la autenticidad refiere a un modo de existencia en el que el ser humano, condenado a ser libre, no se deja dominar por un superego que lo modela y ni siquiera por la falsa imagen que puede cada uno hacerse de sí mismo al analizar su pasado o proyectar en acción su presente y su futuro. No por acaso –agregó Correa- reflexionando sobre una niñez en la que rápidamente quedó huérfano de padre,

Sartre dijo “Yo no tuve superego”. Ahora bien, hay que hacer notar que tal concepción sartreana de la autenticidad guarda una relación inesperada con lo que comúnmente se entiende por sinceridad –lanzó enigmático el expositor-; porque –dijo- alguien desprevenido podría confundir el hablar de forma auténtica con la práctica de lo que se llama sinceridad; mas con Sartre habría que decir que sólo hay autenticidad verdadera cuando la sinceridad no es consciente de sí, porque cuando la misma opera como producto de una decisión de ser sincero, entonces ha cesado la autenticidad y el hombre o la mujer han caído en el desempeño de un rol, conducta que el filósofo francés bautiza como “mala fe”; su ejemplo clásico es el del mozo de café, sin duda observado por Sartre en las infinitas horas pasadas en los cafés parisinos, que se aproxima del cliente con rapidez y deferencia exagerada, pregunta qué se va a servir con cortesía exagerada, camina equilibrando su bandeja con una marcha atlética exagerada, y sirve, cobra y despide al cliente con gestos característicos y repetidos; ¿qué hace ese hombre? pregunta, Sartre; y se responde: juega a ser mozo de café, o sea a desempeñar ese rol; y al hacerlo se rebaja de su condición de ser libre; es más, renuncia a su libertad. De igual forma – prosiguió Correa- podemos concluir que quien es sincero por voluntad expresa de ser sincero, se iguala al mozo de café, reduciéndose al desempeño de un rol; y así, por paradójico que ello pueda ser, pisotea la autenticidad y niega su libertad. Por eso agrego – dijo Correa, aclarando que este era su punto de llegada con Sartre y más allá de Sartre- que quien miente

espontáneamente es menos condenable desde el punto de vista del comportamiento auténtico que aquel que se autoimpone la sinceridad y obra en consecuencia.

Correa concluyó y los modestos aplausos que recibió dieron una señal inequívoca –pensó Río- de que el público, aun más raleado que al inicio de los trabajos, daba muestras de cansancio; o quizá también eran una educada reprobación a la velada defensa de la insinceridad que acababa de hacer el expositor. Coincidiendo con la primera intuición de Río, Ústica propuso que dado lo avanzado de la hora, las preguntas se postergasen hasta el fin de la sesión en la mañana siguiente, y como no hubo ninguna objeción dio por terminada aquella jornada. Mientras el público no perdía tiempo para abandonar la sala, Río creyó ver en el gesto con el que Correa ayudó a levantarse a Anne de su silla una expresión de intimidación que iba más allá de los límites de la simple caballerosidad. Vega le dio la mano a Ústica y se fue sin despedirse siquiera con un ademán de los otros dos expositores.

Río salió al aire gélido del Gran Canal, para comprobar que ya era noche cerrada. Apretó debajo de un brazo elportafolios del Congreso y la bolsa con sus compras familiares, y se dispuso a hacer a la inversa el trayecto que de mañana había recorrido entre la Piazzale Roma y la Universidad. Con las manos enfundadas en los bolsillos de su abrigo empezó a bordear el río Nuovo, pero en el momento en el que se vio obligado a alejarse de él se perdió; cuando reencontró el rumbo orientado por un lugareño, se cruzó en un callejón más ancho que los habituales con mucha gente disfrazada y enmascarada que

caminaba en la dirección del corazón de la ciudad vieja. Así vio pasar a más de un Goldoni o Casanova, debidamente acompañado por una mujer tocada por un sombrero emplumado y portando un antifaz que poco le cubría el rostro, cuyo color hacía juego con su largo vestido y manto; también se cruzó con algún Pierrot, payaso con una lágrima negra estampada en el rostro enharinado, que había visto en fotos del Carnaval veneciano pero también del de Río de Janeiro; y vio pasar personas adultas travestidas de las más diversas maneras, pero las que más lo impresionaron fueron por un lado las que portaban máscaras de colores vivos y rígidas que acompañaban perfectamente el contorno del cuerpo, que, cubierto por largas ropas que llegaban a los pies, no permitía adivinar siquiera si el enmascarado era hombre o mujer (Río notó que cuando esos disfrazados se veían mirados, acentuaban el aire de misterio sobre su propio sexo e identidad que le conferían la máscara y el atuendo); y por otro los dos o tres Médicos de la Peste con su máscara de largo pico de pájaro, su sombrero de alas anchas, su tapado largo, sus gruesos guantes y botas de cuero, y su bastón para examinar al enfermo sin tocarlo. Aliviado, Río llegó a la terminal de ómnibus y se alegró porque el que le servía partiría en pocos minutos. Llegó tan cansado al hotel que otra vez decidió no cenar y ni siquiera tuvo fuerzas y voluntad como para releer por última vez la comunicación que presentaría, abriendo la sesión Sartre, en la mañana siguiente.

Río se despertó antes mismo de que su despertador del celular tocara, y después de ducharse y afeitarse

rápidamente, bajó a desayunar. Esa vez sintió que el desayuno escaso era apropiado para las circunstancias, pues lo dejaría liviano de cuerpo y con la mente lúcida para la sección matinal del Congreso. Tuvo que esperar algo más el ómnibus que el día anterior, y aprovechó el tiempo repasando mentalmente su exposición; pero en el trayecto no dejó de fijarse en el comercio en el que Vega había comprado máscaras, que a esa hora estaba todavía cerrado. Desde la Piazzale Roma repitió el mismo itinerario del día anterior y que ahora ya dominaba mejor, para llegar a la Universidad. Subió hasta el salón de su sección y llegó a ver al empleado que acababa de abrirlo y seguía su camino para abrir los otros que había en las inmediaciones. Entró y fue el primero en hacerlo. El empleado había corrido las cortinas y una tímida luz natural se colaba por el ventanal, que recibía la ayuda de las luces que sin duda el funcionario había terminado de encender. Se sentó en la primera fila del público, esperando que llegase la Presidente de la sesión del día, para ocupar un lugar en la mesa de los expositores. Pero como pasaron algunos minutos y no llegaba nadie, se aproximó al ventanal para contemplar el ir y venir de algunas embarcaciones en el Gran Canal, en un movimiento que era aún escaso por lo temprano de la hora. Sintió que a sus espaldas entraban algunas personas, pero sólo se dio vuelta cuando una voz femenina preguntó si los expositores ya estaban presentes; dijo que sí y se presentó, y entonces la profesora Dorilda Mazetti lo invitó a ocupar un lugar en la mesa. Se presentaron y él ocupó una silla en el extremo, cosa que siempre hacía para poder

estirar más cómodamente las piernas por fuera de la pata de la mesa. Otro hombre y una mujer subieron al pequeño estrado y ocuparon los lugares restantes al lado de Mazetti.

Él se llamaba Rafael Urbino y era profesor de la Universidad de Salamanca; era debilucho, casi calvo, y usaba grandes gafas; a Río le pareció que olía un poco a alcohol cuando lo saludó y se sentó a su lado. Ella era morena, de estatura mediana y de vivos ojos oscuros, y su cuerpo no lucía nada mal, a pesar de que estaba cubierto por un largo tapado que le llegaba hasta la mitad de la pantorrilla; se llamaba Rafaela Mutti y era docente en la Universidad de Nápoles.

Mazetti miró la hora en su celular y aunque el público era aún algo inferior al de la sesión vespertina del día anterior, hizo un gesto con la cabeza hacia Río, consultándolo si estaba pronto para empezar. Él asintió también calladamente y entonces ella lo presentó y anunció el título de su exposición: “Sartre y la democracia”.

Viendo que Vega estaba en la sala, Río empezó por decir que su exposición se encajaba en el giro sartreano iniciado después de la Segunda Guerra Mundial, como el profesor Vega lo había hecho notar en su exposición del día anterior. Y luego prosiguió, casi sin necesitar leer su *paper*, recordando que en la madre de todas las democracias, a saber la ateniense, aunque se cuidaba el equilibrio del poder de las tribus, para evitar conflictos que pudiesen hacer explotar a la comunidad, muchos de los cargos políticos, administrativos y religiosos eran sorteados, para garantizar que cualquier ciudadano tuviera

la misma chance de ejercerlos de manera rotativa que cualquier otro; y que en aquella democracia todas las decisiones clave eran tomadas a mano levantada en la asamblea de los ciudadanos en la colina Pnyx, situada frente a la que alberga al Acrópolis, limitándose la función del Consejo a ordenar y preparar mínimamente los asuntos que serían sometidos después a esa decisión directa y soberana del conjunto de los ciudadanos. Sin duda que el talón de Aquiles de aquella democracia lo había constituido su escasa extensión geográfica y demográfica, y la mayoría que allí quedaba excluida de la ciudadanía, pues sólo podían ser ciudadanos los hijos varones de padre y madre atenienses y libres, quedando así radiados de la ciudadanía todas las mujeres, los numerosos esclavos, los extranjeros (el propio Aristóteles, originario de Estagira nunca pudo ser ciudadano ateniense), y los jóvenes antes de que completasen su servicio militar.

Luego recordó –señalando que venía muy al caso esa mención por el lugar donde estaban celebrando el Congreso- a la suerte de democracia aristocrática que caracterizó a la República veneciana, en la que sólo un reducido número de familias ricas tenía la potestad de elegir al Dogo y ejercer las funciones públicas destacadas.

En seguida recordó la disyuntiva democrática entre la visión de Rousseau, partidario por lo menos en teoría de una democracia sin exclusiones y directa, y la de Sieyès, defensor de una democracia necesariamente representativa; tal disyuntiva había sido incorporada como contradicción en la propia Constitución francesa de la Quinta República establecida por De Gaulle, cuando en su

artículo 4, decreta: “La soberanía nacional pertenece al pueblo, quien la ejerce a través de sus representantes y por la vía del referéndum”.

Ahora bien, en 1871 – siguió diciendo Ríó - la Comuna de París estableció la democracia directa como base de su experimento, promulgando la revocabilidad a cualquier momento por parte de sus electores, de los representantes que se revelasen indispensables; y al mismo tiempo había unificado en manos de la ciudadanía los poderes ejecutivo, legislativo y judicial. Por eso – recordó- Lenin dijo después de la revolución de octubre que era indispensable que cualquier secretaria u obrero al terminar su jornada de trabajo también fuese un gobernante del país. Y no hay que olvidar que en pleno capitalismo Suiza practica la democracia directa en sus comunas (algunas de las cuales ni siquiera tienen un Legislativo representativo) y entre 1848 y 2012 hubo allí nada menos que 214 referendos obligatorios para validar o no alguna alteración constitucional, a los que hay que agregar las centenas de plebiscitos o referendos relativos a nuevos dispositivos legales que tratan de asuntos tan diversos que van desde el derecho de los animales astados a mantener sus cuernos, hasta cuestiones referentes a la extensión de las vacaciones pagas, o la construcción de casas de veraneo.

Acto seguido Ríó recordó la crisis de representatividad democrática que buena parte de la juventud y la clase obrera le endilgó a De Gaulle en 1968 y el *engagement* de Sartre en esas luchas contra el sistema político vigente y el sistema capitalista en general,

incluyendo, entre otras cosas, su trabajo alienado y empobrecedor del ser humano, criticado en la frase “*Métro-boulot-dodo*”, su forma de organización familiar patriarcal y autoritaria, la relación asimétrica entre los sexos, sus tribunales de casta, y su estructura autoritaria en la Universidad y en toda la enseñanza.

En seguida citó Ríó las palabras textuales de Sartre en la larga entrevista de tres cuartos de hora de 1973, o sea cuando ya tenía 67 años y su pensamiento estaba más que maduro, concedida a Jacques Chancel, de la ORTF; allí el entrevistador afirmó que en “El ser y la nada” Sartre era partidario del individualismo absoluto y que de repente había entrado en el colectivismo; a lo que Sartre respondió, y Ríó lo leyó en francés: “En ‘El ser y la nada’ yo no era partidario del individualismo absoluto y yo tampoco he renunciado a lo que podríamos llamar ‘el personalismo’; quiero decir que a esta altura la persona no puede desarrollarse verdaderamente sino en lo que llamamos la ‘democracia directa’; o sea la reunión de un conjunto de personas que trabajan juntas, que deciden juntos lo que deben hacer, lo que exigen, que no tienen representantes sino simplemente personas que eligen por un tiempo y que pueden revocar después; en resumen, es en ese contexto en el que el individuo se desarrolla mejor”. Y Sartre había agregado: “En consecuencia, yo no he perdido esa idea de la persona, del individuo; simplemente veo el verdadero medio del individuo que no puede ser sino un conjunto social”.

Ríó notó que con esta última observación Sartre se oponía a cualquier robinsonada (como la había bautizado

Marx) o sea a cualquier intento, incluso anarquista (como parece haber sido el caso de Stirner y su teoría sobre el Único), de considerar al individuo aislado como lo propio de la existencia humana. Pero, volviendo a lo que aquí más me interesa – siguió diciendo Río- a las palabras anteriores hay que agregar el dato de que Sartre declaró de inmediato en esa misma entrevista que era contra todos los Partidos que se presentaban a las elecciones en Francia; y concluyó esa parte de la entrevista proclamando: “ La solución consiste en trabajar para crear reuniones (*ressemblements*) que sean democracias directas, como lo dije, o sea que sean soberanas, donde las exigencias vengan de cada uno y éstos traten mediante luchas, de hacerlas triunfar”. Y remata diciendo que espera que el diario que está ayudando a crear, a saber “Libération” sea una conjunto humano de ese tipo, a través del cual el pueblo hable al pueblo.

Y aquí propongo – señaló Río- que tracemos un paralelismo entre esas posiciones de Sartre y el movimiento de los Chalecos Amarillos que en 2019 agitó a Francia a lo largo de muchísimos sábados consecutivos, pues su denuncia principal apuntó a que la supuesta democracia representativa vigente de hecho no representa a la ciudadanía, y en especial a los más débiles económica y socialmente, y una de sus reivindicaciones principales (además de la exigencia de unos ingresos mínimos garantizados para que todos tengan una vida digna) consistió en la constitucionalización del Referendo de Iniciativa Ciudadana (RIC) que permita a la ciudadanía decidir directamente y sin cualquier seudorepresentante o

intermediario, sobre las cuestiones que más la afecten en todas las áreas de la vida. Tal medida parece indispensable – concluyó Ríó – para superar la falencia básica de la llamada democracia representativa, que consiste en el hecho de que los supuestos representantes no representan de hecho a sus supuestos representados; ello se vio claramente en el caso del plebiscito realizado en Grecia en 2015 y convocado por la recién triunfante coalición electoral Syriza; en esa instancia de ejercicio de democracia directa la voluntad popular mayoritaria fue la de no adoptar la desigual austeridad impuesta por la Troika (el Banco Central Europeo, la Comisión Europea y el FMI), pero Tsipras, quien acababa de ser electo Primer Ministro a través de Syriza, traicionó abiertamente esa voluntad popular y adoptó aquellas medidas que disminuían significativamente el nivel de vida de los sectores medios y bajos. Sostengo – finalizó diciendo Ríó – que la posición defendida por Sartre y avalada por la larga aunque limitada (porque circunscripta a los límites del capitalismo) experiencia suiza, y la utopía poscapitalista radical de Lenin que establece que cualquier ciudadano debe ser también un cogobernante de su comunidad (agreguemos desde su nivel nacional hasta el planetario, entendiendo a la Humanidad como una sola gran familia donde haya ayuda recíproca de todos sus miembros) tienen plena vigencia como ideas orientadoras para ir más allá de la agotada seudodemocracia seudorrepresentativa capitalista.

Río oyó con beneplácito que los aplausos recogidos por su exposición eran más fuertes y prolongados que todos los que había oído el día anterior.

Ahora, anunció Mazetti, le toca el turno al profesor Rafael Urbino, de la Universidad de Salamanca, cuya comunicación lleva por título “De la verdad en Sartre”.

Urbino empezó recordando que Kierkegaard, oponiéndose a la noción hegeliana de la verdad lógica, había dicho que al hombre se impone el existir verdaderamente, o sea, existir según la exigencia que plantea la existencia, o sea, según la exigencia ética que consiste en deber existir. Así en el filósofo danés se subraya la subjetividad de la verdad, bajo la forma de la verdad del Yo como ‘Soi’, donde la realidad y la verdad del “Soi” indican lo mismo, puesto que el “Soi” sólo es real si es verdadero, o sea, si refiriéndose a sí mismo se identifica consigo.

Sartre, por su parte –siguió Urbino- a diferencia de Kierkegaard es ateo y parte de la fenomenología husserliana, pero pretende aplicar tanto la visión del danés como la del alemán de forma consecuente en ese contexto ateo. El filósofo francés dice que el hombre es un en sí que por la conciencia puede y quiere devenir un para sí. Pero ese en sí no tiene ninguna esencia que preceda la existencia. Así el hombre viene a ser lo que se hace ejerciendo la libertad. Por lo que la verdad del hombre y para cada hombre es aquello que decide en cada acto, sin ningún criterio exógeno, ni divino ni humano; al contrario, toda sumisión a una regla externa o adopción de un rol preestablecido constituirán tantas otras caídas en la “mala

fe”, como ayer lo destacaba el profesor Correa, a quien infelizmente no veo ahora en el público – agregó Urbino- Así para el hombre no hay coincidencia posible entre el en sí y el para sí que sea loable, porque el obligado ejercicio de la libertad que lo espolea siempre hacia un futuro más allá no dado, le exige construir su verdad sin admitir jamás el reposo ni cualquier eventual tentación de considerar concluido ese proyecto permanente que es su vida. Y después, tras varias digresiones eruditas sobre cómo se presenta esa relación entre verdad, en sí y para sí, en la relación de cada uno a sí mismo y en la relación de cada uno con los Otros, Urbino miró de forma enigmática a la platea y preguntó hasta qué punto Sartre había practicado en su propia vida aquel concepto de la verdad. Lanzada la interrogante Urbino manifestó que no sin sorpresa, cualquiera, él incluido, puede constatar que ya anciano el filósofo francés confesó a Michel Constat que era hora de que empezara a decir la verdad; y cuando su interlocutor le preguntó si no lo había hecho en su vasta obra, el filósofo le respondió que eso le había sido sólo posible en las obras de ficción, y que creía que eso valía para los intelectuales en general, pero no en sus obras estrictamente filosóficas y mucho menos en las que tenían perfil autobiográfico. Además - había señalado-, yo, por ejemplo, nunca explicité ni en unas ni en otras mi comportamiento y experiencias eróticas y sexuales.

De lo que me permito deducir - concluyó Urbino - estas tres conclusiones: primera, que ni el filósofo, y mucho menos un hombre de la calle, soporta y puede vivir enunciando y practicando siempre la verdad;

segunda: que cuando el filósofo se decide a enunciar la verdad lo hace bajo el disfraz de la ficción, y nunca en su obra estrictamente filosófica; y tres: que nadie está obligado, y quizá sea imposible de aguantar para cada uno y los otros, revelar y exponer la verdad sobre todos los actos practicados y en todos los aspectos de la vida (como lo demuestra la omisión sartreana en lo relativo al dominio erótico-sexual).

Los aplausos recibidos por Urbino fueron tibios. Y cuando Mazetti se disponía a darle la palabra a Mutti, irrumpió en la sala con la cara descompuesta una mujer que identificándose como asistente de la Comisión Organizadora del Congreso, subió al estrado y de pie junto a la mesa anunció primero en italiano y luego en español y en francés:

- Cumpro el dolorosísimo deber de informarles que han fallecido los profesores Anne Rose Dubois y Leonel Correa, que ayer mismo fueron expositores en esta sección.

Hubo un enorme murmullo en la sala y alguien preguntó cómo habían ocurrido aquellas inesperadas muertes. Entonces la mujer explicó:

- Sólo sabemos por la policía que ambos fueron encontrados muertos en su hotel.

Y sin dar más tiempo a otras preguntas, concluyó:

- Esperamos noticias de sus respectivas familias para saber si alguno de sus allegados puede venir de inmediato y cómo debemos proceder...Esta tarde todas las secciones iniciarán con un merecido homenaje a nuestros dos colegas.

Antes de retirarse la mujer se fijó en Ríó y le hizo un breve saludo con la cabeza. Ríó había reconocido de inmediato en ella a una mexicana con la que se había cruzado en varios Congresos donde habían largamente departido acerca de su pasión compartida por los muralistas mexicanos y sobre sus respectivas opiniones en relación a la obra de Leopoldo Zea.

Con un gesto le hizo saber que quería hablar con ella al terminar la sesión matinal y ella se acercó para decirle muy bajo que la encontraría en la mesa de las inscripciones.

Su amiga se retiró y Mazetti con la voz entrecortada pidió que Mutti expusiese su contribución. Ésta estaba tan trastornada que empezó a hablar sin mencionar el título de su ponencia, que Ríó descubrió en el librito de la programación. Pero de inmediato se desenchufó de la suave voz de Mutti para pensar una y otra vez en los dos muertos, en sus aspectos físicos y gestos, y en las ideas que habían presentado el día anterior; mientras lo hacía vio a Vega muy concentrado y sacando apuntes de lo que la expositora decía.

Cuando Mutti terminó los aplausos fueron escasos, pero ella sin duda ni dio importancia a ese magro eco. Tomó la palabra entonces Mazetti y dijo que dadas las circunstancias ella no se sentía con ganas de abrir el debate y que sugería levantar allí mismo aquella sesión matinal. Ninguna voz la contradujo y Ríó, después de saludar a sus compañeros de mesa, se retiró rápidamente en busca de su amiga mexicana.

La encontró en la mesa de inscripciones y como allí estaba sola, le dio un beso en la mejilla y se sentó a su lado ocupando una de las varias sillas vacías. Quiso saber de su vida y ella explicó que se encontraba en un año sabático en la UNAM para realizar estudios posdoctorales en una Universidad de Milán, y que en función de eso le habían pedido que diese una mano a la Comisión Organizadora del Congreso, a lo que ella había accedido gustosa. Ella retribuyó la pregunta y él le informó de sus planes de jubilación en no mucho tiempo más, y le resumió sus actividades docentes y las noticias de la familia.

Y mientras ella sonreía complacida por el encuentro inesperado y por las noticias que acababa de oír, Río le preguntó los detalles de las muertes de Dubois y Correa. Ella le pidió absoluta discreción y le informó que la Comisión Organizadora la había nombrado intermediaria ante la Policía para acompañar el caso y sugerir a aquella Comisión las medidas de homenaje, administrativas o cualquier otra que le cupiera tomar en relación a los fallecidos y a sus deudos.

- Voy a decirte todo lo que sé por lo que me ha dicho la Policía – dijo.

Y continuó:

- Correa y Dubois fueron encontrados muertos uno al lado del otro en una cama de la habitación de ella en el hotel donde ambos se alojaban en habitaciones diferentes; el hotel es el Caneva, situado aproximadamente entre el Rialto y San Marcos; él estaba vestido sólo con una *robe de chambre* sin anudar, y ella

estaba completamente desnuda y tapada con su sábana hasta el cuello; él tenía puesta una máscara y ella otra; en la mesa de luz había un frasquito con una etiqueta escrita en español que lo identificaba como portador de un purgante; la habitación estaba en orden y no faltaban ni los documentos ni el dinero de ambos, encontrados respectivamente en una billetera del saco de él que colgaba de una silla, y en la cartera de ella que estaba en el ropero; las dos ventanas y la única puerta de la habitación estaban cerradas por dentro, y la Policía cuando arrumbó la puerta encontró la llave de la misma caída dentro de la habitación a poca distancia.

Él preguntó quién había llamado a la Policía y ella dijo que fue un empleado del hotel después de que constató que no habían bajado a desayunar y que la camarera que había subido a arreglar el cuarto no tuvo respuestas a sus reiterados golpes en la puerta, que estaba cerrada a llave.

El preguntó entonces qué máscaras tenía puesta la pareja y si la Policía había entrado a la habitación con la ayuda de un llavero, o si había violentado la puerta.

Ella puso cara de que no sabía a qué venían aquellas preguntas y le dijo que no lo sabía pero podía averiguarlo con la Policía.

Él preguntó qué explicación le daba la Policía al caso y ella le dijo que aguardaban el resultado de la autopsia y de las investigaciones sobre las vidas de los fallecidos, pero que en principio les parecía que se trataba de un doble suicido.

Se despidieron marcando un encuentro allí mismo al fin de la sesión vespertina.

Río decidió almorzar en las inmediaciones del hotel Caneva al que haría una visita. Buscó en internet la dirección del hotel y se dirigió a la parada más próxima del vaporetto. Allí mostró la dirección a un hombre que supuso que era veneciano, pidiendo que le mostrara en el mapa dónde le convenía bajarse y qué trayecto le convenía hacer para llegar allí. El hombre le indicó una y otra cosa. Siguiendo como pudo la ruta que le mostró el hombre y preguntando aquí y allí, logró llegar al hotel. El mismo se encontraba en el interior de una Corte, y arriba de su puerta de entrada, blanca y abierta de par en par, tenía el nombre estampado con letras en las que el paso del tiempo ya comenzaba a hacerse notar; del lado exterior y a uno y otro lado de la puerta dos grandes macetones con flores le ponían alegría a la modesta fachada de color ocre amarillento; a la izquierda de la puerta había otra, metálica que en aquel momento una mujer joven estaba abriendo con su llave; arriba de la misma y de la ventana próxima colgaba una enredadera que le ponía el toque de verde a aquel patio común enlosado; del otro lado de la puerta una ventana más bien chica se abría en la fachada; el edificio era continuo y en forma de “ele”, pero no se percibía si todo aquel complejo de tres plantas pertenecía al hotel, o si su parte más extensa, provista de varias ventanas era ocupada por familias diferentes.

Entró al hotel y podría haber subido la escalera sin que nadie lo notase, pues el pequeño mostrador de la recepción estaba vacío en aquel momento. Golpeó las

manos y apareció una señora gordita fregándose las manos en un delantal que exhalaba olor a comida. Explicó que era un recién llegado y que buscaba una habitación. La mujer le dijo que en el momento no había ninguna habitación disponible pero que al día siguiente pensaba tener por lo menos una vacía, y lo invitó a subir hasta el segundo piso para ver una habitación todavía ocupada pero que podría quedar libre, aclarándole que básicamente todos los cuartos eran iguales. Él aceptó la invitación. En el corredor Río notó que una habitación tenía la puerta bastante averiada en uno de sus bordes y estaba cruzada por dos cintas de color amarillo. Pensó que ese era el cuarto donde había aparecido muerta la pareja; la cerradura de la puerta era de las usuales y baratas; dejó caer su pañuelo y miró otra vez la puerta; cuando la mujer le abrió otra habitación que estaba a pocos metros, verificó que la cerradura era igual a la del cuarto precintado y se fijó detalladamente en la llave de tipo muy común que manipulaba la hotelera. Ésta lo hizo pasar y vio lo mismo que tenía en el hotel donde estaba alojado. Agradeció a la mujer y le dijo que lo que había visto le agradaba y que quizá volviese al otro día para ver si alguna habitación había quedado libre. La mujer lo despidió en el mostrador de la recepción, y antes mismo de que él saliese a la calle, se metió nuevamente hacia el fondo de la planta baja del hotel.

Río ocupó una mesa en el primer restorancito que encontró en las proximidades. Pidió el menú turístico y mientras aguardaba y comía meditó todo lo que había oído y visto y empezó a abrirse paso en su cabeza la idea de

que quizá aquel doble suicidio podía tener otra explicación. Pero decidió no precipitarse y esperar las noticias que Angélica, la mexicana, le daría aquella tardecita. Sin prisa y como tenía tiempo decidió recorrer la zona antes de volver a una estación del vaporetto que lo devolvería a la Universidad. Le llamó la atención el hecho de que ya a esas tempranas horas de la tarde, en esa parte céntrica eran muchas las personas que se paseaban disfrazadas con una gran variedad de atuendos y de máscaras. Con su precario italiano preguntó a un vendedor de un puesto callejero de bisutería y éste le dijo que la casi totalidad de aquellas gentes eran turistas, porque los verdaderos venecianos sólo se disfrazaban después del horario de trabajo, o sea al caer de la noche. Siguió caminando y luego sin apuro preguntó por la estación de vaporetto más cercana. Mientras volvía a la Universidad se preguntó cuántos asesinatos y suicidios habría en media durante el Carnaval veneciano. Cuando entró al salón la sesión ya había comenzado, y le preguntó en voz baja a uno de los asistentes si ya se le había rendido homenaje a los dos colegas muertos; éste le dijo que quien presidía aquella sesión había pronunciado sólo algunas palabras muy breves, sin duda porque nadie tenía claro exactamente lo que había ocurrido, y que de inmediato había dado la palabra a la primera expositora que era quien hablaba en aquel momento. Río consultó su librito de programación y resúmenes y confirmó que los temas de las ponencias no eran de su especial interés pues una cuestionaba a Sartre desde la óptica de la fe cristiana, otra lo hacía desde el llamado pensamiento posmoderno, y una

tercera discutía la relación de proximidad y lejanía entre Hegel y el filósofo francés. Pero decidió esperar la hora de las preguntas, pues ya que no las había habido ni en la tarde pasada ni esa mañana, quizá hubiera alguna dirigida a él. Mientras tanto se dedicó a mirar atentamente a cada persona presente en el público. Reconoció a varios de los que lo habían oído por la mañana y también a Urbino y a Vega, que sacaban anotaciones. Los dos, separados por tres filas de asientos y unos siete metros de distancia tenían el semblante muy sereno y estaban absortos en lo que oían y en sus registros escritos. En la platea no estaba la profesora Mutti. Río ya empezaba a inquietarse por su suerte cuando al final de la segunda exposición la vio entrar al salón para sentarse en la última fila, al parecer algo abatida pero más tranquila que en la mañana. Se acabó la tercera exposición y se abrió la sesión de preguntas sobre todo lo que se había dicho en esa sección hasta allí. Más de un asistente dijo que había anotado preguntas para hacerles a los profesores Correa y Dubois y que las omitirían, para sumarse al luto que a todos embargaba; uno de los que así se expresó fue Vega. De los demás surgieron un par de preguntas para cada uno de los expositores restantes.

A Río le hicieron dos preguntas; una: si la democracia directa no sufriría también las mismas manipulaciones de la representativa, dado los poderosos instrumentos que las redes sociales ponían al alcance de demagogos y malintencionados, como era el caso de la viralización de *fake news* que inventaban o destorcían hechos y denigraban a personas; y la otra: si el continuo

ejercicio plebiscitario o referendario no podría llevar a decisiones nefastas y con consecuencias irrevocables, como podía ser el caso de la adopción y práctica de la pena de muerte como consecuencia de la conmoción pública ante hechos de violencia particularmente repugnantes. Río agradeció las preguntas y dijo que en lo referente a la primera, sólo cabía apostar a una sólida educación general de las personas, y también específica en lo concerniente a las artimañas de internet, para que las chances de éxito de la manipulación fueran minimizadas, e, idealmente, abolidas; a ese respecto –agregó– ya ocupan espacio en muchos sistemas de educación asignaturas que enseñan a hacer una lectura lúcida y crítica de toda la información circulante; en relación a la segunda pregunta confesó que la eventualidad allí apuntada no era para nada descartable, ya que, por ejemplo, para quedarse sólo en el caso citado –dijo– si en el presente y sin ninguna exhaustiva preparación se sometiese a votación universal la instauración o reinstauración de la pena de muerte, es posible que el voto favorable obtuviese en muchos países una confortable mayoría; a pesar –recordó– de los muchos datos que apuntan por un lado que la pena de muerte no reduce los índices de la criminalidad, ni aún la de la más violenta, y, por otro lado, que no son infrecuentes los casos en los que sólo años después se descubre la inocencia de una persona antes condenada por un delito muy grave que no cometió, y que si hubiese existido la pena de muerte ya habría sido ejecutada, sin posibilidad de volver atrás, pues hasta ahora la ciencia no domina los secretos del poder de resucitar a alguien; la única solución

que veo para el problema planteado –concluyó Río- es que cualquier votación sobre temas muy trascendentes y de consecuencias potencialmente muy serias, tanto más si son irreversibles, sólo suceda después de una amplísima discusión presencial y virtual, haciendo intervenir a los simples ciudadanos y a los *experts* que puedan sostener las posiciones más diversas, para que cada votante, antes de sufragar tenga todos los elementos de juicio necesarios para tomar una decisión más que fundada y reflexionada; pero aun así – finalizó- nunca podremos descartar que, a pesar de esas precauciones, pueda ser tomada por una mayoría circunstancial una decisión equivocada; en ese caso lo único que se puede esperar, y también en ese caso se aplica el dicho que reza ‘más vale tarde que nunca’, es que una futura deliberación de revisión de esa decisión corrija con otra votación el error cometido.

Apenas cerrada la sesión Río fue a encontrarse con Angélica. No más reunirse con ella se enteró de que la autopsia había revelado envenenamiento por cianuro, que la Policía había descubierto que ambos eran casados pero eran amantes desde hacía tiempo, quizá años, que él usaba una máscara “Bauta” y ella una “Moretta”, y que la Policía, con la prisa del caso había arrumbado la puerta trancada valiéndose de una pata de cabra.

Él preguntó si aquellas dos máscaras tenían algún significado especial y ella le dijo que con seguridad encontraría información más completa en internet, pero por lo que sabía la “Bauta” era una máscara exclusivamente masculina que los ciudadanos portaban cuando tomaban decisiones políticas, para que el voto de

cada uno fuera anónimo y eso garantizara su independencia de criterio y protección ante cualquier eventual represalia; y que la “Moretta” era una máscara que también recibía el nombre de “sirvienta muda” pues tenía la particularidad de que al carecer de cualquier elástico o cinta que la sujetase, sólo mantenía su posición gracias a un botón que la mujer debía apretar entre sus dientes, lo que le impedía absolutamente hablar mientras la portaba, y de ahí su segundo nombre. Dicho eso pulsó su celular y encontró en internet sendas fotos de aquellas dos máscaras.

Al verlo pensativo le preguntó si todo aquello le decía alguna cosa.

Río sacudió la cabeza como para apartarse la imagen de un hombre que compraba máscaras, y le devolvió la pregunta inquiriendo qué había dicho la Policía ante las nuevas informaciones que poseía.

Ella le dijo que daban el caso por casi encerrado y lo explicaban como sigue: los amantes pidieron a cada uno de sus cónyuges el divorcio, y el mismo les fue negado; con el remordimiento de sus respectivas traiciones conyugales y con el dolor de saber que no podrían vivir juntos, habían decidido poner fin a sus vidas en la ciudad más romántica del mundo, a saber Venecia; para tanto Correa consiguió en España (de ahí el idioma de la etiqueta del frasco encontrado en la mesa de luz) el cianuro en polvo, o en pastillas, o en píldoras y lo metió en un frasco etiquetado como “purgante” que previamente había vaciado, por si le pedían cuentas de ese recipiente en el aeropuerto; trancaron la puerta y ventanas de la

habitación del hotel, como para que nadie pudiera acudir a salvarlos in extremis; tomaron el cianuro ya acostados lado a lado en la cama e inmediatamente se pusieron las máscaras, como para marcar el carácter secreto de su relación pecaminosa; murieron en cuestión de uno o dos minutos. La única pregunta que tiene la Policía –agregó ella- es cómo Correa pudo conseguir el cianuro, pero no dudan de que haya podido obtenerlo con algún colega del área médica o química, diciéndole que lo usaría para sacrificar a algún animal – concluyó Angélica-.

Y dicho eso le dijo que ya bastaba de cosas tristes por aquel día y que lo invitaba a presenciar una obra de la Comedia del Arte que a precio muy barato y temprano en la noche se estaba ofreciendo en una carpa montada en las proximidades de la plaza de San Marcos. Él aceptó gustoso, porque todavía no había llegado en sus caminatas hasta aquel icónico lugar, y ella recogió sus cosas y se fueron en vaporetto hasta la mencionada plaza. Al llegar ella le mostró las luces del Lido que guiñaban a lo lejos, y más cerca las de la isla de la Giudecca; la Laguna había sido tragada por una espesa oscuridad. Le dijo que de allí cerca salían lanchas con guías que a precio casi de vaporetto recorrían sucesivamente las cercanas islas de Murano, Burano y Torcello, parando una hora en cada lugar, como para que se pudiera hacer una visita rápida en cada una de las islas. En la plaza que había visto en tantas películas y fotos le chocó el número de turistas que se cruzaban como abejas para sacarse *selfies*, filmar y fotografiar, ya a los edificios, ya a los muchos enmascarados que se prestaban de buen grado a esa legión

de *paparazzi*, ante los que incluso no se privaban de ensayar alguna pose o algún gesto deliberado. Extrañó a Río la figura del San Jorge que allí culmina un pequeño obelisco, pues en las fotos o filmaciones del lugar que había presenciado, o no lo había visto, o no le había prestado atención, capturada su mirada por la del blanco encaje pétreo del Palacio de los Dogos y su trágico y grácil Puente de los Suspiros, los colores de las figuras que adornan la fachada de la Basílica, el rojo y alto Campanario de la misma, las amplias arcadas que bordean la plaza, y, en uno de sus extremos, por la torre que abriga el reloj de cuadrante azul con las veinticuatro horas marcadas; pero además de todo eso ese pequeño San Jorge era ofuscado por el obelisco que le hace frente y que culmina con el león alado que es símbolo de la ciudad; ahora que lo veía por primera vez de cerca ese santo le pareció más la estatua de un indio que, blandiendo una lanza, mostraba el fruto de su pesca. Nada más transponer la plaza encontraron la carpa. Río pagó la entrada de los dos y entraron. Adentro se adivinaban muchos turistas pero también muchos venecianos de todas las edades y con o sin disfraz. La pieza comenzó a los pocos minutos y aunque la acústica no era buena y su italiano lo era menos, Río creyó que entendía lo esencial de la trama; un rico avaro llamado Pantalone, codiciaba los favores de la bella doncella Colombina, que no obstante moría de amores por el joven Arlequín. En voz baja confirmó con Angélica si su lectura de los personajes enmascarados y de la historia correspondía a la realidad de la pieza y ella le dijo que sí. A cada derrota de las maniobras de Pantalone,

ridicularizado con una máscara de enorme nariz aguileña, se oían las risas de niños y adultos, principalmente venecianos, según infirió Ríó. La corta pieza llegó a su fin, para beneplácito general, con la derrota definitiva de Pantalone y la victoria del amor entre los dos jóvenes.

La carpa se fue vaciando rápidamente, para dar lugar a los espectadores de la próxima sesión. Angélica lo invitó a cenar, pero a condición de que él le dejara pagar su parte. Ríó aceptó y ella lo guió a través del primer callejón que se les ofreció en la esquina; por varias cuadras caminaron entre un gran río de personas apretujadas unas contra las otras que venía en sentido contrario, hacia San Marco, y un arroyo, no menos apretado, del que ellos formaban parte, que circulaba para apartarse de la plaza. Ríó notó que a pesar de que la información oficial era de que a aquella hora la temperatura era de cinco grados negativos, en medio de aquella multitud no se sentía absolutamente nada de frío; y sonriendo le dijo a Angélica: “a esto sí puede llamársele calor humano”. Angélica se rió de la ocurrencia y siguieron su marcha por el laberinto de callejones, ahora cada vez menos concurridos, hasta que al lado de uno de los muchos puentecitos, apareció un cartel luminoso que anunciaba un restaurante.

- Aquí se come –dijo Angélica- el mejor calamar en su tinta de toda Venecia, y si quieres saborear los mejores *agnolotis* tienes que ir a ‘Da Rafaele’.

Ella empujó la puerta y un agradable vaho caliente los recibió en el interior del pequeño establecimiento. Para que cada uno probase, compartiéndolos, dos platos

diferentes, ella pidió sus calamares y él un plato de ravioles con salsa a la Caruso; para beber, vino Chianti que estaba embotellado en una garrafita a mitad cubierta por un forro de paja.

Ahora evocaron con calma los muchos encuentros y charlas anteriores y los planos futuros. Después de tomar el cafecito que concluía la cena él la acompañó hasta su hotel que no estaba muy distante, En la puerta ella le indicó en el mapa la ruta que debía recorrer para llegar a Piazzale Roma. Cuando llegó a su habitación Río se derrumbó en la cama y se durmió como un tronco.

A la mañana siguiente decidió desayunar un poco más tarde y cuando subió al ómnibus, a diferencia de lo que había notado en la mañana anterior, no vio a nadie durmiendo a camino del trabajo, lo que le había hecho pensar que esa escena, que había visto tantas veces en el suyo y en otros países, es la clara evidencia de que en el capitalismo las personas ni siquiera logran dormir lo que necesita el cuerpo para estar en forma. Cuando llegó a la sesión ya se iba a iniciar la tercera exposición. Estaba buscando en el librito de resúmenes lo que se había perdido, cuando Angélica entró con cara desencajada y tomándolo por el brazo lo arrastró hacia afuera del salón.

- Ni sé si anunciarlo en la sesión – exclamó casi llorando.

Y sin pausa agregó:

- Han encontrado muerto, ahogado en el canal que bordea el hotel donde se hospedaba, a Rafael Urbino; tenía muy fuerte olor a alcohol y tenía puesta una máscara de Gnaga.

Río le dijo que a su juicio no debería decir nada en la sesión, hasta que se supiese exactamente lo que había pasado; y le preguntó qué significado tenía aquella máscara.

Angélica lo miró como si él pusiese su atención en lo que en aquellas horas menos importaba y dijo en voz baja y entrecortada:

- Es una máscara que imita la cara de un gato, cuyo maullido recibe el nombre de “gnaga” en dialecto veneciano; por lo que sé en siglos pasados quienes usaban esas máscaras tenían el derecho de injuriar y decir groserías y obscenidades a los transeúntes sin que los agentes de la ley pudieran interpelarlos por tales actos, ya que se convenía que estaban jugando, desempeñando un rol como en el teatro.

Río le pidió el nombre y la dirección del hotel de Urbino y le mostró el mapa para que ella, después de consultar la internet en su celular, marcara allí la localización aproximada del mismo. Ella así lo hizo y él dijo que saldría para hacer una averiguación y que de tardecita, cuando pudiesen encontrarse otra vez en la Universidad, ella le comentase cualquier novedad que la Policía le hubiera informado. Y dejándola en medio de una frase de respuesta o pregunta, se retiró.

Mientras viajaba en el vaporetto consultó en su celular el significado de las diferentes máscaras más tradicionales del Carnaval veneciano, y las explicaciones que encontró coincidían en parte con lo que le había dicho Angélica. Pero de “Bauta” había más detalles; por ejemplo que era usada tanto por hombres como por mujeres; que se

usaba no sólo en Carnaval sino en otros meses del año, hasta que Napoleón prohibió las máscaras; y que la usaban no sólo para preservar el anonimato en votaciones, sino también para hacer denuncias a la Inquisición. De inmediato le mandó un email a su amigo José María, residente en Vitoria-Gasteiz pero que por muchos años había trabajado en la Universidad de Logroño, dándole su número de celular y pidiendo que lo llamase con urgencia, aclarando que él no tomaba la iniciativa pues no tenía allí la agenda con su número, ya que se encontraba en un Congreso en Venecia.

Sin tener que caminar mucho desde la parada en la que se bajó, llegó al modesto Hotel donde se alojaba Urbino. Ante el hombre anciano que lo atendió en la recepción mostró su tarjeta de acreditación en el Congreso y tras explicarle al hombre de qué evento se trataba y que el profesor Urbino de él tomaba parte, le dijo que la Comisión Organizadora lo había enviado allí para mirar la habitación de Urbino y ver si éste había dejado alguna nota que los organizadores del Congreso pudiesen transmitir a sus familiares. El hombre dijo que le era imposible hacerlo entrar a la habitación, porque la Policía se lo había expresamente prohibido incluso a él. Entonces Río preguntó en qué piso estaba la habitación y el hombre le dijo que en el primero. Río inquirió si la habitación que quedaba exactamente encima de aquella, en el segundo piso, tenía la misma disposición, y el hombre asintió. Entonces Río le pidió que hiciese el favor de mostrársela, para que al menos los organizadores pudiesen informar a los familiares de Urbino las características del lugar donde

había pasado sus últimas horas. El hombre accedió porque – dijo- el ocupante de aquella habitación estaba fuera a aquella hora, y tomando la llave correspondiente lo invitó a subir. Abrió la habitación y allí vio Río algo casi igual a lo que tenía su cuarto en el Martello, con la diferencia de que había allí una única ventana que tenía un balconcito limitado por una baja reja de hierro, que daba al pequeño canal donde se había encontrado ahogado a Urbino. Pidió permiso al hombre para abrir la ventana y se asomó al balcón para mirar hacia el balcón del primer piso, comprobando que era igual a aquel donde se encontraba, y que a los dos lados del canal donde alcanzaba la mirada hasta toparse con algún edificio, no había absolutamente ninguna embarcación navegando, y a lo lejos, había sólo un pequeño bote atracado. Le preguntó al anciano si aquel canal era poco usado y la respuesta fue positiva. Cuando ya bajaban la escalera le dijo al hombre que tenía sólo una pregunta más para hacerle, porque sin duda los parientes de Urbino la harían, y era saber si el hombre había notado si el muerto bebía mucho. El hombre dijo con más gestos que palabras que todas las noches en las que en esos últimos tres días había visto llegar al muerto, lo había visto muy borracho y tambaleante. Río agradeció la gentileza del señor y se despidió.

Muy tardíamente se sentó a almorzar en un pequeño restaurante que encontró en el camino. Cuando terminaba de comer tocó su celular. Era José María. Tras los saludos amistosos de rigor y un breve intercambio de noticias familiares Río le preguntó si en sus años de trabajo en Logroño había conocido a Martín Vega. José

María dijo que sí y que incluso habían intimado bastante, pues en esa época él le había hecho confidencias de que pensaba largar la sotana para casarse con una muchacha que conocía desde adolescente, y que es su actual mujer, que Ríó conocía, y que en respuesta Vega le había comentado el caso amoroso muy doloroso al que en aquellos momentos estaba poniendo fin. Ríó preguntó si José María sabía el nombre de la mujer envuelta en ese caso, si es que se trataba de una mujer. Su amigo le dijo que era una mujer, pero que no recordaba su nombre; no obstante –agregó– tenía una amiga profesora en la Sorbonne que había hecho amistad en esa época con Vega y su compañera y que ella con seguridad se acordaría del nombre. Ríó le pidió que la contactara para preguntárselo. José María le aseguró que así lo haría. Ríó le pidió entonces que le resumiera el caso. Su amigo le dijo que se lo diría con pedido de plena reserva, para no traicionar la confianza que Vega había depositado en él en su momento. Ríó le aseguró total discreción; y entonces su amigo le dijo que el asunto era muy feo y se resumía a lo siguiente: Vega y esa mujer se conocieron en la Sorbonne donde él había ido a un Congreso y ella cursaba doctorado; el amor y el sexo vinieron rápidamente y al cabo de algunos meses ella quedó embarazada; sin consultarlo con Vega ella abortó; cuando él se enteró de lo sucedido consideró que ella nunca podría haberle callado el embarazo ni su intención de abortar, pues aquello concernía a los dos, y de hecho a tres; y por lo tanto que él, que era el padre de aquella criatura, nunca podría haber sido mantenido ignorante de la situación, si ella de

verdad lo amaba; ella no aceptó ese punto de vista aduciendo que el cuerpo era suyo y que disponía de libertad de decisión sobre él; y esa divergencia motivó la inmediata ruptura del nexo amoroso e incluso de cualquier resto de amistad que hubiera podido quedar. Río agradeció la confidencia reservada y le renovó el pedido para que averiguara cuanto antes el nombre de aquella mujer. Su amigo le reafirmó que contactaría de inmediato a la profesora de la Sorbonne. Entonces Río le agregó el pedido de que averiguara, dentro de lo que le fuese posible, si había alguna relación entre Vega y Leandro Correa, o entre Vega y Rafael Urbino. José María preguntó quiénes eran y Río le dijo que lo único que sabía de ambos en ese momento era la Universidad en la cual cada uno ejercía ahora la docencia; Correa en la Universidad Autónoma de Madrid y Urbino en Salamanca; y acotó que creía que el primero era español y que el segundo debía tener, por su acento al hablar castellano, origen latinoamericano, pero que trataría de confirmar ambos datos. José María quiso saber para qué su amigo necesitaba tener con urgencia todos esos datos, pero Río se limitó a responder que por ahora no se lo podía decir, pero reiteraba que se trataba de un asunto vital que requería la mayor urgencia. E imploró que lo llamase nuevamente apenas tuviera alguna novedad. Para sus adentros Río pensó que pocas veces el adjetivo “vital” se aplicaba tan bien como en aquella ocasión. Después de que se despidieron Río se quedó largo tiempo sentado a la mesa, dejando enfriarse el café que tenía delante, mientras ordenaba ideas en su mente. Ya estaba muy avanzada la

tarde cuando volvió a la Universidad y se encontró con Angélica.

Ella le dijo de inmediato:

- La Policía me informó que la autopsia certificó que Urbino estaba totalmente borracho cuando murió; que al llegar la Policía a su habitación habían encontrado al lado de la ventana abierta dos botellas de ginebra casi vacías; y que los empleados del hotel lo vieron muy bebido en las últimas tres noches, que fueron las que pasó allí.

Río preguntó por qué la Policía había ido a aquel hotel.

- Por lo que me informó mi policía de contacto –dijo ella- el cuerpo fue encontrado en el canal a una escasa distancia del hotel y tenía en el bolsillo interno de su saco sus documentos y billetera; la Policía preguntó en las casas de la cercanía y en el hotel tuvieron la confirmación de que un hombre con ese nombre estaba allí hospedado; entonces llevaron a un empleado a que viera el cadáver y éste dijo que efectivamente aquel era su huésped.

Río inquirió entonces por la explicación que la Policía daba al caso.

- El mismo policía me dijo – explicó Angélica- que para ellos las cosas transcurrieron así: Urbino llegó ya borracho a su habitación; se puso la media máscara Gnaga, sin duda creyéndose en su borrachera un gato; aún sin desvestirse siguió tomando las dos botellas de ginebra que allí fueron encontradas hasta que se sintió desvanecer; en ese momento abrió la ventana y salió al

balcón para tomar el fresco que quizá lo reanimara; pero al inclinarse sobre el balcón cayó por encima de la baranda y como estaba en virtual coma etílico se ahogó.

- ¿Y no vieron ninguna conexión entre Urbino y la muerte de Anne y Correa? – preguntó Río.

- El policía me dijo que les llamó la atención la proximidad de las muertes y el hecho de que los tres participaban del mismo Congreso, pero dadas las características muy diferentes de ambos casos, el número de participantes que recibe el Congreso y las estadísticas de muertes que ocurren en Venecia durante el Carnaval, consideraron que aquella era una mera coincidencia sin valor; máxime que por lo que habían averiguado hasta este momento, no había ni hubo ningún vínculo personal o profesional entre ellos.

Río casi sin pensar musitó: “Aquí se equivoca Aristóteles y no se aplica el principio del tercero excluido”.

Angélica no entendió lo que dijo y agregó que la Policía había verificado que si los tres habían coincidido en la sección de Sartre, cada uno estaba registrado en distintas secciones como oyentes: ella en la de “La mujer en la Filosofía”, Correa en la de “Ética contemporánea”, y Urbino en la de “Lógica y lógicas del lenguaje”.

Ella lo invitó a otra cena pero él se negó gentilmente a aceptar la invitación pues esa noche quería volver temprano al hotel para poder llegar sin atraso en la mañana siguiente a las labores del Congreso.

Al llegar de mañana a la Universidad un miembro de la Comisión Organizadora comunicó que infelizmente

aquella sesión, que sería la última dedicada al pensamiento de Sartre, había sido suspendida, pues dos de los expositores ya habían avisado días antes que no podrían asistir por motivos de fuerza mayor, y el tercero, un profesor italiano, había informado en la víspera que lo habían internado de urgencia para una operación de apendicitis. Pidió disculpas, agradeció a los presentes, los invitó a frecuentar otras secciones, y levantó la sesión.

Río se dirigió a la sección de Filosofía Política, que comenzaba sus trabajos del día en aquel preciso momento.

El primer expositor era Hans Baumann, docente alemán de la Universidad de Mainz, que habló en un arrastrado pero comprensible inglés de la democracia deliberativa en Habermas. Sostuvo que Habermas había retrocedido radicalmente en relación a la primer Teoría Crítica de Adorno y Horkheimer, y también igualmente respecto a Marcuse, cuando encajaba su visión de la democracia dentro de los límites del capitalismo. Pero aun en ese contexto – agregó- tampoco tiene novedad significativa la visión procedimentalista y deliberativa que Habermas tiene de la democracia, cuando se la compara con los autores que mucho antes fundaron la línea de la “democracia como método”. Su aspiración es la de que la búsqueda del acuerdo consensual entre los ciudadanos no se deje dominar por la razón estratégica, que en el diálogo social participe la mayor cantidad de afectados (velando también por quienes los sucederán), y que los procedimientos para la discusión y las elecciones en el sistema político sigan los cauces jurídico-pacíficos deseados-establecidos. Así, aunque Habermas en el 2000,

en sus “Aclaraciones a la Ética del Discurso” aun conservaba un último suspiro de la Teoría Crítica al defender el “derecho a la revolución”, rápidamente muestra que confunde como buen pequeño-burgués alemán “la” democracia con el régimen que impera en su país, al decir, refiriéndose al “ciudadano de una comunidad democrática”: “...en tal comunidad la formación de la voluntad política, incluso cuando se trata de *reformas* políticamente importantes, se efectúa siempre *dentro* de las instituciones de *un* orden social y de poder, organizado jurídicamente” y agregaba que “*nuestros políticos ocupan posiciones de poder legitimadas democráticamente, cuyas decisiones dependen de procesos de formación de la opinión pública y de la formación política, institucionalizados democráticamente*”. En ese texto se nota la clara renuncia a las “revoluciones” en pro de “reformas” dentro de un orden capitalista supuestamente “legitimado democráticamente”, que va unida al “olvido” de la lucha de clases (en especial entre capitalistas y asalariados); pues esa lucha queda encubierta en falsas generalizaciones acerca de ‘intereses’, como cuando se dice que se plantea a nosotros “...el problema de una adecuada comprensión intersubjetiva de los intereses de todos y de cada uno” , como si esa vaguedad de la “acción comunicativa” pudiera anular las contradicciones antagónicas entre los capitalistas y los asalariados en la defensa de sus respectivos intereses, cotidianamente opuestos (a la espera de la solución de esa contradicción en el poscapitalismo). Incluso en ese pasaje – agregó el expositor- Habermas se

olvida de la crítica que muchos años antes, en 1962, él mismo había hecho a los procesos de formación de la llamada “opinión pública” (en especial mediante la acción de la gran prensa), crítica que cuestiona de raíz la supuesta legitimidad democrático-jurídica de los procesos políticos intra-capitalistas.

Y para rematar el todo –acotó el ponente- erró muy feo Habermas cuando en el plano internacional canoniza el poder imperial de los EEUU y la OTAN, cuando dice: “Incluso las relaciones entre Estados se ven tan densamente reguladas por mecanismos supranacionales, relaciones contractuales y derecho de gentes, que la política exterior de corte clásico se transforma cada vez más en una política interior a nivel mundial, que, afortunadamente, cada vez deja menos espacio para las heroicas decisiones de ese político solitario obcecado por la ética de la responsabilidad”. Todas las guerras imperialistas habidas desde que Habermas escribiera esas líneas –concluyó el expositor- están ahí para desmentirlo categóricamente; y las y los luchadores por la liberación nacional y el poscapitalismo, enfrentando al imperialismo, saben cómo en el día a día es crucial en cada país aquella “ética de la responsabilidad” despreciada por Habermas. Finalmente –afirmó el ponente- también se equivoca Habermas cuando descontextualiza la afirmación de que “los presupuestos universales de la argumentación” esgrimidos por Karl-Otto Apel, no son fácilmente cumplidos, “a causa de su fuerte contenido idealizador”; y agrega: “Los discursos racionales tienen un carácter muy improbable y se elevan

como islas en el mar de la práctica cotidiana”. Quiero subrayar para terminar –proclamó el ponente- que ahí olvida que ese perfil “idealizador” y la mentada “improbabilidad” aparecen en el capitalismo a causa, precisamente, de la carga cotidiana de alienación, violencia, manipulación, exclusión, castración-frustración, que lo caracteriza, incluso en la Alemania de Habermas y mía; y si no que se lo pregunten a los muchísimos que allí están desempleados, o condenados al “trabajo basura” y/o inestable, o a recibir pensiones ridículas cuando se las compara con el costo de vida, o a los turcos y demás inmigrantes rechazados de plano o víctimas cotidianas del racismo, etc. Ya abusando de vuestro tiempo, permítanme concluir –afirmó el expositor – que también olvida por completo Habermas las enormes asimetrías de riqueza existentes en el capitalismo entre capitalistas y asalariados cuando proclama que “En las sociedades complejas las pretensiones de obtener *una parte equitativa de los recursos escasos de la sociedad*, o sea, los derechos positivos, a prestaciones de bienestar...sólo pueden satisfacerse a través de organizaciones”. Creo –exclamó el ponente- que sobre los derechos positivos, y otros, hay mucho más lucidez en lo que propone el Nuevo Constitucionalismo Latinoamericano, que en esas ambiguas palabras de Habermas.

El ponente recibió una fuerte salva de aplausos.

La Presidente de la sesión pasó entonces la palabra al profesor Ugo Jervolino, de la Universidad de Milán; habló en italiano sobre “La democracia y la teoría de la justicia en John Rawls”; anunció que divergiría

radicalmente del profesor que lo había precedido, y desde sus primeras palabras y gestos demostró que era muy pagado de sí mismo, y dirigía cada afirmación más fuerte o cada sonrisa tanto a la Presidente de la sesión como a tres muchachas pizpiretas sentadas en el lado izquierdo de la primera fila; a pesar de su baja estatura, tanto su pelo prolijamente engominado como su pecho erecto anunciaban un Don Juan de mediana edad que no se disimulaba. Comenzó diciendo que Rawls consideró que la llave de la democracia estaba en principios morales generales, y en especial el de la justicia. Para el filósofo norteamericano – continuó- la solución para una sociedad promisoramente es un contrato social justo entre el Estado y los individuos, que exige que las necesidades de los individuos sean tratadas igualmente; para asegurar un trato igual las instituciones deben ser accesibles a todos y proceder a procesos distributivos donde y cuando sea necesario. Así, dice Rawls –continuó el expositor- la justicia tiene a su vez dos principios que son la libertad y la igualdad, pero el primero de ellos es más importante, porque es a través de la libertad económica que las sociedades pueden producir los bienes que luego podrán ser distribuidos, y en especial a los más necesitados; y agrega que esa libertad trae desigualdad, pero lo importante en vistas de la justicia, es que las desigualdades existentes o creadas sean ordenadas de tal modo que sean consideradas ventajosas para todos dentro de los límites de lo razonable (en lo que Rawls llama principio de la diferencia) y vinculadas a la posesión de cargos accesibles a todos (en lo que Rawls denomina principio de igualdad

de oportunidades). Todos esos principios –agregó el expositor- son para nuestro filósofo los criterios para juzgar la bondad o no de las instituciones vigentes en una sociedad; y sostuvo que rigen a partir de lo que llamó el “velo de la ignorancia” en un hipotético contrato original en el que los pactantes no saben qué posición ocuparán en la sociedad, lo que los lleva a pactar en beneficio de todos. Y eso hizo concluir a Rawls –afirmó el ponente- que la justicia debería ser comprendida como equidad y no como igualdad, pues es precisamente el conjunto de desigualdades razonables existentes o que puedan ser creadas, el que puede atender distributivamente las necesidades de cada uno. Dicho eso Jervolino miró a la Presidente, a sus tres favoritas y a la platea y encaminó la parte final de su exposición diciendo que en la tradición comunista, e incluso en la socialista, a fuerza de insistir en la igualdad en detrimento de la libertad, y en especial de la libertad económica, se había llegado una y otra vez a situaciones de penuria en las que las necesidades de las mayorías no habían podido ser satisfechas a un nivel digno, o incluso en absoluto; por eso – agregó - la Historia he demostrado la superioridad de la libertad de emprendimiento en relación a la planificación centralizada, si se quiere poner a disposición de la sociedad en su conjunto una abundante y buena calidad de bienes y servicios. Por eso- finalizó- a partir de Rawls y de la experiencia histórica debemos concluir que lo que cabe no es desear y esperar una superación de las asimetrías capitalistas, sino domarlas dentro de los límites de la razonabilidad, para que sean benéficas a todos y no sólo a

los que ocupan posiciones de privilegio económico o político.

Jervolino fue saludado por un tenue aplauso, mucho más marcado en las tres jovencitas de la primera fila a las que tanto había dirigido sus miradas.

Río recorrió la platea medianamente nutrida y entre los asistentes vio a algunos de los oyentes en la sección dedicada a Sartre, y entre ellos a Vega.

La Presidente pasó entonces la palabra a la profesora Mireille Guichard, de la Universidad de Lyon, que nos expondrá – dijo - sus “Reflexiones sobre la crisis actual de la democracia en Francia”. Alta, desgarbada, sin senos, con un mechón de pelo castaño que insistía en cubrirle el rostro y que ella apartaba incansablemente con un sonriente manotazo, Guichard comenzó diciendo en claro y bien articulado francés que lo que le preocupaba era un manifiesto hastío y desilusión, abstención, e incluso rechazo, de una buena parte de los franceses en relación a la democracia representativa, a los políticos en general, y a los asuntos políticos – y aclaró que la misma situación se está repitiendo en otros países. Y acotó que los franceses no se sienten verdaderamente representados por sus representantes, y que la causa de esa situación de crisis - aparente, precisó la expositora- hay que buscarla tanto en los cambios ocurridos en la organización y práctica de las instituciones políticas, como en una toma de conciencia de la ciudadanía acerca de la complejidad y de los límites de la democracia representativa. Entre los elementos de la primera causa la ponente destacó el hecho de que en Francia el poder político se diseminó y despersonalizó

progresivamente, pues si antes los ciudadanos lo identificaban claramente en el Presidente de la República, luego pasaron a tener dificultades de localizarlo (incluso para esperar algo de él) en una miríada de organismos locales, regionales e incluso internacionales (estos últimos advenidos con la creación de la Unión Europea). También constató la ponente que en muchos casos los representantes aluden a la inserción francesa en la institucionalidad europea para justificar la falta de soluciones esperadas por la ciudadanía, lo que lleva a ésta a apartarse más de aquellos y de los asuntos políticos; al mismo tiempo y al interior del país –prosiguió- la llamada cohabitación (que ocurre cuando el Presidente y la mayoría de la Asamblea Nacional no son del mismo Partido/tendencia) creó conflictos que confunden a la ciudadanía sobre la sede y el alcance del poder que supuestamente debería representarla.

Pero – precisó la ponente- la multiplicación de los poderes no ocurre sólo horizontalmente, sino también verticalmente, localizando el poder en inúmeras instancias (por ejemplo departamentales y municipales) que aturden también al ciudadano. También hay que constatar – acotó Guichard- el aumento de la influencia de los poderes privados (en especial de grandes empresas, incluyendo las de la gran prensa) sobre el poder político, llevando al ciudadano a apartarse de instancias que representan (en las leyes que crean y decisiones que toman) mucho más a los poderosos que a la gente común. Simultáneamente –sugirió la ponente- ese alejamiento sería debido a un aumento general del nivel de instrucción

de la población, que la hace más capaz de criticar y juzgar el sistema político y los agentes públicos; de ahí el abstencionismo creciente en los pleitos electorales. Tanto más – agregó Guichard- que se ha creado un foso entre representados y representantes pues estos últimos incluso manejan lenguajes especializados y crípticos que escapan al entendimiento común. Ante todo ese panorama los partidarios de la democracia, entre los que me incluyo – dijo la ponente- reclamamos una mejora urgente de los procedimientos democráticos e insistimos en la importancia de la micro-política; así ha madurado mucho la idea de aumentar la participación del pueblo en el poder normativo, pero – aclaró Guichard- en una perspectiva de democracia semidirecta (dado que la complejidad de la sociedad actual hace imposible la forma directa, aún disponiendo de la posibilidad de debates y votos vía internet). En ese contexto –especificó la expositora- se debería aumentar los procedimientos de consulta de la ciudadanía, desde las asambleas locales hasta los asuntos europeos, y simultáneamente mejorar la representatividad partidaria (e incluso intra-partidaria, según las diversas tendencias) de los elegidos mediante la representación proporcional (que no existe en Francia para elegir algunos representantes). Y Guichard finalizó diciendo que todo eso debería incluir un mayor control de la ciudadanía sobre los elegidos y una aproximación entre electores y representantes e instituciones; y que, a su vez, la micro-política (en especial en cuestiones ambientales, alimenticias y energéticas) podría devolver al ciudadano el poder de gestión de su entorno inmediato, poder ese que

sería potenciado por las instancias asociativas que extrapolan a las instituciones.

Un buen aplauso premió la exposición de Guichard y se abrió la sesión de preguntas. Río juzgó que la posición netamente pro-capitalista de Jervolino no resistía el contraste con el hambre o las gravísimas privaciones en materia alimenticia, de salud, vivienda y educación, que tres siglos después de entronizado el dominio capitalista continúan afectando en el planeta, y no sólo en el Tercer Mundo, a más de dos mil millones de personas, según las estimativas más optimistas. Al mismo tiempo constató que las ideas de Baumann y Guichard, si no le agregaban nuevas luces, por lo menos rimaban perfectamente con sus inquietudes y el rumbo en el que buscaba las soluciones, y que por eso valía la pena hablar personalmente con ellos. Así, mientras la gente se retiraba, se acercó a ambos, que aun recogían sus papeles de la mesa y comunicándoles su pensamiento, los invitó a que almorzaran juntos para intercambiar ideas. Todo eso lo dijo en un pobre inglés dirigiéndose al alemán, y en un mejor francés dirigiéndose a Guichard. Los dos aceptaron la invitación, pues no tenían compañía, y Guichard los guió hasta un restaurante no muy distante, del otro lado del río Nuovo. Pidieron el consabido menú turístico y se enfrascaron en la charla. Para sorpresa de Río a la hora de conversación los dos europeos le confesaron que la vieja Europa esperaba de América Latina el impulso renovador capaz de asociar la satisfacción de las necesidades materiales y espirituales fundamentales de los individuos con el pleno ejercicio de las libertades de expresión y asociación, mancomunado

con la superación del racismo y el machismo. Río les contestó sonriendo que menuda carga depositaban encima de los latinoamericanos, y que él que había ido al Congreso a buscar indicios de respuesta se veía ahora en el papel del que estaba obligado por la esperanza ajena a descubrirlos. Y así prosiguió el amistoso y rico intercambio por casi dos horas, abordando varias cuestiones relativas a sus respectivas Universidades y países, hasta que Baumann miró la hora y dijo que debía volver al Congreso; Guichard dijo lo mismo. Entonces Río les comunicó que volvería más tarde y se despidieron con un buen apretón de manos.

Río había decidido que aquella era la tarde de hacer el paseo sugerido por Angélica y se fue a la terminal de las lanchas que hacían el recorrido por Murano, Burano y Torcello. Estaba sentado esperando que arrancara la lancha cuando a su lado se sentó Vega, preguntando si no molestaba y apoyando un portafolio entre los dos. Sonriente le recordó que habían compartido exposiciones en la sección de Sartre y que acababan de verse en la de Filosofía Política. Río le dijo que se acordaba muy bien de él, porque incluso lo había citado al empezar su exposición. La guía anunció en cuatro lenguas el perfil general del paseo, usando un micrófono conectado a altavoces de muy mala acústica; su voz se hizo aún más borrosa cuando la lancha prendió sus potentes motores y empezó a alejarse del muelle. Ajeno a esas incomodidades Vega le preguntaba por su vida académica en Latinoamérica, sobre su país y su familia. Río le resumió su vida universitaria en algunos pocos datos, aclarándole

que su jubilación estaba felizmente próxima; en ese punto el otro interrumpió para decir que se lo veía aún joven y en plena forma intelectual, a lo que Río respondió agradeciendo la galantería pero aclarando que si la cabeza continuaba portándose más o menos de forma conveniente, algunos achaques diversos venían afectando a su cuerpo, y ello le aconsejaba el retiro; no para no hacer nada –agregó- sino para dedicarse a leer y escribir lo que realmente le parecía indispensable, sin horarios obligatorios que a esa altura de su vida ya eran una carga demasiado fastidiosa. El otro asintió diciendo que a su tiempo pensaba hacer lo mismo, y le repitió la pregunta por su país y su familia. Río pintó en algunos trazos los últimos cincuenta años del país, que eran los que él había acompañado con más conciencia, para relatar la sucesión de esperanzas, derrotas, nuevas esperanzas y nuevas derrotas que había cubierto todo ese período; y dijo que esa era la base existencial y política concreta del tema que había elegido para la comunicación que Vega había oído en la sección dedicada a Sartre. Y a continuación le reveló su situación de hombre bien casado hacía más de cuarenta años y con dos hijos buenos, cada uno a su modo, pero a los que – concluyó diciendo- no sabía si había sabido educar convenientemente.

Vega sonrió al oír esta última confesión y dijo que por lo menos no se le podía negar la honestidad filosófica. Río agradeció el elogio y le pidió que, a su vez, le hablara de su vida y de su país. Vega dijo que no había tenido la fortuna de tener hijos, pero que compartía su vida con una mujer estupenda en la que la belleza se unía a la

perspicacia y la dedicación a las tareas caseras; Río lo interrumpió para saber qué hacía su esposa y Vega le dijo que, como él, era docente en la Universidad de Logroño, pero del área de Historia, en la que había elegido como especialidad la Historia medieval. Río lo felicitó por su felicidad matrimonial y por los atributos de su esposa, y Vega continuó detallando su carrera profesional; le habló de su doctorado en París y de su fascinación por ese centro académico al que siempre que podía volvía para algún Congreso; también –acotó- le encantaba Italia, adonde había venido varias veces, una de ellas para acompañar a su mujer en una pasantía posdoctoral realizada en Milán. Pero, volviendo al hilo cronológico –dijo- con mi diploma en manos debía encontrar un lugar para ganarme la vida en España, y por suerte logré una plaza en la Universidad de Logroño. Río le dijo que tenía entendido que esa era una buena Universidad, pero preguntó si nunca lo había tentado probar suerte en alguna grande y tradicional, como las de Madrid, o Salamanca. Vega le dijo enfáticamente que no, porque le gustaba la tranquilidad y que la región de La Rioja era una bendición para quien quisiese huirle al ajeteo. Río ensalzó a los vinos de esa región y Vega le dio una pequeña aula sobre los diversos y buenos vinos que allí se podían beber, incluso en las propias bodegas.

Ambos hicieron una pausa en la charla para mirar dónde andaban y en ese momento la guía anunció que estaban llegando a Murano y que la lancha anclaría en el muelle de una fundición en la que podrían ver cómo se fabricaban los cristales famosos en todo el mundo. La lancha atracó y los pasajeros fueron conducidos en fila

india hacia la única salida posible, que de hecho era una entrada secundaria de la fundición. Adentro había un pequeño estrado con baranda en el que los visitantes se acomodaron para ver lo que sucedía en el taller que estaba en plena actividad. Entonces la guía anunció que uno de los artesanos fabricaría un caballito; y un hombre fuerte y en mangas de camisa, manejando una gran tenaza y una pinza empezó a manipular un trozo informe de vidrio incandescente; en dos o tres minutos, tirando de aquí y de allí, y girando hacia aquí o hacia allá, una figura fue tomando forma, y de pronto se transformó en un caballito rojo, con la particularidad que de la parte que Río pensó que saldría una pata resultó saliendo una erizada cola, y donde parecía que iba a aparecer una simple cabeza, surgió una adornada con una crin moviéndose al viento; el hombre zambulló el caballito en agua y aun humeante lo depositó, de pie sobre su cuatro patas, en una mesita que tenía al lado. El público aplaudió maravillado. De inmediato – anunció la guía- veremos cómo se hace un caracol; y el mismo artesano empezó a manipular otra pequeña masa incandescente que esta vez de forma más previsible tomó rápidamente la forma de un hermoso caracol verde. El público volvió a aplaudir con entusiasmo. Y ahora –dijo la guía- veremos en acción a un soplador que nos va a fabricar una hermosa jarra. En una mesa cercana a la del otro artesano un hombre tomó una masa incandescente en la punta de una especie de larga pipeta y girándola y soplándola al mismo tiempo, fue haciendo surgir una forma tubulada de color azulado, que luego, al compás de sus movimientos, fue tomando un

contorno de jarra de base ancha y cuello y boca fina; en ese momento el soplador tomó un pequeño pedazo de masa y con una pinza lo coló a la jarra, para transformarlo en un asa grácil y fuerte. Enfrió el recipiente y lo depositó sobre su mesa. El público aplaudió más fuerte que nunca y hubo muchas expresiones de admiración que brotaron de mujeres y hombres, preferencialmente de las primeras. Ahora –dijo la guía- agradecemos a nuestros artistas y pasamos al salón de exposición donde podrán comprar estos bellísimos objetos. Otra vez los visitantes salieron por la única puerta disponible, que ahora resultó ser la de un muy iluminado y vasto salón dotado de muchas vidrieras de distinto tamaño en las que se podían ver los objetos de cristal más diversos y más hermosos que se pudieran imaginar; allí estaban los caballitos, caracoles y otros animales, pero también jarrones y jarras, y juegos completos de artefactos para el café o el té, recipientes para licores, y una colección de lámparas que alternaban los colores y formas más deslumbrantes. Río y Vega miraron los precios y se miraron. Sin decirse palabra ambos decidieron que su poder adquisitivo les daba sólo para comprar un caballito, y así lo hicieron, eligiendo colores diferentes. Los dos salieron del salón de exposiciones y se encontraron con un muelle que de un lado se abría hacia la Laguna, y del otro lado daba a una callecita que comunicaba con otras construcciones del entorno. Primero fueron hacia el lado de la Laguna y admiraron por un buen rato el perfil de la Serenísima a lo lejos. Después caminaron hacia el otro lado y a no más de cien metros de la fundición vieron en la vitrina de un

comercio el mismo caballito que ambos habían comprado, pero a un precio sensiblemente menor. Se miraron y volvieron a hablar con la cajera. Ella entendió de inmediato el mensaje y sacó de abajo del mostrador dos caracolutos que embolsó separadamente para darle uno a Río y otro a Vega, diciendo: “esto es un regalo de la casa”. En ese momento la excursión ya volvía a la lancha y ambos se integraron a la fila india, festejando con risas su triunfo tardío.

La guía anunció la próxima parada en Burano y describió la nueva isla con palabras que el motor y la acústica deficiente no permitieron distinguir. A los pocos minutos la lancha atracó en un largo muelle donde había gente cargando o descargando mercancías en tres embarcaciones. Hubo que caminar varias cuadras para llegar al caserío, pero el trayecto valía la pena pues permitía admirar el contraste de los colores fuertes y puros que distinguían infaliblemente cada casa de la que tenía al lado. Cuando llegaron a una plazoleta enlosada grande Río pensó que la de Pisa no era la única torre inclinada, pues la de la iglesia que allí se erigía tenía el campanario claramente torcido; así se lo hizo notar a Vega y éste le respondió que allí los sismos no eran infrecuentes, o por lo menos no lo habían sido a lo largo de la Historia. La plazoleta estaba rodeada por casas que vendían *souvenirs* diversos, pero especialmente encajes, que iban desde pequeños mantelitos para apoyar una taza o un vaso hasta grandes piezas para usar como cubrecamas. Como sucedió en Murano, aquí los precios también eran asustadores, y tanto Río como Vega optaron por un par de los mantelitos

más chicos. Estaban eligiéndolos cuando un repentino golpe de viento volteó los escaparates que varias casas de los alrededores tenían sobre la calzada. Ayudaron a una empleada a entrar los que eran de aquel pequeño comercio, y terminaron su compra adentro de su única sala. Protegiéndose del viento con el cuello del abrigo levantado y con Vega apretando fuertemente su portafolios abajo de unos de sus brazos, circularon la plazoleta para ver qué había más allá de cada una de sus entradas; pero descubrieron que en ninguna dirección se veía algo digno de ser apreciado. Y entonces resolvieron volver a la lancha, donde ya estaba por lo menos la mitad de la excursión.

Pocos minutos después la lancha partió hacia Torcello y Río le preguntó a la guía qué pasaba si uno de los pasajeros no había vuelto a tiempo; ella dijo que eso solía suceder pero que no había ningún problema porque el retardatario podría tomarse la próxima lancha sin costo adicional alguno, desde que tuviese en su poder el boleto. Al llegar a Torcello Río vio cómo desde otra lancha igual a la que lo transportaba se bajaba en último lugar, sin ninguna compañía, cargando un portafolios liviano, y con aire cansado, Jervolino; se lo mostró a Vega y éste hizo un gesto como diciendo: “con ese pesado más vale ni hablar”, y apresuraron el paso. Torcello era mucho menos poblada que las dos islas anteriores y sus márgenes recordaban a las de una isla de aventuras; al bajar al muelle y por encima de los árboles se veía la torre del campanario de una iglesia vetusta. Hacia ella caminaron, descubriendo que era una Catedral y que hacía parte de un complejo de

construcciones más bajas pero no menos viejas, como la iglesia de Santa Fosca y el Museo de Torcello. En el camino lo que sorprendió a Río fue la cantidad de gatos sueltos que circulaban sin ningún miedo, o se quedaban inmóviles y ajenos a los visitantes en los más diversos lugares. Río pensó que aquello debía estar ligado a algún hecho histórico o a alguna creencia pagana o cristiana. Vega se quedó frente a la Catedral y Río optó por ver las construcciones que la circundaban, algunas de las cuales tenían los portones abiertos a la visita. En una placa se explicaba que aquella isla había sido poblada bastante antes que Venecia, y que sus primeros habitantes huían de guerras y persecuciones; después de que los pioneros se asentaron allí, otros dieron el próximo paso para fundar Venecia. Cuando Río entró en la muy vieja Catedral, a la que hacía compañía la iglesia de Santa Fosca, no vio por ningún lado a Vega, y tampoco a Jervolino, ni a nadie que reconociera del Congreso. Pero entonces sintió que le tocaban el brazo y oyó una dulce voz que en italiano le dijo que se alegraba de encontrarlo; era Rafaela Mutti, con quien había compartido mesa en el Congreso. Él le dijo que también se alegraba de ese encuentro y ambos fueron contemplando absortos la nave repartida en tres por dos columnatas blancas, el mosaico casi intacto del siglo X que representando el Juicio Final adornaba la parte interna y superior de la puerta principal, el gran altar presidido por una enorme Virgen con el niño en brazos, y un altar lateral presidido por un imponente Cristo Pantocrátor, y las baldosas muy gastadas de aquel viejo templo. Rafaela le hacía notar este o aquel detalle del predio y le dijo que otra

vez que había estado allí, hacía algunos años, había subido con otra amiga y sin que nadie lo advirtiese, hasta la cima, el altísimo campanario que había allí atrás de la Catedral.

- Este es un lugar muy poco vigilado – le aclaró-

Y siguieron admirando el predio. Después de más de media hora estaban a mitad del camino de la vuelta hacia la lancha cuando los alcanzó Vega. Con mucha alegría saludó a Mutti y se puso entre ella y Río. Los miró con ojos pícaros y les preguntó dónde se habían metido, pues no los había visto durante la visita. Río le aclaró el periplo que había hecho, primero solo, y después con Rafaela, y bromeando llegaron a la lancha. Río no vio la otra lancha que había traído a Jervolino, por lo que supuso que ya había retornado a Venecia. En ese viaje de vuelta la que más habló fue Rafaela, porque los dos hombres, tanto por interés verdadero, como por galantería, le hicieron muchas preguntas sobre su vida y su trabajo. Ya moría la tarde cuando llegaron a la Universidad. Río se disculpó diciendo que debía encontrarse con alguien y dejó solos a Vega y Rafaela mientras salió en busca de Angélica. La encontró sin dificultad orientando a dos congresistas que le mostraban un mapa, y cuando quedaron solos la interrogó con la mirada.

Ella le dijo:

- No hay novedades mayores, pero por lo menos hoy no tuvimos ningún muerto.

Río respondió que realmente aquel era un hecho para congratularse, pero que no se sabía si en el loco Carnaval veneciano la Policía no estaría ocupada con otro

cadáver; y le preguntó qué sabía de los tres colegas fallecidos.

- Poca cosa más – dijo Angélica- La Policía verificó que ni el marido de Anne ni la mujer de Leonel podrían estar involucrados directamente en lo que pasó, pues el día de sus muertes el primero estaba en París y la segunda en Madrid. También averiguó –agregó- que Urbino padecía hacía mucho de alcoholismo y que ese fue el motivo principal por el que su mujer lo había dejado hacía varios años; y que el único pariente más allegado que tiene es un primo residente en Salamanca.

Ella preguntó si él se quedaría a la sesión plenaria de la noche, y Río le contó su escapada a las islas, que lo había dejado tan cansado que volvería ya al hotel para regresar a la Universidad a la mañana siguiente. Ella quiso saber sus impresiones sobre la visita a las islas pero él dijo que se las contaría al otro día. Y así se despidieron.

En el camino hacia la terminal del ómnibus compró un litro de leche, un pan largo tipo baguette y unas fetas de jamón y queso, para armarse un sándwich en su habitación.

Llegó al hotel y tuvo que llamar varias veces para que alguien le diera la llave, que, por otra parte, él mismo podría haber agarrado pues todas las llaves estaban a la vista en un panel atrás del pequeño mostrador. Subió a su habitación. Mientras se preparaba el sándwich llamó a su mujer. Se enteró de que todo estaba en orden por casa y le dijo que en el Congreso y en los paseos por Venecia le iba muy bien, pero ya estaba algo cansado y con ganas de volver. Se despidieron con un beso recíproco, y él le

mandó besos a los hijos. Después que comió el sándwich llamó a José María. Su amigo lo atendió de inmediato y tras los saludos de costumbre le dijo que aun no tenía noticias, pero que esperaba que la colega de París no demorase en responder, y que, por otra parte, se había acordado el nombre de alguien que fue muy amigo de Vega en Logroño y actualmente se encontraba en la Complutense de Madrid, y que le preguntaría sobre eventuales nexos entre Vega y Correa y Urbino; y a propósito de este último – agregó- hay un cura de mi época de sacerdocio que trabaja hace años en Salamanca y al que le puedo preguntar sin problemas por los eventuales vínculos entre Urbino y Vega. Río le agradeció esos datos y lo urgió a que contactara a los dos colegas españoles. Y de inmediato le preguntó qué le había parecido Vega como persona. José María le respondió:

- Vega siempre me pareció muy buena persona; era muy compañero, siempre dispuesto a cooperar con los colegas y a defender los derechos de los docentes y alumnos; no tenía actividad político partidaria pero se movía con el sindicato y organizaciones defensoras de los Derechos Humanos o de la ecología; para el País Vasco y Cataluña propugnaba una solución pacífica basada en el derecho de autodeterminación, aunque le pareció que si esos pueblos reflexionasen optarían por permanecer juntos dentro de una España republicana y federada, a imagen de Alemania. Ayudaba a los alumnos en dificultades incluso prestándoles libros de su biblioteca particular. Luego de que se casó, un año después del disgusto amoroso que te

comenté, siempre se reveló apasionado por su mujer, por la que se desvivía, al menos hasta que me fui de Logroño.

Oyendo eso Río preguntó:

- ¿Dirías que es propenso a la violencia?

Del otro lado del teléfono se escuchó una risa y José María dijo:

- ¿Vega? ¡Ni soñar! Ese físico atlético que tiene lo usó siempre para practicar deportes, pero es incapaz de matar una mosca; y eso lo sé a ciencia cierta porque me lo dijo su mujer. Y, como te dije, en política defiende exclusivamente opciones pacíficas.

Río agradeció. Le contó su hermoso paseo por las islas, refiriendo su larga charla con Vega, y se despidió de José María diciéndole que esperaba tener nuevas tuyas en breve. Confirmó que en la TV estaban dando las mismas noticias y estupideces de siempre y se durmió casi de inmediato.

Al otro día, que era el penúltimo del Congreso, Río llegó algo atrasado a la Universidad y ya terminaba de hablar el primer expositor de la sección de Filosofía Política. Lo sucedió un joven brasileño, llamado Claudio Silva, que era profesor en la Universidad Estadual de Paraná. Empezó diciendo que, como lamentablemente el portugués no era lengua oficial del Congreso, lo habían obligado a hablar en español o italiano, y que optó por el español, pidiendo disculpas por su portuñol. Su ponencia se intitulaba “El Ecomunitarismo: una propuesta filosófica para el siglo XXI”, y aclaró que se refería a la teoría de un filósofo brasileño nacido en Uruguay, cuyo nombre Río no

entendió y se prometió buscar después en el libro de resúmenes.

Silva comenzó explicando que dicho filósofo había refundado la Ética y sobre sus tres normas fundamentales erigía una propuesta genérica pero muy fuerte en las áreas de la economía ecológica y sin patrones, la educación, entendida como educación ambiental que incluye una educación sexual, una erótica de la liberación, una política de todos apoyada preferencialmente en la democracia directa, y una comunicación horizontal y simétrica superadora de la actual, vertical y asimétrica, manejada por los monopolios u oligopolios mediáticos al servicio del capitalismo. Las tres normas éticas fundamentales se deducen de la gramática profunda de la pregunta que instaura la Ética y que reza “¿Qué debo hacer?”; para ello se usa el concepto de la “felicidad de los actos de lenguaje” como la caracterizó Austin y un operador lógico llamado condicional; de forma tal que cada una de las tres normas se estructura como un Casi Razonamiento Causal que es soportado por razonamientos cuyas formas son válidas a la luz de la lógica clásica. Silva hizo una pausa y dijo que sin detenerse en esa parte más árida de los fundamentos, porque allí no había tiempo para exponerlos en detalle, el filósofo que lo inspiraba había deducido aquellas tres normas básicas que respectivamente nos obligan a luchar para garantizar nuestra libertad individual de decisión, a realizar esa libertad en búsquedas de respuestas consensuales con los otros, y a preservar y regenerar la salud de la naturaleza humana.

Informalmente –agregó- las normas se deducen como sigue: preguntar ¿qué debo hacer? presupone que puedo hacer más de una cosa (pues de lo contrario la pregunta carecería de sentido); ahora bien, poder hacer más de una cosa presupone que tengo libertad de decisión; ergo, la primera norma de la ética establece que para ser coherente con la pregunta ¿qué debo hacer?, estoy obligado a velar por la libertad de decidir que es la que da sentido a la pregunta; de ahí mi obligación de luchar para garantizar mi libertad de decidir en todas las esferas y circunstancias en las que la misma no se vea respetada; y eso incluye todas las áreas que mencioné al principio. Ahora bien, ¿es ilimitada la libertad individual de decidir que ampara la primera norma fundamental de la Ética? –preguntó Silva-; y respondió: no, porque si lo fuera cualquiera podría agarrar un revolver y matar a la primera persona que tiene enfrente por el simple hecho de que su cara no le gusta, con lo que toda vida en sociedad sería imposible; ahora bien, como dijo Aristóteles –acotó- , el hombre es un ser social, y sucede que cuando pregunto ¿qué debo hacer? mi pregunta va lanzada a cualquier otro, cuya opinión cogito incluso cuando estoy solo en mi cuarto sopesando qué diría tal amigo o tal enemigo sobre lo que yo debería hacer en determinada circunstancia; de ahí se deduce la segunda norma básica de la Ética que establece que debo buscar consensualmente con los otros la respuesta para cada interrogante sobre lo que debo hacer; y así llegamos a la tercera norma, al descubrir que para que exista la pregunta que instauro la Ética tiene que existir el lenguaje que la incluye y para que los seres

humanos lo usen deben ser sanos mental y físicamente; y, como la salud humana está en gran parte determinada por los factores ambientales positivos o negativos que los rodean, esa tercera norma exige que preservemos y regeneremos una naturaleza humana y no humana sanas; a esa tercera norma –agregó Silva- el autor la llama la norma ecológica.

Dicho todo eso, se demuestra sin dificultad que el capitalismo viola las tres normas éticas fundamentales todos los días; en el área económica al someter a las grandes mayorías al trabajo alienado o al desempleo, a la miseria material y/o espiritual y a la arbitrariedad de los órdenes que rigen en cada empresa; en el área ecológica se ve que el capitalismo está destruyendo literalmente al planeta, provocando la extinción de muchas especies, y devastando o contaminando la tierra, las aguas tanto de los ríos y lagunas como del mar, y el aire; en el área educativa el capitalismo discrimina a las mayorías reducidas a la falta de escuela o a avanzar poco en la escolarización, y promueve en la educación formal una educación autoritaria y acrítica; en la política el capitalismo –como ya se ha dicho en esta sección, dijo Silva- manipula y perjudica a las mayorías con la trampa de una seudodemocracia seudorrepresentativa, que favorece los intereses de los poderosos; en lo geopolítico el capitalismo vive del racismo, cerrando las puertas a los emigrantes que su propia perversidad echa de sus casas, y nunca supera el foso que separa a los privilegiados del capitalismo central de la gran mayoría de los habitantes de la Tierra que malviven en el Tercer Mundo; en la erótica

el capitalismo no logra superar el machismo y la homofobia; y en la comunicación reposa, como ya se dijo, en la comunicación vertical y asimétrica manipulada por los monopolios mediáticos que controlan las noticias a nivel planetario.

Silva respiró y dijo que en contraposición a todo eso se levanta la propuesta ecomunitarista, la que, aplicando las tres normas éticas fundamentales de forma consecuente y en cada área, apunta a un nuevo orden socioambiental en el que suceda exactamente lo opuesto a lo que se acaba de decir que acontece en el capitalismo, y que esté basado en el principio “de cada uno según sus capacidades y a cada uno según sus necesidades, respetando los equilibrios ecológicos”. Para eso, como ya se ha dicho –concluyó- el Ecomunitarismo reúne a la vez una economía ecológica y sin patrones, una política de todos basada principalmente en la democracia directa, una educación libertadora con carácter ambiental e incluyendo una educación sexual liberadora, una erótica del libre placer compartido, y una comunicación realmente democrática porque horizontal y simétrica sin centros todopoderosos para la manipulación.

Silva terminó y fue muy aplaudido. Cuando el Presidente de la sesión iba a dar la palabra al tercer ponente, irrumpió Angélica y se repitió la escena de dos días antes.

- Siento muchísimo informar – dijo- la muerte de nuestro colega Ugo Jervolino, conocido de varios de los aquí presentes, empezando por mí misma.

Dicho eso comenzó a llorar y Río se levantó para ampararla y sacarla del salón mientras sentía a sus espaldas una tormenta de murmurios y diálogos desordenados.

Sentó a Angélica en una de las sillas que había en el corredor y fue a traerle un vaso de agua del lavabo cercano. Cuando ella estuvo más tranquila le dijo:

- Cuéntame lo que pasó.

Ella tragó saliva y aun sollozando un poco dijo:

- El mismo policía que vino las otras veces acaba de comunicarnos a mí y a tres miembros de la Comisión Organizadora que Jervolino fue encontrado muerto esta mañana en la torre del campanario de la Catedral de Torcello.

- ¿Cómo fue eso?- preguntó Río.

- Dicen que fue allí a comprar un gran paquete de cocaína y que al drogarse en el acto murió por una overdosis.

- ¿Cómo saben eso? – preguntó Río.

- Porque a su lado estaba aún el paquete con una buena cantidad de cocaína, y tenía las narinas intensamente rojas; la autopsia reveló inmediatamente la muerte por paro cardíaco provocado por una overdosis.

- ¿Tú sabes si Jervolino era cocainómano? – preguntó él.

- Sí -dijo ella-, todo el mundo lo sabía en la Facultad, y oí a varios alumnos comentando que Jervolino llevaba consigo habitualmente cantidades mucho mayores de cocaína de las que cargaría un simple consumidor

común; y además decían que siempre cargaba mucho dinero.

- ¿Quién y cuándo encontró el cuerpo? - preguntó Río

- Un empleado del Museo contiguo a la Catedral, que vio que el alambre de la puerta de la torre del campanario estaba abierto y subió hasta allá arriba, donde encontró a Jervolino aclaró ella-.

Al pronunciar otra vez su nombre Angélica volvió a sollozar, y Río la calmó nuevamente.

- ¿O sea que el cuerpo estaba en la cima del campanario? – preguntó él.

- Sí – dijo ella.

- ¿Y había algo más junto al cuerpo? – inquirió Río.

- La policía dice que a su lado estaba su portafolios abierto, el paquete con la cocaína restante y una máscara de Pantalone, que suponen que se salió del portafolios cuando éste cayó al piso abierto; y tenía los documentos, la credencial del Congreso y algo de dinero – explicó ella-.

- Y, ¿cuál es la conclusión de la Policía? – pregunto él.

Ella suspiró y dijo:

- La Policía cree que accidentalmente, a causa de la abstinencia, se pasó en la dosis y se murió.

- ¿Y la máscara?, preguntó él.

Ella dijo que también había preguntado eso al policía y el mismo le dijo que, como otros tantos miles de

turistas, Jervolino debía haberla comprado en uno de los innumerables comercios y puestos de Venecia.

Río le pidió que le hablase más de Jervolino, ya que ella había acabado de decir que lo conocía.

Ella tomó aire y le dijo que aunque eso quedaba muy mal en aquella hora, había que decir que Jervolino no era querido por mucha gente; porque en primer lugar era uno de los raros tipos ricos que se dedican a la docencia universitaria y hacía ver a los otros docentes que no necesitaba ejercer esa profesión; su familia pertenece a una dinastía de ricos industriales de Milán y él optó por la docencia por simple capricho, recibiendo mucho dinero de su parte en las empresas de su padre; en segundo lugar porque Jervolino era un enemigo de toda lucha sindical o gremial llevada adelante por profesores o alumnos; y en tercer lugar porque era un invasivo Don Juan que se metía con muchas mujeres casadas.

Río le preguntó si en el Congreso había gente que le podía tener odio a Jervolino a causa de alguna de aquellas cosas.

Ella le dijo que sí, y empezó a enumerar nombres, que Río trató de memorizar; de los allí presentes, según ella se acordaba en el momento, Jervolino había ofendido con sus aires de rico y opositor del sindicato a Mattei, Benedetto, Croce y Ústica; y por meterse con sus mujeres, que ella supiese por confidencias de las propias asediadas, estaban Di Stéfano, Lavagna, Icardi y Vega.

- ¿Cómo fue lo de Vega? – preguntó Río.

Angélica suspiró y dijo que hacía unos dos años Vega y su mujer habían venido a Milán para unas

pasantías posdoctoral de ella y actividades académicas diversas de él. Y que al poco tiempo Jervolino comenzó a cargosearla primero con suavidad y luego cada vez más insistentemente y rudamente.

- ¿Y cómo terminó aquello? – preguntó Río.

La mujer de Vega me dijo que le dijo a Jervolino que le había contado lo que sucedía a su marido y que éste le mandó decir a Jervolino que si no cesaba aquello de inmediato, se las vería con él.

- ¿Y cesó? preguntó él.

- Sí - dijo ella - porque Jervolino cambió de blanco y poco después Vega y su mujer retornaron a España.

Río preguntó si en los otros casos de asedio la situación había sido parecido a la de los Vega. Ella dijo que sí y que, por lo que le constaba, en el caso de los Lavagna la cosa había ido a parar en una denuncia judicial, que se supone que no prosperó por las grandes influencias que tenían Jervolino y su familia.

Río la invitó a almorzar un poco más temprano para mejorar el ánimo y ella aceptó gustosa. La llevó al mismo restorancito cercano al que había ido el día anterior. Él decidió no tocar más el tema que tanto la entristecía y hablaron largamente de las posibilidades que tenían los filósofos latinoamericanos de hacerse oír más en Europa y en los EEUU. Ella ponderó que había más de uno de esos pensadores, que si hubiese nacido en París o en New York, sería estudiado en todo el mundo, por la importancia y densidad de sus obras. Después hablaron de por qué hasta ese momento ella no se había casado. Y ella

retrucó pidiéndole que le explicara en detalles cómo se aguantaban más de cuarenta años del casamiento. Y continuaron abordando sus respectivos planes de futuro.

Cuando volvieron a la Universidad para participar en la sesión plenaria de esa tarde, aparecieron dos policías de particular que dijeron que habían venido a pedir informaciones a todos los profesores de la Universidad de Milán que se encontraban en el Congreso, y a todos los congresistas que habían ido a Torcello ese día y el día anterior. Río pensó que la familia de Jervolino movía rápidamente sus influencias y que, además, la Policía debe haber pensado que si bien tenía explicaciones para las muertes de los cuatro congresistas que excluían el asesinato, cuatro muertes en cuatro días en un mismo Congreso ya era demasiado. Por uno y otro motivo – concluyó para sí Río- tenían que mostrar que estaban haciendo algo. Los que estaban en una u otra de las categorías citadas por los policías resultaron ser más de una docena; y faltaban algunos que en aquel momento no se encontraban en la Universidad. Los dos policías los recibieron individualmente en una salita improvisada para ese fin, contigua al salón donde los habían reunido. Río y Angélica esperaban su turno sentados lado a lado. Él trató de distraerla prolongando la última parte de la charla del almuerzo, pero mientras tanto miraba de reojo a las mujeres y hombres que allí aguardaban. Ninguno daba muestras del menor nerviosismo, y vio como Vega departía tranquilamente en voz baja pero con gesto sonriente con una rubia de ojos claros que estaba a su derecha. De los demás sólo reconoció la figura austera de

Ústica. Primero pasó Angélica y luego Río. Los policías lo recibieron muy respetuosamente sentados atrás de un pequeño escritorio y lo hicieron sentarse en la cómoda silla que les hacía frente. Le avisaron que toda su charla sería grabada, y preguntaron si él tenía algún inconveniente. Río dijo que no. Registraron primero su nombre completo, su nacionalidad, edad, estado civil, domicilio, teléfono, correo electrónico y Universidad o lugar en el que trabajaba. Después le preguntaron si conocía al profesor Jervolino y él dijo que lo había visto por primera vez y sólo en dos ocasiones, a saber durante su exposición en el Congreso, y luego en Torcello. Los policías se miraron y le preguntaron cuándo lo había visto en Torcello; él dijo que el día anterior; entonces ellos le pidieron que describiera detalladamente aquella visita. Río les contó paso a paso lo que había hecho y con quién había estado. Los policías le preguntaron si había visto a alguien en compañía de Jervolino. Él dijo que cuando lo vio bajarse de la lancha estaba solo, y que después no lo vio más porque junto con Vega se le habían adelantado en la caminata hacia la Catedral. Los policías le preguntaron entonces si él, Río, había estado siempre acompañado en esa visita. Y él dijo que sí, primero por Vega, a quien ellos entrevistarían después pues lo había visto en el salón de espera, y luego inmediatamente por la profesora Rafaela Mutti, de la Universidad de Nápoles. Los policías le preguntaron desde cuándo conocía a esa profesora, si la misma estaba en el Congreso, y si se encontraba en el salón de espera. Río dijo que la había conocido en la mesa que habían compartido en el Congreso en la sección

dedicada al pensamiento de Sartre, que ella lo había encontrado de casualidad en la Catedral de Torcello, y que no la había visto en el salón de espera; a lo que agregó que sin duda podrían localizarla más tarde en la Universidad o en el hotel donde se alojaba. Los policías dijeron que no tenían nada más que inquirir sobre el caso Jervolino, y le preguntaron qué podía decir de los otros tres congresistas muertos en aquellos días. Río contó que no conocía a ninguno de ellos de antes; que había oído las exposiciones de Dubois y Correa en el Congreso y que después no los había visto más; y que casualmente le tocó presentar su ponencia inmediatamente antes que Urbino en la misma mesa. Los policías le preguntaron si sabía en qué hoteles estaban hospedados los tres citados. Río creyó prudente mentir y dijo que no, aunque sabiendo que corría el riesgo de que en una investigación muy minuciosa, la mujer del hotel de Dubois y Correa y el hombre del hotel de Urbino podrían reconocerlo; pero lo dejaría muy bien parado la evidencia de que aquellas visitas habían ocurrido después de las muertes de los tres y no antes; y si se llegase a ese punto él podría confesar que estaba haciendo su propia investigación sobre esos casos. Los policías le dijeron que esta era su última pregunta y que él tenía todo el derecho de no responder, pero querían saber si él usaba drogas. Río les contestó enfáticamente que no, y agregó que no fumaba y que gustaba del alcohol sólo muy moderadamente.

Los policías dieron por terminada la entrevista y le pidieron que firmara un documento en el que simplemente constaba la realización de aquella charla. Río leyó las

escuetas tres líneas del texto y firmó. Se saludaron con un apretón de manos y salió de la salita. Pasó por el salón de espera, donde Vega seguía conversando con la rubia y ni levantó la cabeza para mirarlo, en caso de que lo hubiera visto salir de la salita. Se dirigió al salón para aprovechar lo que restase de la sesión plenaria.

En ese momento el figurón inglés invitado para la ocasión empezaba a exponer sus conclusiones acerca de lo que en el momento presente podría aprovecharse de la forma en la que Wittgenstein, en las dos fases de su filosofía, había caracterizado a la Ética. Río miró al auditorio, atento al conferencista y totalmente ajeno al hecho de que cuatro congresistas habían muerto. Se perdió en pensamientos sobre la frialdad humana ante la muerte ajena, preguntándose que diría Sartre de aquella situación. Y se sorprendió con los nutridos aplausos que siguieron al fin de la exposición del inglés. Se levantó mirando para ver si veía a Angélica entre la pequeña multitud que se dispersaba, pero no la distinguió por ninguna parte. Entonces resolvió que realizaría sin compañía la tan postergada inmersión en el ajetreo nocturno carnavalesco de Venecia. La noche ya caía rápidamente y el frío lo recibió con un abrazo al salir de la Universidad.

Se dirigió a la estación del vaporetto más cercana y partió rumbo a San Marcos. En la amplia plaza ya se paseaba mucha gente disfrazada, haciendo las delicias de los muy numerosos turistas que filmaban y fotografiaban todo lo que se les pusiera a tiro. En un rincón y sobre un amplio estrado de madera estaban terminando de montar los aparatos de sonido para un espectáculo musical.

Observó más detenidamente que la vez anterior la fachada de la Basílica y del Palacio de los Dogos; se quedó un rato en el muelle contemplando el tránsito de las embarcaciones; volvió sobre sus pasos y fue a mirar de nuevo la torre del reloj; recorrió detenidamente las arcadas que cerraban uno de los lados de la plaza, y decidió que no le apetecían los bares que allí recibían a un buen público, tanto en su interior como en la gélida calzada. Salió por una de las calles que desembocaban en la plaza diciéndose que buscaría un lugarcito para cenar y que después volvería a la plaza cuando el espectáculo estuviera en su auge. No lejos encontró el restaurante “Al Gallo d’Oro” y se refugió en su cálido interior donde algunas pocas mesas aún estaban vacías. Un mozo le mostró solícito la menor de ellas, y allí se instaló. Río pensó que al día siguiente se terminaba el Congreso y que ya era hora de salir del menú turístico y pedir un plato más caro. Recorrió el menú con parsimonia y decidió preguntarle al mozo qué recomendaba como lo mejor y más característico de la casa. El mozo le indicó dos de los platos que constaban en la carta, y eligió el más barato, de pescado. Para beber pidió una botellita de vino blanco, del bueno. Mientras esperaba trataba de adivinar de dónde vendría la gente que ocupaba las mesas contiguas y le pareció que allí casi nadie era italiano; porque hablaban bajo y haciendo pocos gestos.

Después pasó en limpio el Congreso y concluyó que hasta que no leyera el libro de resúmenes completo, lo interesante para la inquietud que lo había llevado hasta allí era la novedad del ecomunitarismo – tengo que contactar

al filósofo que lo propone, pensó- y lo que habían dejado las exposiciones de Baumann y de Guichard; bueno - se dijo- algo es algo; y lo más relevante es que la vieja Europa parece que no tiene la respuesta para lo que busco, por lo que tendremos que inventarla en Latinoamérica; quizá el ecomunitarismo ya sea la respuesta –concluyó-. Estaba sumergido en esos pensamientos cuando se le acercó una señora que vendía claveles rojos que traía en un pequeño cesto. Pensó que sería un bonito gesto romántico comprar uno para su mujer, aunque evidentemente con los dos días y pico que tenía por delante hasta volver a su casa, la flor llegaría completamente marchita, si es que no se la quitaban en el control maniático del aeropuerto de Roma. Y con una sonrisa hacia la vendedora, desistió de la idea. La comida llegó humeante y él se deleitó en saborearla lo más lentamente que pudo. Después pidió un café, para mantenerse bien despierto. En ese momento el restaurante ya estaba completamente lleno. Había sólo una pareja disfrazada, pero cada uno portaba en la cara un simple antifaz, que no le impedía comer o beber. Pensó en las máscaras de los cuatro muertos. Una idea se fue reforzando en su mente. Pero llegó el café y sus pensamientos se volvieron hacia su pronta vuelta a casa, su mujer y sus dos hijos.

Pagó y salió otra vez al frío que ahora era aún más intenso que antes. La plaza ya estaba totalmente colmada y frente al estrado muchísimos jóvenes se agitaban ante una orquesta que tocaba música actual; Río se decepcionó porque había imaginado que la música recordaría a los

carnavales de antes. Se fue abriendo paso ante la multitud, que aquí y allí presentaba clarones donde alguien hacía malabarismos con los *diábolo* o hacía la *estatua* y recibía algunas monedas en el mantel que había colocado a sus pies, o se exhibía completamente disfrazado a alguna cámara ajena. Vio varias parejas tomadas de la mano, ya paseándose, ya estáticas, con esos disfraces completos que incluyen una máscara rígida que cubre completamente el rostro, un sombrero que cubre la cabeza, un largo abrigo que roza el piso y tiene un cuello levantado que esconde la nuca; imposible saber – pensó - el sexo de cada una de esas dos personas. Volvió sobre sus pasos para escuchar un poco de música y tratar de absorber algo de la alegría del gentío que lo circundaba, en el que cada persona, cada pareja o cada grupo, si le placía, bailaba a su manera. A su alrededor y por lo que se percibía en todos los que no portaban máscaras, la enorme mayoría no superaba los treinta o treinta y cinco años y circulando entre esa multitud se oían muchas lenguas diferentes, algunas de las cuales Río no lograba identificar con exactitud. Cuando sintió que las piernas le pesaban y que ya había visto lo que tenía que ver buscó la salida más rápida hacia la Piazzale Roma. Como había sucedido cuando transitó aquellas callejas con Angélica, sólo pudo vencer las primeras cuadras navegando en una marea humana. Cuando llegó al hotel llamó a su mujer para contarle su día, omitiendo lo relativo al caso Jervolino, como antes le había ocultado las otras muertes. Se acostó sin ducharse, dejando ese menester para la mañana siguiente.

Durmió muy bien. Se duchó sin prisa. Desayunó y pagó el hotel. El dueño lo invitó a volver. Cargó con su valija pues no le convenía dejarla allí tan lejos de la estación de trenes. Llegó a la Universidad cuando empezaba la sesión plenaria de clausura. La Presidente de la Comisión Organizadora hizo un breve discurso protocolar en el que agradeció todos los valiosos aportes que el evento había recibido, y que serían publicados en el Libro de Actas, que estaría a disposición de los congresistas y del público en los próximos tres meses. Hizo una pausa y pidió un minuto de silencio en homenaje a los cuatro colegas que después de haber brindado su valiosa contribución no podrían volver a sus casas. El minuto fue respetado con absoluto recogimiento. Entonces la Presidente retomó la palabra y dijo que también los cuatro hubieran querido que siguiera la filosofía y la alegría, e invitó a los presentes a recoger en la mesa de inscripciones su certificado de participación en el Congreso y a disfrutar de inmediato del cóctel de despedida que sería servido en el amplio hall aledaño al salón principal donde se encontraban. La platea dedicó un largo aplauso a las palabras de la Presidente, y se fue dispersando rumbo al hall y a la mesa citada. Ríó arrastró su valija hasta aquella mesa y una azafata sonriente encontró y le entregó prontamente su certificado. En el hall buscó a Angélica y la invitó a acompañarlo hasta el Lido, que él quería conocer en sus últimas horas venecianas. Ella le dijo que no podría ser, pues salía de allí en pocos minutos hacia su hotel para recoger su valija y marchar directo a la estación ferroviaria para volver a

Milán. Mientras saboreaban el cóctel acompañado de sabrosos saladitos Río preguntó si había alguna nueva en los casos de los colegas muertos. Angélica le dijo que no había recibido ninguna otra novedad. Y dicho eso se disculpó y le dijo que tenía que salir volando. Se besaron y prometieron comunicarse por email. Sin nada que hacer en aquel aburrido cóctel, Río buscó la estación de vaporetto y eligió uno que lo dejase en San Marco, para echarle un último vistazo.

Recorrió la plaza con calma y tomó el barco hacia el Lido. Cuando se bajó se sorprendió con la diferencia abismal que había entre las edificaciones que allí había comparadas con las de la ciudad histórica. Las calles y edificios le recordaban algunos de los balnearios que había conocido en Sudamérica. Tras una buena caminata llegó frente al imponente Hotel des Bains y tras contemplar su fachada cruzó la avenida para acercarse a la playa. Toda la vereda estaba cercada por un alambrado y entonces Río recordó que en Italia muchas de las playas son pagas. Bordeó el alambrado y vio un portoncito abierto, y el caminito que desde el mismo llevaba hasta un edificio que parecía ser una boletería, frente a la cual se divisaba una línea de cabañas de material que Río imaginó que serían alquiladas por la gente que allí quisiera cambiarse de ropa, ducharse y descansar. Siguió bordeando el alambrado y llegó hasta su fin. Allí se abría una entrada que llevaba directamente a la playa. Imaginó que por fuerza de ley debía haber en cada playa ese sector público, para la gente que no quisiera o no pudiera pagar. Entró por ese espacio sin valla y a los pocos metros estuvo en la arena de la

playa. Allí no había cabañas para los bañistas. Se arrimó al agua y vio que era marrón y agitada por fuertes olas. Compadeció a los venecianos que tuvieran que contentarse con aquella playa en verano. A lo lejos divisó los grandes barcos que transitaban hacia Venecia u otros puertos. En ese momento un ruido atronador invadió el aire y levantando la vista vio a un escuadrón aéreo que practicaba piruetas, dejando detrás de cada avión una estela de humo. Estuvo unos minutos observando el espectáculo, que sin duda debía ser un ejercicio preparatorio para alguna ceremonia oficial futura, y volvió sobre sus pasos hasta el muelle del barco que lo devolvería a Venecia.

Decidió ver el Gueto judío, al parecer el más antiguo del mundo en llevar ese nombre, y que le traía el recuerdo de la antijudía pieza de Shakespeare “El mercader de Venecia”. Encontró en ese rincón edificios mucho más modestos que los del resto del casco histórico, en cuyas fachadas no había nada especial para apreciar. Saliendo de su amplia plazoleta eligió lo que le pareció en el mapa el trayecto más corto para llegar a la estación de trenes. Como había calculado bien su tiempo no tuvo que esperar mucho para tomar el tren que lo llevaría hasta Roma. Allí se fue directamente al aeropuerto, para llegar con buena antelación y evitar posibles complicaciones debidas al *overbooking* o a errores en el sistema informático de la compañía aérea.

Para su agrado hizo el *check-in* sin ningún contratiempo y le dijeron que el vuelo estaba en hora. Esperaba en un bar haciendo tiempo cuando recibió un

mensaje de José María que le decía que el nombre de la ex compañera de Vega era Anne Marie Dubois, y que seguiría averiguando a través de los contactos que le había mencionado antes la posible relación entre Vega y Correa y Urbino. Río le escribió en respuesta que le agradecía mucho esa información y las otras que pudiera mandarle en el futuro, especificando que lo que le interesaba saber es si había alguna razón para una fuerte enemistad entre Vega y Correa y/o entre Vega y Urbino; y le agregó que en ese momento estaba en el aeropuerto de Roma ansioso por volver a casa. Recibió como respuesta un “OK. Buen viaje y saludos a los tuyos”. Río le respondió en términos parecidos y se dedicó a hojear el libro de resúmenes del Congreso para verificar el nombre del filósofo que proponía el ecomunitarismo.

Un rato después decidió pasar los controles y dirigirse al salón de espera de su puerta de embarque. El policía le selló el pasaporte después de pasarlo por una luz violeta que tenía debajo de su mostrador, y se lo devolvió sin pronunciar palabra. Pocos minutos después de la hora prevista llamaron a embarcar. Como siempre había elegido un asiento lateral para poder estirar las piernas hacia el corredor, y comprobó con satisfacción que el asiento de al lado estaba vacío; ojalá siga así –pensó– porque por lo menos tendré dos asientos disponibles para acurrucarme y tratar de dormir un poco en el largo viaje. Terminó el embarque y el asiento a su lado seguía vacío. Una voz femenina hizo los agradecimientos, anuncios y pedidos habituales, en especial sobre el uso de los celulares y aparatos electrónicos. Puso su celular en “modo avión” de

modo a seguir su vieja cábala de mirar la hora en el exacto momento en el que el avión despegaba. El avión levantó vuelo y tras las vibraciones y la amplia curva que siempre lo dejaban algo aprehensivo, se estabilizó y siguió subiendo. Cuando estuvo en posición horizontal la misma voz femenina avisó que en breve se ofrecería la cena. Al rato pasaron distribuyendo los impecables kits y haciendo la pregunta habitual en clase económica: “¿carne o pasta?” Eligió pasta para viajar con el estómago liviano, y la hizo acompañar de agua sin gas. Cuando terminó de comer apoyó la bandeja en el asiento contiguo vacío. La conocida voz femenina anunció el film de ese vuelo. Río se rió solito acordándose de aquella compañía portuguesa donde camino a Lisboa habían pasado una película en la que ocurría un accidente aéreo. Pero esta vez se trataba de una comedia, que soportó hasta que pasaron recogiendo las bandejas y apagaron las luces. Entonces se acurrucó en los dos asientos disponibles, se tapó hasta el rostro con la frazada del avión y trató de dormir; por mucho tiempo luchó tratando de encontrar un apoyo para su cabeza en la mínima almohada que acompañaba a la frazada pero que era muy difícil de hacer encajar en un sitio donde no se topara con algún hierro de los asientos. Al fin y a las cansadas se durmió. Se despertó en mitad de la noche y caminó hasta el fondo para estirar las piernas, beber un vaso de agua e ir al baño. Volvió a su asiento y trató de dormir otro poco. Pero le fue imposible, por la incomodidad y porque la idea de las cuatro muertes y la relación de Anne Rose con Vega le daba vuelta una y otra vez en la cabeza. Decidió quedarse acurrucado y acostado

para por lo menos descansar algo más. Las horas demoraban una eternidad. Al fin encendieron las luces de la cabina y avisaron que sería servido el café matinal. Enderezó los asientos y esperó que lo sirvieran. Lo tomó con ganas. Apoyó otra vez la bandeja en el asiento vecino y se dispuso a ver cómo por la ventana comenzaba el día. Una hora después anunciaron el inminente y tan esperado aterrizaje.

Cuando el avión tocó la pista muchos pasajeros aplaudieron, siguiendo la costumbre en esos vuelos transoceánicos; señal –pensó Río- de que mucha gente no se traga ese cuento de que el avión es el medio de transporte más seguro, porque nunca vi que se aplaudiera al maquinista de un tren o al chofer de un ómnibus de largo recorrido. Pasó el control donde el policía lo hizo seguir de largo sin mirarle siquiera el pasaporte que le mostró cerrado. Esperó como todo el mundo la demorada descarga de las valijas y vio con alivio como la suya salía desde debajo de la cortinita de la estera mecánica que comunicaba al tractor que las traía desde el avión con la sala de desembarque. Tomó un taxi y volvió a su casa, donde lo esperaba con un café completo y ansiosa su mujer. Se contaron rápidamente las nuevas y ella le dijo que sabía que lo que él quería, como siempre en esos casos, era dormir unas horas en su cama para recuperar las energías. Él asintió. Pasó por el baño y se acostó. Se durmió en el acto y como un tronco. Cuando se despertó ya había pasado el mediodía y su esposa lo esperaba con la comida servida. Se duchó con mucho placer y se sentó a almorzar con ella. Ahora ella le dio las pocas nuevas que

había de la casa y de los hijos, y le pidió que le contara todo lo del Congreso y lo del viaje. Ríó así lo hizo, omitiendo sólo los episodios de las cuatro muertes, que por lo visto no habían corrido el mundo pues ni José María, viviendo en España y siendo filósofo como los muertos, se había enterado del asunto.

Se reintegró al trabajo y las ocupaciones habituales en el correr de los días lo absorbieron casi por completo, pues sólo en algunos momentos de la noche los cuatro muertos le hacían compañía. Primero recibió un mensaje de Angélica diciendo que esperaba que hubiera regresado bien y que no tenía ninguna novedad de “aquel asunto que prefería olvidar y en gran parte ya lo estaba logrando”. Ríó le respondió diciendo que le alegraba saberla bien, como él lo estaba en compañía de los suyos; y le mintió diciendo que por su parte tampoco tenía ninguna novedad de “aquel asunto”, que, como ella, ya comenzaba a olvidar. Un par de semanas después llegó un email de José María diciendo que esperaba que hubiera tenido un buen retorno y que las novedades que había conseguido eran las siguientes. Correa y Vega se habían hecho amigos en un Congreso realizado en París en el tiempo en el que Vega y Anne Rose eran pareja; habían mantenido esa relación amistosa a través de frecuentes contactos a la distancia; un tiempo después Vega se presentó a un concurso para ser docente en la Universidad Complutense de Madrid, y quedó muy animado cuando se enteró de que su amigo Correa haría parte del jurado; pero sucedió que Vega no fue aprobado y se enteró después, por confidencia de otro miembro del jurado, que la voz de Correa fue la más fuerte

para pedir su reprobación; no obstante, cuando había terminado el concurso, Correa lo había llamado para decirle que lo había defendido todo lo que pudo y con mucho énfasis, pero que los otros no quisieron aprobarlo. Sobre la relación entre Vega y Urbino – continuaba José María- lo que pude averiguar es que ambos formaron parte de la Comisión Organizadora de un importante Congreso Internacional en Salamanca, y que tras la realización de ese evento, Urbino, a espaldas de Vega hizo correr ampliamente la versión de que Vega era culpable de un cuantioso desvío de dinero de los fondos destinados y captados para y por ese encuentro; y tiempo después se descubrió que el culpable era un funcionario de la Universidad de Salamanca que tenía estrechos lazos con Urbino, y que Vega era absolutamente inocente; pero el mal estaba hecho porque mucha gente de Logroño, Salamanca y de muchas otras Universidades se quedaron con la primera versión del hecho, ya que la segunda tuvo poca divulgación para evitar el escándalo en Salamanca.

Río respondió diciendo que por suerte había regresado bien; que todo estaba bien en su casa, en la familia y en el trabajo, y que mucho le agradecía esas nuevas informaciones.

Y de inmediato pasó a resumir para sí los hechos.

La Policía no había dado ninguna señal de que hubiera cambiado su lectura de las cuatro muertes; por lo que era de suponerse que mantenía la tesis del doble suicidio pasional en el caso de los amantes infieles a sus respectivos casamientos, Dubois y Correa; de accidente debido a un coma alcohólico en el caso del borracho

contumaz Urbino; y de overdosis en abstinencia en el caso del cocainómano Jervolino.

Ahora venía su hipótesis.

Vega había matado a los cuatro.

Río lo había visto comprando varias máscaras en Marghera.

No por casualidad su ponencia en el Congreso se había intitulado “El infierno son los otros”, concepto que reafirmó al fin de su exposición.

Vega había matado a Dubois y Correa.

¿Motivos?: a Dubois por su aborto inconsulto cuando ambos eran pareja; el resentimiento debía haber renacido en Vega cuando la vio exponer en el Congreso las mismas ideas radicales en relación al aborto por simple decisión de la mujer, ahora arropado con la filosofía de Simone de Beauvoir. Y le había puesto la máscara “Moretta” para significar aquel crimen cometido en silencio, o sea sin consultarlo nunca, a él que era el padre de la criatura; “Moretta” es la sirvienta muda, y muda había sido Dubois en relación a él en aquel crucial asunto que implicaba la vida de un tercero inocente.

Vega había matado a Correa para castigarlo por su enorme hipocresía en el concurso de la Complutense (y que a su manera siguió sustentando en su ponencia en el Congreso), porque no sólo lo había traicionado como amigo, no ayudándolo en el concurso, sino que, además, después le había mentido descaradamente, al ocultar su papel fundamental en la reprobación de la aspiración de Vega, que Correa atribuyó a los otros jurados. Y le había puesto la máscara “Bauta”, porque era la que garantizaba

el anonimato en las votaciones, y también servía para los traidores que denunciaban a sus amigos o conocidos a la Inquisición.

Ahora bien, al llegar la Policía había encontrado cerradas por dentro la puerta y las dos ventanas de la habitación del hotel donde pensaban dormir juntos Dubois y Correa, y en la mesa de luz había un frasco que indicaba “purgante”, con la etiqueta escrita en español; la autopsia había revelado en el caso de ambos amantes muerte por ingesta de cianuro, que Correa habría conseguido con alguien en España y había transportado en aquel frasco hasta Venecia.

- ¿Cómo procedió Vega en ese caso?

- se preguntó Río.

Y se respondió:

En primer lugar, consiguió el cianuro en España, pues al fin de cuentas era tan profesor universitario como Correa y arguyendo algún pretexto podía haberlo obtenido, como aquél, de manos de algún laboratorista o químico farmacéutico muy amigo.

En España compró el frasco de purgantes donde disimuló el cianuro.

Cuando Dubois y Correa salieron de la Universidad hacia su hotel, Vega los siguió a la distancia, cargando en su portafolio el cianuro y las máscaras. Cuando subieron a su habitación vio la luz de la ventana que se encendía en ese momento. Se puso otra máscara y unos guantes que llevaba en el portafolios y con los guantes puestos frotó el frasco para que no quedara en él ni el rastro de sus huellas digitales. Luego, aprovechando

un momento en el que no había nadie en el mostrador de la recepción, subió la escalera y golpeó la puerta que creyó que era la que le interesaba; quizá se equivocó alguna vez, pero si lo atendió otra persona, pidió disculpas y golpeó en la puerta siguiente. Dubois estaba desnuda y en la cama, tapada sólo por la sábana. Correa, que también ya estaba desnudo, vistió apresuradamente la *robe de chambre* y fue a atender, suponiendo que se trataba de alguien del hotel. Vega lo amenazó, por ejemplo, con un cuchillo grande que habría comprado en Venecia y llevaba en el portafolios, y lo hizo acostarse en la cama junto a Dubois. Ambos deben haber pensado que se trataba de un asalto. El enmascarado Vega, tratando de disimular lo más que pudo su voz, dijo en francés que era un detective particular contratado por el marido de la señora y que tenía la misión de ejecutar una venganza de comicidad carnavalesca y que les sirviera de escarmiento; y de inmediato agregó que su cliente había pedido que le diera un fuerte purgante a los amantes y se quedara a ver cómo a los pocos minutos se retorcían por los dolores y se iban corriendo al baño, atropellándose el uno al otro; tras lo cual, él se retiraría dejándolos solos con su vergüenza. Acto seguido sacó el frasco y se lo dio a Correa. Éste comprobó aliviado que el rótulo marcaba “purgante”, y se lo mostró a Anne Rose. Ambos se miraron como diciéndose que aquel castigo, aunque desagradable, era muy llevadero. Y uno inmediatamente después del otro, tomó el cianuro. A los dos o tres minutos las contorsiones de la muerte los agitaban en la cama. Vega esperó que dejaran de moverse y con todo cuidado depositó enguantado el frasquito, que ahora tenía las

huellas de Correa, en la mesa de luz. De inmediato se certificó de que las ventanas estaban bien cerradas y aquí inventó su jugada maestra. Vio que había una hendidura entre la parte inferior de la puerta y el piso, y que la llave era plana, de esas metálicas que son las más comunes. Entonces cerró por fuera la puerta y deslizó por la hendidura la llave hacia adentro de la habitación. Como la Policía había arrumbado la puerta con una pata de cabra, al ver la llave caída en el piso supuso que antes estaba flojamente colocada del lado de dentro en la cerradura, y que había caído cuando ellos empujaron violentamente la puerta; de ahí su convicción de que los amantes suicidas habían trancado por dentro la puerta con llave, para evitar que alguien pudiera entrar a la habitación y salvarlos in extremis. Hecho eso Vega bajó silenciosamente la escalera y salió del hotel sin que nadie de la recepción lo viese. Ya lejos del hotel se sacó la máscara y los guantes y celebró con una sonrisa incontenible su doble triunfo.

Vega también había matado a Urbino –pensó Río.

¿Motivo? La calumnia del desvío de dinero que había manchado su reputación para siempre por lo menos en varias Universidades. Y Urbino se había condenado cuando en su ponencia en el Congreso había justificado otra vez a la mentira, en general.

- ¿Cómo había procedido? – se preguntó.

Y se respondió:

Vega descubrió ya en España que Urbino era un alcohólico crónico. Y en Venecia descubrió el hotel de Urbino informándose con alguien del Congreso o simplemente siguiéndolo hasta allí la noche del crimen. Lo

vio entrar al hotel pero no vio encenderse ninguna luz; entonces dedujo que su habitación debía ser alguna del fondo, de las que daba al canal. Se puso los guantes y la máscara que llevaba en el portafolios y cuando vio que no había nadie en la recepción subió la escalera. Para su suerte en el fondo del primer piso había sólo dos habitaciones. Golpeó una y quizá lo atendió directamente Urbino, pues las chances eran de una en dos; o quizá fue en la segunda puerta que se asomó Urbino, porque en la primera puerta que golpeó no salió nadie, o salió otra persona a la que pidió disculpas y después fue a golpear la puerta contigua. En fin, cuando le abrió Urbino lo amenazó con el cuchillo que sacó del portafolios. Como el otro ya estaba muy borracho no le fue difícil convencerlo de que bebiera con él de un tirón las dos botellas de ginebra que sacó del portafolios. Él no bebió y dejó que el otro se atragantara con la bebida, hasta que le vino un coma alcohólico y cayó al piso inconsciente. Como Vega usaba guantes sólo las huellas digitales de Urbino estaban en las dos botellas. Le puso la máscara “Gnaga” porque era la que usaban los que decían mentiras y obscenidades a los transeúntes, seguros de que sus actos no serían castigados por la ley. Abrió la ventana y bajó por encima del balcón a Urbino hasta depositarlo en el agua, para que el cuerpo no hiciera mucho ruido al caer al canal. Lo vio hundirse a medias en el agua espesa. Se fue dejando la puerta sin llave, seguro de que la Policía inferiría que Urbino, al llegar o estar tan borracho, ni se había acordado de cerrarla.

Y Vega había matado a Jervolino.

¿Motivo? El asedio contra la mujer de Vega, que había llegado incluso a la prepotencia abierta; y la evidencia de que ese era un comportamiento repetido en ese rico de mala leche, del que toda la Facultad conocía su adicción a la cocaína. Y Jervolino firmó su sentencia cuando al presentar su ponencia en el Congreso lanzó a varias de las mujeres que tenía cerca sus miradas de Don Juan asediador, al tiempo en que defendía abiertamente al capitalismo, con sus desigualdades y su culto del dinero.

- ¿Cómo había procedido? – se preguntó Río.

Y se respondió:

Vega siguió a Jervolino hasta la terminal de las lanchas que hacen el periplo de las islas, sin saber si en aquella ocasión tendría la oportunidad de matarlo. Lo vio subir a una de las lanchas, pero subió a otra que estaba al lado, para no levantar sospechas; y en esa me encontró a mí; ya había decidido que si pudiera actuar lo haría en Torcello, pues sabía que era la más propicia por la configuración del lugar que allí se visitaba, y, porque, por alguna visita anterior, al igual que Angélica, conocía el detalle de que la puerta de la torre del campanario no estaba firmemente cerrada. A medida que hablaba conmigo en el periplo por Murano y Burano su idea maduró; poniéndose la máscara que después le encajaría a Jervolino, lo haría subir hasta el campanario a punta de cuchillo, y allí lo arrojaría por una de sus ventanas, para que se matase en la caída. Así cuando yo entré a la Catedral no lo vi más –se dijo Río – porque Vega ya estaba esperando a Jervolino para conducirlo obligado

hacia el apartado campanario. Jervolino se habría dejado hacer, pensando en un asalto. Vega destrabó el alambre de la puerta del campanario y lo hizo subir, mientras él lo seguía pegado a sus pies. Cuando llegaron arriba Jervolino extrajo de su saco un fajo de dinero y de su portafolio un grueso paquete de cocaína, diciéndole lo mucho que valía, y que le daba todo aquello para que lo dejase tranquilo. Entonces Vega cambió en el acto su plan; se guardó el dinero e hizo que Jervolino aspirase allí mismo una cantidad enorme de cocaína, hasta que cayó exánime. Acto seguido puso al lado del cuerpo ya agonizante por un infarto fulminante, la máscara de “Pantalone” que hasta ese momento llevaba puesta. ¿Por qué “Pantalone”? Porque es el viejo y rico avaro que asedia con la prepotencia del dinero a la joven Colombina. Consumado el crimen en pocos minutos, Vega bajó rápidamente la escalera del campanario y nos encontró a Mutti y a mí ya volviendo a la lancha. Y siguió actuando como si nada hubiera pasado. Cuando la Policía encontró el cuerpo de Jervolino, la overdosis era un hecho lógico tras una posible abstinencia de un cocainómano crónico, y además, el poco dinero que llevaba en su billetera, contrariando la costumbre que le atribuían, se debía a la cuantiosa suma que debía haber pagado al traficante que le había vendido allí mismo aquel gran paquete de cocaína; cuando el traficante se fue –razonó la Policía- Jervolino, urgido por la abstinencia o por el simple vicio, se drogó copiosamente allí mismo, incurriendo en la overdosis que le causó al muerte.

Terminado el resumen Río se acordó de Carl Hempel, quien en su libro “Filosofía de la Ciencia Natural” sostuvo que cuando dos hipótesis o teorías explican el mismo hecho, la ciencia elige la más “simple”; y que la misma sería aquella que usase un menor número de variables para explicarlo, y/o que en sus ecuaciones usase exponentes de menor valor.

Ahora bien, se preguntó Río: ¿cómo elegir entre dos hipótesis o teorías que explican un mismo hecho, cuando el número de las variables usadas es similar y cuando no hay ecuaciones, por lo menos evidentes, en juego?

Porque en la situación que analizamos- siguió pensando- tenemos las hipótesis de la Policía y las mías para explicar las mismas cuatro muertes.

La Policía considera que las muertes de Dubois y Correa son resultado de un suicidio consentido causado por la culpa de sus traiciones a sus respectivos cónyuges y la imposibilidad de vivir abiertamente y juntos su amor (tal vez porque uno o ambos de esos mismos cónyuges les hayan negado el divorcio).

La Policía considera que la muerte de Urbino es el resultado de un accidente etílico sufrido por un alcohólico contumaz.

Y cree que la muerte de Jervolino es resultado de la overdosis consumida por un cocainómano crónico.

Por mi parte yo uno las cuatro muertes a través de un mismo asesino que tiene motivos diferentes para matar a cada una de sus víctimas.

¿Cuál de esas dos hipótesis o teorías elegir?

Porque además, no hay que descartar que alguien pudiera plantear una tercera hipótesis que me pusiera a mí – Río- como sospechoso y quizá como el posible asesino de los cuatro.

En efecto, yo expuse en la misma sección del Congreso dedicada a Sartre, en la que lo hicieron Dubois, Correa y Urbino; y éste último expuso en la misma mesa en la que lo hice yo. Yo también oí la exposición de Jervolino en la otra sección de “Filosofía Política”, y luego estuve con él el mismo día y a la misma hora en Torcello. A lo que se agrega que la mujer funcionaria en el hotel de Dubois y Correa, por un lado, y el hombre funcionario en el hotel de Urbino, por otro, si les mostraran mi foto podrían reconocermé como alguien que estuvo allí pocas horas después de los asesinatos; y la Policía podría pensar que si estuve en esos lugares después, quizá lo hiciera para tratar de averiguar si se sospechaba de mí, y que, además, si fui después podría muy bien haber ido antes a aquellos hoteles y cometido allí los asesinatos.

Llegado a ese punto Río decidió que no comentaría con nadie, ni siquiera con su mujer, los cuatro crímenes y mucho menos su hipótesis para explicarlos. Y si Angélica alguna vez le recordase el asunto, él diría que ya lo había olvidado y dejado atrás por completo.

## UN AMOR DE 1492

El gran portón rojo de la sinagoga Kahal Shalom en la antigua judería de Rodas estaba abierto sobre la calle Dosiadou Simmiou. No fue difícil encontrarla pues esa, que es la más antigua de Grecia, es la única que queda en pie de las seis que había en la isla. Cruzamos el portón y nos recibió en el patio interior la sombra de una nutrida parra. El portón interno de marco hecho de piedra también estaba abierto. Entramos y el templo nos acogió con su única nave soportada por recias columnas de piedra con capiteles adornados, sus muchas ventanitas cuadradas casi pegadas al techo, que dejaban pasar la luz exacta, reforzada si fuera preciso por sus lámparas de delicados caireles, sus ventanas más grandes y bajas cubiertas con cortinas marrones adornadas con una palmera del desierto, sus paredes blancas de base celeste clara donde lucen pintadas ora una cítara coronada por la estrella de David, ora un candelabro, sus bancos de madera clara, sus multicolores alfombras evocando el origen árabe-sefardita-otomano que cubren un piso en zigzag de piedras negras-grises y blancas, su balconada blanca coronada por una reja de hierro forjado con el dibujo de sucesivos candelabros hebreos, sus aderezos donados por familias judías de diversos países, en especial de EEUU, de donde debía ser esa Rachel Bcharat cuyo nombre estampa el mármol que hace de soporte al cubículo que guarda la Torá, y el gran tabernáculo de lienzo rojo con la estrella de David grabada en amarillo y soportando tres candelabros metálicos de siete brazos, situado en posición elevada en

relación al piso en una tarima de madera marrón con laterales al estilo balcón.

Estábamos admirando el templo cuando entró una señora anciana vestida con un batón floreado en lila y blanco, igual a los que usaba mi abuela andaluza. Nos presentamos como uruguayos, en inglés. Mi esposa como visitante de la tierra natal de uno de sus abuelos judíos, y como profesora de Lingüística especializada en lengua española; yo como su colega. La señora se presentó como Lucía Sulam, la cuidadora de la sinagoga. Y lo hizo hablando un castellano tan semejante al nuestro que parecía salida el día anterior de cualquier ciudad de Sudamérica o de Andalucía, con la pequeña diferencia de algunos pocos fonemas y vocablos. Sus antepasados habían salido de Sefarad hacía cinco siglos y el ladino se había transmitido en su casa de generación en generación. Ni ella ni su familia había ido nunca a España. Tenía en uno de sus brazos el tatuaje nazi de un campo de concentración. Dijo que quedaban sólo seis familias judías en la Isla, pero no originarias, sino venidas de Grecia tras el Holocausto. Mi esposa le dijo que su padre había viajado desde Uruguay y había sido recibido por el cuidador de aquella misma sinagoga hacía casi medio siglo. Doña Lucía le respondió que se trataba de su marido, fallecido hacía pocos años, y de quien ella había heredado la función. Habían tenido sólo una hija que vivía en Israel, adonde Lucía había ido a visitarla una vez, pero dijo que no volvería porque en el aeropuerto, sin respetar el tatuaje que llevaba grabado, le habían desarmado toda la radio en busca de alguna bomba y le habían hecho mil

preguntas. Y nos comentó largamente varios detalles del templo y de su vida. Certificándose que había oído bien el apellido de mi esposa y nuestra profesión, dijo que tenía algo para nosotros y se ausentó por unos instantes. Cuando volvió traía un paquete forrado con cuero y sostenido por dos tiras del mismo material, que abrió ante nuestra mirada curiosa. Apareció un manuscrito con caracteres muy prolijos y menudos.

- Esto está en mi familia desde poco después de que salimos de Sefarad – dijo

Y de inmediato agregó:

- A mi hija nunca le ha interesado, y yo ya estoy para morirme en cualquier momento; así que se los doy para que vean si vale la pena publicarlo.

Sin saber qué decir le preguntamos si los rabinos no habían mostrado interés por aquel documento. Dijo que aunque en el día del Año Nuevo Judío y en el Día de la Expiación siempre venía sin falta un rabino que oficiaba según el rito sefardí, nunca le interesó aquel texto pues abordaba una historia de amor y no religiosa, y, para colmo, con el agravante de que había unido una judía a un cristiano.

Ante esa tajante afirmación aceptamos emocionados y algo incómodos el manuscrito, asegurándole a doña Lucía que lo estudiaríamos y haríamos todo lo posible para divulgarlo.

Ella nos lo agradeció con un beso a cada uno. Nos despedimos, para recorrer con calma el barrio donde, sin que supiéramos en cuál de sus casas, había vivido el abuelo de mi esposa.

Al volver al hotel abrimos el paquete sobre la cama y empezamos a hojear aquellas prolijas y numerosas páginas. De inmediato resolvimos que lo traduciríamos a nuestro lenguaje actual, para facilitar su comprensión por los lectores, y que nos pondríamos en campaña para divulgarlo apenas regresáramos a nuestra Universidad.

No obstante, otras urgencias nos acapararon, y recién ahora, cuando estrenamos nuestra jubilación, es cuando encontramos tiempo para cumplir con la promesa hecha a doña Lucía; de quien nunca más tuvimos noticias, y a quien pedimos perdón por el atraso, pues muy probablemente ya no está entre nosotros.

El manuscrito se intitula “Historia de Emilio y Sara”, y continúa como sigue.

Aquí me llaman Emil Valdi, pero mi verdadero nombre es Emilio Valdivia, nacido en Toledo en 1474. Conocí a mi esposa, Sara Israel, dos años más joven que yo, en el Zocodover en 1491, o sea, para los que no lo saben, once años después de que los Reyes Católicos decretaron la segregación de los judíos en toda urbe bajo sus dominios. Ahora que los dos estamos viejos decidí escribir nuestra historia. Yo había acudido con mi nuevo señor y maestro, el médico y barbero Isaac Yohai, a atender a uno de los mozos que participaba de la corrida de toros y había sido corneado en una pierna. Ella estaba justo al lado de donde tendieron al infortunado, vendiendo artesanado de damasquinado en un puesto improvisado para la ocasión. Ella me miró con admiración cuando agarré al paciente pasándole los dos brazos por debajo de las axilas, como si fuera yo y no el pobre quien tuviera que

tratar de aguantar el dolor; porque mi maestro le había puesto entre los dientes un bastoncito forrado de cuero, mientras usando una nueva técnica, le cosía la larga y profunda herida con un hilo de zapatero. Otros dos hombres sostenían al torero, uno de cada pierna; pero ella tenía ojos sólo para mí, quizá porque vestía una blanca camisa de lino que mi maestro acababa de darme, y que era privilegio de caballeros y no de campesinos. Rápidamente el mozo no aguantó el dolor, y, para alivio de todos, se desmayó; entonces mi maestro terminó de coserlo sin dificultad. Acto seguido le echó abundante vino sobre la herida ya cerrada y lo vendó cuidadosamente con unas tiras de paño que siempre llevaba consigo. Cuando el infortunado volvió en sí, mi maestro ya había ido a atender a una señora que pasaba mal a causa de la emoción y un avanzado embarazo, y fui yo quien tuvo que darle las recomendaciones para que se desinfectase y vendase como el médico lo había hecho. Ella me miraba como si estuviera oyendo al propio Hipócrates o a Galeno. Cuando unos amigos se llevaron al operado para que disfrutara en lo posible del resto del espectáculo, me acerqué al puesto de damasquinados y me presenté. Ella bajó los ojos y me dijo su nombre; y me explicó de inmediato que era hija de familia y que estaba allí sólo porque el muchacho encargado de aquella faena había faltado sin aviso previo; y como su padre era uno de los orfebres que fabricaba aquellos bellos objetos, ella fue indicada por el jefe del taller para hacer la venta fuera de la tienda donde normalmente se desempeñaba. Tenía el cabello castaño oscuro hasta los hombros y algo enrulado

en las puntas, cubierto por un pañuelo celeste; su rostro era alargado y con unos ojos castaños casi tan sonrientes como su extensa boca; en la mejilla derecha, un discreto lunar pequeño ponía su nota sensual. Su cuerpo era alto y flexible, y derrochaba una elegancia innata propia de los cisnes. Le pregunté en cuál taller trabajaba su padre y en cual tienda vendía ella, y me respondió que en uno que pertenecía a don Abravanel, de la parcialidad de los Silva, que estaba situado no lejos de la Puerta de los Judíos, y que la tienda era aneja a aquel taller. Entonces quiso saber más de mi situación y oficio. Le informé que vivía con mis padres en uno de los rincones de cristianos viejos; que primero había ayudado a mi padre en su trabajo de albañil, y que cuando reformamos parte de la casa de don Yohai éste me tomó cariño y me invitó a ser su aprendiz y ayudante, pues, dijo, ya se estaba poniendo demasiado viejo. Mi padre aceptó la oferta como una bendición del cielo, y me codeó para que yo hiciera lo mismo. Con voz temblorosa le pregunté si estaría a la altura de la responsabilidad, pero él me calmó diciendo que comenzaría por cosas sencillas, como cargar su mochila de instrumentos y brebajes, sostener a pacientes mientras él los trataba, o vendarlos después de alguna cirugía; “luego ya practicarás tú mismo y orientado por mí algunas intervenciones sencillas, como arrancar alguna muela a fuerza de pinza, o recetar ungüentos y dietas”- dijo; y sólo posteriormente –agregó- ya irás cogiendo confianza como para hacerlo todo por tu cuenta incluso cuando yo me haya retirado o haya muerto. Y don Yohai concluyó: “y durante todo ese tiempo me auxiliarás en mis investigaciones de

medicina y alquimia, aprendiendo secretos que muy pocos conocen, pues te enseñaré a leer y escribir”. Mi padre me codeó otra vez, impaciente, y preguntó cómo sería pago. Don Yohai dijo que aquella pregunta era casi una insolencia, pues recibiría a cambio de mis servicios un saber y unas prácticas que me darían en el futuro una vida digna y respetada por toda la comunidad; pero agregó que no dejaría de darme alguna porción de las monedas, o de las gallinas, panes o quesos con los que más frecuentemente le pagaban su trabajo. Mi padre me miró con ojos relucientes. Entonces acepté y don Yohai me dijo que me presentara temprano el otro día en su casa para empezar. Y aquí estoy, casi dos años después de haber entrado a su servicio, y pudiendo realizar aun sin su supervisión casi todas las intervenciones y tratamientos, a no ser para las cirugías más complicadas. Ella renovó su admiración y en aquel momento apareció el jefe del taller diciendo que era hora de levantar el puesto, antes de que en la confusión de la desbandada al fin del espectáculo algún amigo de lo ajeno aprovecharse a cargarse algunos de los damasquinados. Ella obedeció de mala gana y me invitó a visitar la tienda cuanto antes o a verla a la salida del culto en la sinagoga de Ha Levi, a la que concurría su padre. El jefe me puso una mano en el pecho, empujándome levemente, mientras por encima de su hombro alcancé a decirle a ella que nos volveríamos a ver muy en breve. Cuando logré encontrar a mi maestro éste me dijo que la jornada estaba terminada, y depositando dos monedas en mi mano, me despidió hasta el otro día. Le agradecí y tomé el rumbo hacia mi casa, cercana a la

Puerta de la Torre de Hierro. Cuando bordeé el Alcázar pensé que su primer comandante fue el Cid, que tuvo entre sus amigos a moros, y seguramente también a judíos. Vino a mi memoria lo que mi maestro me contaba una y otra vez acerca del grupo de sabios de las tres grandes religiones que, trabajando en armonía entre sí allí en Toledo, dos y tres siglos antes, habían devuelto a la cristiandad las obras antes perdidas de Aristóteles y otros grandes; porque las habían traducido al latín desde copias griegas, árabes o hebreas. Y nunca dejaba de repetirme lo mismo cuando me prestaba por algunos días alguno de los preciosos manuscritos muy antiguos o hacía poco traducidos. Cuando pasé cerca de la que fue hospedería y antes, dicen, templo de los Templarios, sus rudas paredes reforzadas con piedra en las dos primeras de sus tres plantas, me confirmaron que si lo antiguo permanece también se renueva, y que Sara y yo quizá estábamos destinados a renovar la unión entre dos culturas ancestrales que algunos insistían en separar. Casi enfrente estaba la sinagoga de Ha Levi, a cuyas puertas esperaba ver a Sara, si no podía hacerlo antes en la tienda. Algunas manzanas después llegué a casa y mis padres quisieron saber los detalles de mi jornada. Les di una de las dos monedas que había recibido, y les conté lo que había visto y hecho, ocultándoles mi encuentro con Sara. Pero me costó cenar, y mucho más dormir, pues su rostro y su cuerpo de gacela no salían de mi cabeza.

Al otro día y antes de que mi maestro me dijera lo que debía hacer, le pedí que me recordase lo que me había comentado a propósito de la parcialidad de los Silva, sin

decirle el por qué de mi interés en el tema. Él se puso serio y afirmó de entrada que aquel era un asunto que enrarecía el aire en Toledo y hacía temer tiempos peores. Esa parcialidad – siguió diciendo – representa a conversos, en especial judíos, y se opone a la de los Ayala, que es la de los cristianos viejos. Éstos llaman a los primeros tornadizos, con lo que quieren decir que son falsos conversos, y los Silva llaman a los otros de lindos. Su último gran enfrentamiento sucedió en 1467 y se desarrolló de la siguiente manera. Unos hombres habían agredido a dos miembros de la parcialidad de los Ayala; esa parcialidad se reunió en la casa de su líder, el conde de Fuensalida, entonces Alcalde Mayor, constituyeron un grupo armado, hicieron repicar las campanas de la iglesia de Santo Tomé y llamaron a los vecinos a un alzamiento contra los agresores Silva. Éstos a su vez se congregaron en el palacio del conde de Cifuentes, su líder, y ante escribano público proclamaron su decisión de lucha; primero habló el conde para jurar que los atacantes no habían sido hombres de su parcialidad, por lo que injustamente los Ayala querían levantar al pueblo contra él mismo, sus parientes, criados y aliados; luego hicieron uso de la palabra otros dirigentes de la facción para censurar al conde de Fuensalida clamando para que en adelante nadie le obedeciese en su condición de Alcalde Mayor, ni a los alcaldes a él subordinados; de esa forma los Silva rompían con la legalidad; y acto seguido se exigió a la clientela un juramento de fidelidad a la causa, que fue pronunciado con un grito de guerra. Resumiendo – dijo mi maestro- aquello degeneró en varios enfrentamientos sangrientos que se

fueron sucediendo con treguas precarias, hasta que en 1475 se rubricó un tratado de paz con el casamiento entre un Ayala y una Silva, acompañado de todos las pompas: un banquete conjunto, una ceremonia religiosa, intercambio de regalos y cesiones de territorios y castillos en garantía. Pero como te dije - concluyó don Yohai- desde 1480 estoy oliendo tiempos peores, que esta vez van a arreciar contra los judíos como yo. Acto seguido y sin darme más tiempo para preguntas, me dijo que lo ayudara a preparar los materiales para una tarea que realizaríamos al caer la noche. Ante mi mirada inquisidora me dijo que yo ya estaba pronto para incursionar en secretos mayores. Y así fuimos separando y sopesando ingredientes que me eran en gran parte desconocidos, y reservando recipientes de diversos tamaños y formas; luego me tocó dejar preparada abundante leña. Estábamos en eso cuando acudió un albañil muy dolorido que se había caído del techo de la casa que reparaba y se había dislocado un brazo. Mi maestro interrumpió nuestra labor para que lo atendiéramos de inmediato; para eso me instruyó sobre la forma en la que quería que yo cogiera, tirara y girara el miembro afectado, mientras él se limitaba a mirar; así lo hice y si en un primer intento el hombre emitió un bramido de dolor, en el segundo sentimos un crujido y el brazo volvió a su lugar; el hombre trató de moverlo en círculos lentos y comprobó que podía hacer aquel movimiento que un instante antes le estaba vedado; nos sonrió y prometió traer en breve media docena de huevos como pago de aquel auxilio; le deseamos buena suerte y volvimos a lo nuestro. Cuando terminamos, don Yohai me

instó a que me quedara a almorzar con él el cocido que había dejado preparado desde la noche anterior. Mientras lo acompañábamos con generosas hogazas de pan, mi maestro me miró seriamente y dijo que, como yo ya sabía, aquella había sido una de las casas del Marqués Enrique de Villena; cuando le dije que lo sabía él siguió diciendo que el marqués había muerto en Madrid en 1434, acusado de brujo, y que sus libros habían sido allí quemados por considerárselos textos de hechicería. - Hizo una pausa y agregó – pero hete aquí que hace muchos años cuando arreglaba yo unos trastos en uno de los sótanos, desequilibré sin querer un pesado madero que estaba apoyado en pie en una pared, de suerte que el mismo dio contra la pared vecina y abrió un boquete en algunos ladrillos que se veían más nuevos que los otros; y mi sorpresa fue mayúscula cuando vi a través del boquete que allí entre una doble pared se encontraban varios manuscritos arrollados y cuidadosamente protegidos con cuero, y una media docena de libros envueltos en el mismo material. Desde entonces – concluyó- vengo trabajando en base al saber allí contenido para hacer la Gran Obra, que es la Piedra Filosofal, capaz de transmutar los metales en oro, pero sobre todo y al mismo tiempo, de purificar hasta la salvación el alma de quien la fabrica. Como lo miré con grandes ojos, aclaró que resumidamente se trataba de sucesivamente, combinar y descomponer ciertos ingredientes, disolver lo descompuesto, depurar lo dividido, juntar lo purificado, y finalmente solidificarlo. Como debo haber puesto cara de intrigado, don Yohai me dijo que me prestaría un libro que explicaba en detalle el

procedimiento llamado de la vía húmeda, que era la que él estaba intentando, pero que prestase mucha atención pues me lo describiría paso a paso en sus principales etapas. El oro común debe ser sublimado dos veces a través del antimonio, para perder sus impurezas; luego se agrega el azufre y el mercurio filosofal, previamente separados por el fuego del material que los contiene, y combinados hasta formar un líquido homogéneo; nota –dijo- que el mercurio filosofal contiene elementos líquidos y sólidos; ahora viene la fase de descomposición o putrefacción, con la destilación sucesiva del mercurio filosofal y su adición al residuo sólido; el negro de la descomposición llamado *nigredo* es depurado a través del elemento mercurial líquido llamado *azoth*; ahora viene la fase de la conjunción y para la concepción, que es la llave de la trasmutación; la materia negra se vuelve blanca y sometida a un calor elevado desprende todos sus componentes líquidos; así los elementos comienzan a reagruparse de forma diferente; esas operaciones repetidas muchas veces provocan la transformación de los elementos y en la séptima destilación la Piedra obtiene su naturaleza ígnea, que anuncia su capacidad de transmutación; en la novena destilación se eleva del mercurio filosofal la materia acuosa, seguida por el aire; en la décima destilación y en la humidificación que la sigue se verifica una bipolarización de los elementos, quedando la naturaleza ígnea de la piedra abajo, y el agua se convierte en nubes; tras la última sublimación acontece la solidificación definitiva de la Piedra; los elementos han sido unificados y la Obra está concluida.

Mi maestro suspiró, y me dijo que había llegado hasta la séptima destilación y que aquella noche lo ayudaría a seguir progresando hasta la meta final. Para eso –remató- debía estar muy despierto, por lo que me autorizó a retirarme más temprano, para volver al atardecer.

Cuando volví don Yohai me llevó hasta un sótano al que jamás había entrado antes, ni siquiera cuando habíamos estado reformando aquella residencia. Mi maestro se certificó de que todos los ingredientes y recipientes estaban disponibles y al alcance de la mano, y me mandó encender el horno de ladrillos que allí había. Cuando el fuego alcanzó mucha fuerza don Yohai retiró de un pequeño armario un caldero de mediano tamaño que contenía una pequeña masa informe. Comencé el proceso – me informó- con una laminita de oro que conseguí en un taller de damasquinado, y con el mercurio y el antimonio que me vendieron dos vendedores que por aquí pasaron hace un par de años. Me ordenó poner el caldero al fuego. Esperamos un par de horas hasta que la masa empezó a derretirse, pero no llegó a quedar enteramente ígnea, como sucedía con las espadas y otros utensilios de acero o de hierro que había visto fabricar en la ciudad; mi maestro ordenó que esperáramos más; otras dos horas pasaron y no vimos surgir ni una masa ígnea compacta ni la elevación de nubes por encima de ella. Mi maestro, cansado, se restregó el sudor del rostro y dijo que quizá él había interrumpido el proceso en una fase inadecuada, o el día y la hora en la que estábamos operando no era el mejor. Me ordenó que sacase el caldero del fuego y, mientras

pensativamente me autorizaba a volver a casa, se fue a consultar uno de sus libros de referencia. Volví a mi casa desconfiando de cada sombra y me dormí como un tronco. Al día siguiente cuando me presenté en su casa mi maestro me dijo que estudiaría todo el día, para atender sólo alguna emergencia que se presentase, y por eso me daba la jornada libre. Sin pensarlo dos veces me fui hasta la tienda donde trabajaba Sara. Ella estaba tan resplandeciente como cuando la vi por primera vez. Fue difícil encontrar el momento para hablar con ella lo que me interesaba, pues otro vendedor le hacía compañía, y yo fingía interesarme por los damasquinados allí expuestos. Pero cuando el mozo se fue a la trastienda le tomé una mano y le dije que la amaba con locura y tenía las mejores intenciones hacia ella. Ella me preguntó si esas intenciones llegaban al casamiento. Y yo dije que sí, sin vacilar. Entonces con tono muy triste me recordó lo que yo ya conocía de sobra, a saber que la tradición, las leyes y las presiones familiares hacían imposible un casamiento entre dos personas de religión diferente. Pero, sonriendo, de inmediato me dijo que fuera a hablar con su padre, que trabajaba en el taller de al lado, con el pretexto de algún encargo de don Yohai. Ella mismo me condujo hasta adentro del taller y me presentó a David. Empecé diciéndole que mi maestro me había enviado para saber si a cambio de servicios futuros podría obtener en aquel taller alguna fina lámina de oro, que necesitase para sus preparados médicos. David me dijo que lo consultaría con su jefe, entonces ausente. Sin saber cómo continuar la charla le dije que no conocía los pasos de la fabricación de un damasquinado. Él me dijo

que eso era secreto del gremio, pero que por tratarse en mi caso del auxiliar de don Yohai, me explicaría con algunas piezas que allí estaban en proceso de fabricación las grandes etapas del trabajo, aclarando que aquel arte ya tenía mil años de antigüedad y venía de Damasco. Se comienza –dijo- con la placa de acero, a la que hay que tratar de hacer más porosa, rayándola en todos los sentidos, para que pueda recibir incisiones, con una cuchilla de acero templado; luego se trazan las líneas de los dibujos geométricos, que son herencia de la prohibición del Corán de representar la creación divina; para hacer los dibujos se usan punzones y compases, si es preciso; a continuación se insertan a presión con la ayuda de un punzón de punta los hilos de oro de 24 quilates, del espesor de un cabello, en las ranuras de los dibujos; el hilo se sujeta con la mano derecha y se aprieta con el punzón manejado con la mano izquierda; de inmediato se martilla con otro punzón de punta cuadrada el hilo en su juntura con el acero, para fijarlo firmemente en la ranura, que se cierra con esos golpes, quedando la superficie prácticamente plana; a continuación – acotó David – la pieza se sumerge en un líquido cuya composición es secreta y que fue previamente calentado a alta temperatura y sigue calentándose al fuego, que hace que el acero, antes gris, tome un color muy negro, mientras el oro cobra un color amarillo fuerte que contrasta intensamente con ese fondo; ese baño garantiza también la conservación por tiempo indefinido del acabado final de la pieza; por último –concluyó- se usa una especie de punzón de punta redondeada que se frota suavemente sobre algunas partes

de oro, haciendo un bruído que las hace contrastar con otras partes de la pieza. Y aquí está el resultado -dijo don David- esgrimiendo un gran plato recién terminado. Me mostré admirado y maravillado por su arte y sólo entonces me preguntó por qué había llegado hasta él conducido por su hija. Podría haber rehuido el reto arguyendo que buscando el taller llegué primero a la tienda, pero tragué saliva y le dije que nos habíamos conocido hacía poco en el Zocodover, refiriéndole el auxilio prestado al torero; y sin perder tiempo le agregué que habíamos simpatizado mucho. Sin dejarme continuar el viejo me dijo que lo esperara en el intervalo del almuerzo frente a la sinagoga de Ha Levi, y me indicó el camino de salida del taller. Apenas pude tragar algo en mi casa, ante la mirada preocupada de mi madre, y me fui a apostar al frente de la sinagoga, a la que yo había entrado brevemente un par de veces cuando niño en alguna que otra correría con compinches del barrio. La alta construcción tenía parte de su fachada de ladrillos a la vista reforzada con piedras. Su gran puerta marrón estaba casi en la esquina, y tenía encima una ventana de gran tamaño y de igual color. Esperé apoyado en la pared hasta que apareció David y cogiéndome por el brazo me hizo entrar y hablándome en voz baja me dijo inicialmente que aquella maravilla era obra de alarifes árabes traídos de Granada por el gran Samuel Ha Levi, que siendo tesorero del rey Pedro el Cruel en el siglo pasado, había obtenido de éste la autorización para construir aquel templo. La amplitud del espacio interno que por primera vez contemplaba en detalle me atrajo de entrada hacia el altísimo techo de

artesonado de color caoba claro, con muchísimos huecos que simulaban estrellas, y travesaños dobles que se extendían entre una y otra pared lateral. A esa altura se leían algunas inscripciones en árabe. David me hizo notar que más de una cantaba la gloria de Alá, y el viejo me dijo que cuando el alma no es pequeña las religiones se juntan para homenajear a Dios. Muy altas lucían muchas ventanas ojivales, limitadas en su mayoría por columnas de color rojizo, y dotadas de vitrales que hacían penetrar la luz penumbrosa propicia al culto. Un poco más abajo se extendía por toda la nave un friso de fino encaje blanco de más de un metro de altura, en el que destacaban muchos dibujos geométricos, a veces semejantes a hojas, e inscripciones en hebreo. Y abajo de ese friso y en las paredes laterales estaba excavada la gran balconada destinada a las mujeres, construida con madera más oscura que la del techo. Luego seguían las paredes; la del fondo tenía tres grandes pórticos ojivales separados por dos gráciles y finas columnas, para recibir la Torá y el candelabro ritual; y arriba de ellos la pared ocre estaba toda adornada con una serie de rombos más claros, pero en cuyas laterales rojizas aparecían muchas figuras en estuco semejando antorchas y un escudo de Castilla y León, acompañado en su parte inferior con una inscripción en hebreo que agradecía a aquel rey que acabó dando muerte a su tesorero; girando en redondo hacía la puerta de entrada la belleza iluminada era aun mayor, con cuatro ventanas ojivales muy altas, y más abajo otras tres grandes aberturas más grandes que tenían su parte superior en forma de ojiva, y, por último, otras tres más anchas que

todas las otras del templo, situadas a la altura de unas tres personas. Cuando el viejo vio que había terminado mi inspección me dijo que quien soñara con su hija tenía que profesar la ley mosaica. Y me miró interrogante. Yo le dije que mis padres eran cristianos viejos, pero que mi cabeza estaba abierta, y más mi corazón motivado por el amor. Entonces me condujo suavemente hacia la puerta de salida y me dejó en la esquina, recomendándome que pensara en lo que había visto y oído.

Volví a mi casa y pregunté a mi madre por la situación de nuestra familia en los grupos de la ciudad. Ella me dijo que mi padre y por lo tanto también ella estaban sometidos por obligación a los Ayala, y por eso siempre asistían al culto en la iglesia de Santo Tomé, donde me habían llevado junto a mis hermanos cuando era pequeño. Y aprovechó la ocasión para decirme que no me veía ir a la iglesia desde hacía un tiempo, a diferencia de mis hermanos que, como era lo correcto, no se perdían ni una misa de domingo. Traté de zafar argumentando que los dos eran casados y debían pedir más favores a Dios, pero mi madre me recriminó diciendo que mis palabras eran incluso pecaminosas, pues todos nos debemos a Él con igual fervor. Y recordando que era yo quien había iniciado aquella charla me preguntó a qué venía el tema. Le dije que había conocido a una muchacha encantadora y dos años más joven que yo, que ya trabajaba en una tienda. Mi madre dejó al lado la labor de costura que estaba haciendo y su rostro se iluminó con una sonrisa de oreja a oreja. “Ya es hora de que sientes cabeza” – me dijo. Sin encontrar ningún rodeo viable le confesé que la

que gobernaba mi corazón era judía. Entonces el rostro de mi madre se ensombreció en el acto y me dijo enfática que mi padre nunca jamás permitiría esa relación y que fuera buscando otra candidata. Yo traté de poner peros, pero ella remató con un “esta charla se acabó”, en el preciso instante en el que mi padre entraba a casa. Él preguntó de qué hablábamos pues había oído la última réplica de mi madre, y ella le dijo que después se lo contaría, para preguntarle cómo le había ido en su jornada.

Al día siguiente tuve que ayudar a mi maestro en la atención a un odrero de buena posición que hacía una semana estaba aquejado por una fiebre intensa. Mi maestro le tomó el pulso y me dijo que observara sus párpados, su boca y lengua. Preguntó si había comido algo especial o diferente antes de contraer la fiebre y el hombre dijo que no. Acto seguido le pidió que orinara en una vasija de la propia casa. La orina salió oscura, casi rojiza. Me hizo olerla y luego lo hizo él. Con su navaja hizo un corte en el dedo pulgar de la mano derecha del paciente y me hizo tocar la sangre que manó de allí; él se limitó a mirarla, mientras apretaba el dedo con un pañito que había sacado de su cintura. Me preguntó cuál era mi diagnóstico. Dije sin titubear que me parecía un caso de humor bilioso. Mi maestro asintió y me preguntó cuál era el tratamiento adecuado. Yo dije: “sangría”. Don Yohai asintió otra vez y con la misma navaja que había usado antes hizo un corte en cada uno de los puños del paciente, poniendo debajo de cada uno una cazuela de la casa. El hombre casi no se quejó y se dejó hacer de buen grado, mientras su mujer observaba desde la puerta de la habitación poco iluminada.

Cuando mi maestro juzgó que la sangre retirada había sido suficiente, lavó la herida con vino y luego con agua, y me pidió que vendase fuertemente al paciente con los paños que traía en su mochila. El hombre agradeció la atención recibida y mi maestro me dijo que me enviaría tres días después para saber si la fiebre había cedido, y que en caso negativo yo mismo procedería a realizar otra sangría; ese es el tratamiento necesario – acotó- hasta que la fiebre desaparezca, además de alimentarse bien pero sin gorduras, y tomar bastante vino tinto. El paciente, aunque algo pálido, tuvo fuerzas para esbozar una sonrisa y decir: “menos mal que no me recomienda Ud. beber bastante agua”. Recogí los utensilios y cuando nos íbamos el hombre preguntó cuánto debía; mi maestro dijo que eso se lo diría yo cuando volviese a los tres días. Mi maestro me permitió disponer a mi antojo de lo que quedaba de la mañana y aproveché para irme hasta la tienda de Sara. Como el otro vendedor la acompañaba, le pedí a ella que saliese a la vereda, con el pretexto de enseñarme una de las piezas exhibidas en el escaparate callejero. Mientras manoseábamos allí algunos broches y pendientes le conté en voz baja la charla con su padre y le dije que era imperioso que nos viéramos sin falta el domingo luego después del almuerzo bajo el puente de Alcántara, en la parte extramuros. Ella dijo que sí en el preciso instante en el que se asomó a la puerta el otro vendedor. Agradeciendo a Sara sus explicaciones sobre los damasquinados allí expuestos me despedí de ambos.

El invierno ya hacía sentir su rigor. Traspuse el puente ante la mirada indiferente de los guardias,

numerosos en el torreón que da hacia el casco de la ciudad, y escasos en el arco hacia extramuros. Me alejé un poco de éste y bajé resbalando las empinadas pendientes, buscando el abrigo de unos árboles cercanos. Sara apareció sobre el puente cubierta hasta los pies con una capa sin duda tomada de su padre, y tocada con su pañuelo celeste. Le hice repetidos ademanes agitando los brazos hasta que me vio y apuró el paso. Bajó más rápido que yo, pero tuve que sostenerla por un brazo para que no siguiera deslizándose hasta el agua. Me dijo que como máximo teníamos dos horas, pues en su casa había dicho que iba a visitar una amiga casada hacía poco, con la promesa de volver antes del atardecer. Tendí mi gabán sobre la seca hierba que había debajo de los árboles. Ella hizo lo mismo con su capa, y esperó. Yo no encontré palabras y opté por empezar a besarla con ardor. Para mi sorpresa ella me correspondió con igual ahínco. Le levanté la ancha falda y no encontré ningún otro obstáculo a mis intenciones. Ella se agarró muy fuertemente a mi cuello mientras murmuraba palabras que no entendí. “Yo, también”, recuerdo que le dije, mientras mi cuerpo me guiaba sin control. Ella intentaba responder a mis movimientos. No mucho después el alma se me salió por el bajo vientre, y me quedé sobre su cuerpo caliente, respirando fuerte. Ella me acarició muy suavemente el pelo y me dijo que a partir de ese momento cada uno era para el otro, para siempre. Yo levanté algo la cabeza y le prometí que así sería. Nos quedamos boca arriba mirando desfilas a las cargadas nubes grises y tratando de planear nuestros futuros encuentros. Sólo vimos a nuestro alcance los lugares

extramuros que estaban más lejos de su casa, alternando entre uno y otro, para no despertar la curiosidad de los guardias. Entonces el pálido sol empezó a declinar y Sara me dijo que era hora de volver. Dejó que la acompañase, sin que ni siquiera nos rozáramos, hasta las inmediaciones de la Catedral y allí me dijo que prefería seguir sola, para evitar las habladurías que podrían llegar a sus padres.

Tratando de poner orden en mi recién estrenada vida amorosa y en mi abandonada religión, me fui a la Catedral, donde no entraba hacía mucho. Esta vez le presté mucho más atención que antes, no sólo por mi estado de ánimo, sino porque muy recientemente había hecho la observación detallada de la sinagoga de Ha Levi. Su única torre frontal rectangular se eleva imponente, como la de la Giralda de Sevilla, que vio mi maestro. Encima de la puerta por la que entré, un amplio friso ojival algo excavado, contiene cuatro líneas de figuras. Adentro, las enormes cinco naves soportadas por macizas columnas que describen espigados y elevadísimos arcos ojivales, dejan a cualquier humano enano, y a mí más, dadas las circunstancias. Allá en la cima y junto al techo una sucesión de vitrales coloridos, con figuras que es imposible distinguir, filtran la luz, que es siempre insuficiente para tan inmenso recinto. Y para paliar esa carencia no bastan las grandes rosetas, desbordadas por la piedra que las cerca por todos lados. En el altar mayor la multitud de figuras coloreadas y apretadas unas contra las otras exigen una revisión detenida de cada parte, para no perderse en el todo. La enorme verja dorada que delimita el coro tiene un aspecto de cárcel que intimida, pero sus

bancos de madera adornada con una multitud de figuras y motivos le dan el calor que le niega el metal. Y las muy numerosas y espaciosas capillas laterales ofrecen cada una un recinto de fe que sería suficiente a más de un pequeño poblado. Más de una pared y el artesonado geométrico del techo recuerdan a cualquiera que el edificio fue una muy gran mezquita, profundamente modificada desde hace dos siglos, y con su parte concluida recientemente, en estilo gótico traído de Flandes, según me dijo mi maestro; y todavía tiene partes en construcción. Pero toda impresión árabe trata de borrarse de la cabeza del fiel mediante una larguísima galería de retratos de hombres de iglesia que pueblan una larga pared, y por las muchas estatuas de la Virgen, que cautivan la mirada y el corazón, por su belleza y ternura.

Salí del templo tan confuso como había entrado, diciéndome que en los próximos días ya iría ordenando mi cabeza y mis planes de vida. En esa semana mi maestro me mandó atender a cuatro clientes que exigían un urgente recorte de cabello o de barba. Y el tiempo dedicado a esos menesteres me permitía rumiar ideas, a no ser cuando el cliente no me daba tregua con su retahíla de chismes o preguntas sobre los quehaceres de don Yohai.

Cuando pude dialogar con calma con mi maestro le pregunté por qué decía que los tiempos le olían mal. Y me aclaró que otra vez corrían rumores de que los judíos no sólo intentaban convertir a muchos cristianos, sino que practicaban ceremonias satánicas donde profanaban las ostias, e incluso, hacían rituales macabros en los que sacrificaban a bebés de cristianos. Le pregunté qué había

de verdad en todo eso y me respondió que si lo primero no era de descartarse en algún caso, porque al fin y al cabo los judíos tenían tanto derecho como los musulmanes o los cristianos a ganar más adeptos para su religión, las otras dos imputaciones eran totalmente falsas y disparatadas, y que debían ser el fruto de gente que tenía el odio como divisa de vida. Le pregunté dónde eso podía ir a parar; se frotó lentamente la barba y entornando los ojos dijo que hacía justo un siglo su pueblo había sido víctima de grandes matanzas y vilipendio en muchas ciudades de Sefarad. Para no apenarlo más cambié de tema y pregunté cuándo volveríamos a los trabajos de la Gran Obra. Me dijo que pronto, pues aún estaba revisando un par de manuscritos que podrían echar luz sobre algún error que él pudiera haber cometido en sus manipulaciones y oraciones cabalísticas. Estábamos en esa plática cuando llegó un alcalde muy agitado diciendo que se requería la inmediata presencia de don Yohai pues en un bosquecillo situado a poca distancia de las murallas había aparecido el cadáver de un hombre. Mi maestro me ordenó cargar en la mochila los utensilios adecuados para esos casos, tomó su bastón de marcha, y nos pusimos en camino. El oficial hablaba atropelladamente y sostenía que el cuerpo estaba tan dilacerado que aquello debía haber sido fechoría de lobos. Y continuó diciendo que el desconocido estaba vestido con ropas burdas y llevaba un atado como los que usan los vagabundos o los pobres que transitan de un lugar a otro por motivos de trabajo o familiares; y que se habían revisado sus ropas y su atado pero no se le encontró nada que pudiera identificarlo; agregó que nadie en la ciudad

había dado queja de la desaparición de algún familiar o conocido, y que quería que el médico se asegurase de que el muerto no era portador de la peste o de enfermedad contagiosa, para que se pudiera llevarlo a la ciudad a la espera de su identificación o de algún deudo, antes de proceder a su enterramiento, precedido de la indispensable aunque breve ceremonia religiosa; para eso, concluyó diciendo que si no hubiera peligro de contagio solicitaba al médico que lo guardara en su casa el tiempo necesario; y especificó que ya había ordenado que dos mozos nos siguiesen con un carro de mano para ese traslado, o para enterrarlo en el lugar, en caso de que don Yohai considerara eso lo más prudente. Atravesando algunas callejas de la Judería y un par del área de los comercios, salimos finalmente por el Puente de San Martín. Mi maestro pidió al alcalde que refrenara su paso, pues a esa altura ya le costaba respirar. Nos detuvimos unos instantes, para que tomara aliento, y volviéndome hacia el torreón exterior que acabábamos de cruzar, me impresionó otra vez su fortaleza, la belleza de sus dos puertas ojivales separadas en profundidad una de la otra, y las siete ventanitas ojivales que se abren en línea inmediatamente abajo de las almenas. Don Yohai dijo que podíamos continuar y seguimos nuestra marcha ahora a campo traviesa. Mi maestro sorteaba las piedras haciendo equilibrios con el bastón, y un par de veces pidió para sentarse en alguna de las rocas más grandes, para tomar aire. Al cabo de un rato de caminata el oficial apuntó con el dedo una arboleda cercana y dijo que ese era nuestro destino. Al llegar estaban rodeando el cadáver dos

campesinos con sombreros de ala ancha y tres niños. El alcalde los expulsó de inmediato exigiendo que volvieran a sus tareas, pues –dijo- allí no había nada de su interés. Mi maestro se arrodilló junto al cuerpo, y aún sin tocarlo, descorrió con su bastón parte de la vestidura rota y sanguinolenta. El oficial preguntó su primera opinión. Mi maestro sacó de la mochila que yo había cargado los gruesos guantes que raramente usaba y abrió el jubón y bajó las calzas del difunto. Se fijó en sus ojos y boca, que abrió por turno; luego palpó su cuello y después su tórax velludo y sus ingles; luego lo giró, levantándole el jubón para verle la espalda. No veo señal de peligro contagioso – dijo. El oficial dijo que entonces sería llevado a casa de don Yohai y preguntó por la causa de la muerte. Mi maestro contestó que había en la cara, en el pecho y aún en la espalda, feas heridas que debía examinar con más detenimiento, lo que haría en su casa, antes de pronunciarse. El oficial inquirió cuánto tiempo llevaría muerto aquel hombre y don Yohai dijo que le calculaba dos días. El oficial preguntó entonces cuánto tiempo más sería prudente mantenerlo insepulto, y mi maestro respondió que, a lo máximo, otro día, antes de que empezara a descomponerse. En ese momento llegaron los mozos con el carro y el oficial mandó que llevaran el cadáver a la casa del médico, especificando que lo transportasen boca arriba y sin cubrir su rostro, por si algún curioso lo identificase al pasar. Y antes de despedirse para irse delante dijo que los mozos le avisarían si en el camino algún vecino hubiera identificado al fallecido, y que mi maestro fuera a verlo dentro del

plazo que él mismo acababa de dar. Los mozos cargaron al difunto e iniciamos una lenta peregrinación hasta nuestro destino. En todo el largo trayecto fue muchísima gente, entre hombres, mujeres y niños, la que se inclinó sobre el carro para ver al muerto; las mujeres se santiguaban, los hombres no mostraban ninguna emoción, y los niños se empujaban mientras se les escapaba alguna risa, que los mayores cortaban en el acto, alejándolos del lugar. Muchas veces los mozos preguntaron a los mirones si conocían al hombre, pero ninguno lo reconoció. Llegamos a casa de mi maestro y la puerta fue cerrada en las narices de los últimos curiosos. Mi maestro me hizo despejar una larga mesa de roble que usaba tanto para recibir raros visitantes, como para comer o para apoyar sus libros, y pidió que los mozos pusieran encima de ella al muerto. Los mozos lo hicieron y se fueron. Don Yohai me dijo que almorzaríamos tardíamente algún trozo de pan, queso y cebolla, pues teníamos que trabajar. No entendí lo que quería decir, pero me adelanté hacia la cocina, para preparar lo que había solicitado. Comió pensativo y rápidamente y sacudiéndose las migas me ordenó que volviéramos junto al muerto. Ahora pude contemplarlo con más calma. Tenía el pelo y la barba negros y revueltos, salvo por algunas canas que asomaban aquí o allí, y tenía la piel muy quemada, como es propio de los campesinos o los vagabundos; su ropa muy dañada en la parte del tórax era de muy baja calidad; y sus zapatos muy gastados estaban abiertos en las puntas, como si sonrieran. Sin poder contenerme me reí para mis adentros de esta última inoportuna ocurrencia, impropia de la

circunstancia. Mi maestro me ordenó que lo desvistiera, mientras él iba a buscar un par de textos. Así lo hice, y para mi sorpresa lo vi volver no sólo con manuscritos, sino también con su juego completo de cirugía. Me dijo que a simple vista se percibía que el muerto no era judío, pues no estaba circuncidado, y así se lo haría saber al alcalde. Le recordé que, si entendía bien lo que pretendía hacer, aquello estaba terminantemente prohibido y castigado con pena de muerte. Me miró seriamente y dijo que a su edad la muerte ya no lo asustaba, y que el avance de los conocimientos en medicina exigía que se corriese riesgos. Dicho eso pidió que yo siguiese puntualmente sus instrucciones y grabase en mi memoria lo que vería y oiría en los momentos siguientes. Y sin demora hizo un limpio y profundo tajo longitudinal que abrió el tórax del muerto a la mitad; y profundizó la abertura con una sierrita que cortó algún hueso o cartílago. Me pidió que limpiara la sangre derramada con uno de los paños que había traído y que abriera y sostuviera con dos pinzas los bordes del tajo recién hecho. Así lo hice y mi maestro metió las manos en el espacio así hecho y sacó el corazón del difunto, apoyándolo en el costado izquierdo del pecho, cuidando para que ningún vaso que lo unía con el resto de los órganos se rompiera. Girando aquel conjunto dijo que en tres grandes conductos conectados al corazón, se veía aún restos de sangre detenida, por lo que se comprobaba que era el corazón y no el hígado el encargado de hacer circular la sangre en el organismo; y agregó que sin duda algunos de aquellos conductos, impulsarían la sangre desde el corazón hacia todo el cuerpo, y que otros la

traerían de vuelta al corazón; pero prosiguiendo el giro exclamó que quizá antes de la vuelta, la sangre pasase por los pulmones, pues veía un circuito doble de cada lado que unía el corazón con cada uno de los pulmones cercanos; me dijo que acercara más mi rostro para ver todo lo que decía; y acto seguido, usando su navaja más afilada, abrió el corazón por la mitad en el sentido vertical; manteniendo cada mitad con una mano las miró detalladamente y exclamó: “aunque parezca mentira Aristóteles está equivocado cuando en su libro sobre los animales dice que el corazón del hombre tiene dos cavidades, pues aquí estoy viendo claramente cuatro; dos más reducidas arriba, y dos más largas abajo; y veo de cada lado un agujero que conecta cada parte de arriba con su respectiva parte de abajo, y que en cada una de esas conexiones hay un anillo cartilaginoso que también existe en las uniones del cuerpo del corazón con los tres grandes conductos que a él se conectan”. Dicho eso se secó con la manga de la camisa el sudor de emoción que le corría por la frente, y tras advertirme que debía contener las vísceras que aflorarían, prolongó el tajo que antes había hecho hasta la pelvis; identificó el gran hígado, marrón y brillante como el de una vaca, con un pequeño apéndice verdoso que agujereó para descubrir por el olor que pronto se extendió, que de allí venía la bilis; cerca aparecía el estómago en forma de odre, y también a proximidad del hígado dos órganos menores que no conocía; uno tenía color rojizo y mi maestro dedujo que algo debía tener con la fabricación de la sangre, como el hígado; el otro –agregó- para mí es un misterio, pero es entre amarillento y rojizo y semeja un

gran camarón algo enrollado; no lejos estaban los riñones, muy parecidos a los de una vaca, y conectados a una bolsa, que era la vejiga; mi maestro me hizo notar que en los primeros se veían pequeñas piedritas, iguales a las que algunos pacientes expulsaban con gran dolor al orinar, por lo que se confirmaba que aquellas calcificaciones se formaban en los riñones, quizá por una alimentación muy pesada, y que bajaban hasta ser expelidas con el orín; pero viendo lo estrechos que eran todos los conductos a la vista concluyó que si las piedras fueran grandes habría una obstrucción que, impidiendo el normal fluir de los líquidos, llevaría a la persona a la muerte; cerca de la vejiga identificó un pequeño órgano redondeado y sin función conocida, y vio cordones que llevaban hacia el pene y los testículos; mientras yo me esforzaba por amontonar encima del cadáver los intestinos desbordados, mi maestro me pidió coraje y paciencia y abrió uno de los testículos; allí no vio ninguno de los hombrecitos en miniatura, como mucha gente creía que se habrían de encontrar, sino un órgano esponjoso cubierto por una especie de gusano y al que llegaba un gran cordón que a la entrada se ramificaba en varios; en su interior tenía muchos canales de donde supuso mi maestro que brotaría el semen que llegaría al pene, y que, una vez dentro del cuerpo de la mujer, habría de formar muy de a poco y de manera aún desconocida, desde el tamaño de una semilla, al futuro niño. Por último mi maestro abrió el pene y vio un cuerpo esponjoso conectado tanto al testículo como a la vejiga; allí tampoco había hombrecitos. Volviendo sobre sus pasos analizó detenidamente los intestinos y constató

la diferencia entre una larga sección más fina, y una final, que llevaba hasta el ano, más corta y más gruesa. Me pidió que yo fuese metiendo de nuevo los órganos en su respectiva cavidad corporal, mientras él se sentaba a tomar nota de todo lo que había visto. Como le advertí del peligro que aquello suponía me dijo que lo haría usando un lenguaje en código que él había inventado para su uso exclusivo, y que incluía caracteres hebreos, árabes y cristianos, combinados con números y otras figuras. Mientras él escribía frenéticamente, yo cumplía mi desagradable tarea. Cuando terminó me dijo que ahora coseríamos cuidadosa y fuertemente lo que él había abierto. Así lo hicimos, ora cosiendo él y sujetando yo, ora a la inversa. Y cuando terminamos mi maestro dijo que ahora era el turno de un brazo y una pierna. Los abrió a lo largo, pero de lo que vio en uno y otro nada le llamó particularmente la atención, pues ya había visto sus huesos, articulaciones, músculos, cartílagos y conductos sanguíneos en muchas de las amputaciones que había debido hacer a heridos de guerra. Me mandó que yo cosiera ambos miembros, mientras él terminaba sus notas. Cuando las acabó me dijo que lamentaba mucho no poder abrir el cráneo para analizarlo en detalle, pues lo fascinaba especialmente el misterio de la visión, pero que ahora deberíamos vestir al difunto lo más prolija y completamente que nos fuera posible, para que ninguna de las incisiones hechas fuera visible a simple vista. Ya era noche cuando me autorizó a volver a casa, encomendándome que a la mañana siguiente fuese temprano a decirle al alcalde que el muerto no era judío,

que no había señales de asesinato, y que seguramente la muerte fue causada por un ataque de lobos, como el oficial había supuesto desde el inicio; y que después de darle ese mensaje, le informara que por caridad queríamos acompañar al muerto hasta la tumba. Dicho eso me aclaró que esa era una precaución necesaria para que evitásemos que cualquier subalterno o simple curioso abriese las vestiduras del muerto y descubriese las incisiones que su cuerpo había sufrido. Volví a mi casa temiendo la oscuridad más que nunca; cuando llegué mis padres me esperaban para saber noticias del muerto, y les comenté los detalles, ocultando lo esencial hecho en compañía de don Yohai. Cenamos frugalmente, y esa noche me costó mucho dormir. Soñé que mi maestro y yo éramos sumariamente juzgados por la Santa Inquisición y después entregados a la justicia civil para morir en la hoguera, por herejes y brujos. De mañana temprano fui hasta el alcalde que había solicitado los servicios de mi maestro y cumplí al pie de la letra lo encargado. El oficial dijo que no había aparecido nadie reclamando ni identificando al muerto, y que si hasta la tarde no había novedades, mandaría a los mozos a la casa de don Yohai para que llevaran el cadáver al cementerio, donde en el sector adecuado a esos casos, sería enterrado tras algunas breves palabras de un cura. Le llevé esas noticias a mi maestro y él me dijo que aguardaríamos en su casa, vigilando al muerto. Él se puso a leer un libro, y me invitó a leer un manuscrito con figuras de anatomía, desafiándome a que identificáramos las correspondencias y diferencias entre aquello que allí estaba registrado y lo que habíamos visto de la anatomía

humana. Llegó el almuerzo y la siesta. Después continuamos la lectura, hasta que se oyeron golpes en la puerta. Eran los dos mozos que ya conocíamos. Cargaron al muerto, que ahora tapamos por entero con una frazada, y nos fuimos hasta el cementerio. Un cura pronunció con prisa algunas palabras en latín y se fue antes mismo de que los mozos bajaran el cadáver a la sepultura. Sólo entonces mi maestro le retiró la frazada, que enrolló debajo de su brazo. Vimos como los mozos cubrían rápidamente de tierra el cadáver y apisonaban el pequeño promontorio. Cada uno hizo la señal de la cruz y se fueron con el carromato. Mi maestro y yo respiramos aliviados, y volvimos pensativos y en silencio rumbo a su casa; me despedí de él en la puerta y seguí mi camino hacia la mía.

El domingo nos encontramos con Sara al pie de la Torre de Hierro, cerca de la puerta del mismo nombre. Vimos llegar un par de barcazas que atravesaban el Tajo trayendo mercancías que tenían que pasar por la aduana allí instalada. Pasamos al lado de los molinos de donde salía buena parte de la harina consumida en la ciudad y seguimos bordeando el río hasta que unas grandes rocas y unos pocos árboles reunidos nos ocultaron de la vista de todos. Extendimos nuestros abrigo sobre el pasto y empezamos a acariciarnos y besarnos tiernamente y casi sin hablar. El calor de nuestros cuerpos fue derrotando rápidamente al frío, y esta vez fue la propia Sara quien se subió la falda. Hicimos el amor con mucho más calma que la primera vez y tuve la certeza de que no sólo yo había sentido placer. Nos alargamos boca arriba y ella dijo que estaba muy preocupada porque en algunas puertas de casas

de la Judería habían aparecido, pintadas con carbón, o cruces o figuras de cerdo. Me confesó que el miedo ya estaba instalado en sus padres y vecinos y preguntó qué haríamos para vivir nuestro amor. Le dije que no tenía una respuesta clara, pero que lo nuestro superaría cualquier obstáculo. Ella me apretó la mano, ya sonriente, y esta vez fue ella la que me cabalgó con cariño y ardor al mismo tiempo. Resollando por el esfuerzo descansamos otra vez mirando el cielo hasta que el apretado horario de Sara nos obligó a volver mucho antes de lo que hubiéramos deseado. Marcamos nuestro próximo encuentro mientras veíamos crecer el tamaño de la Torre del Hierro, con su doble agua de tejas aún relucientes y su balcón abierto al río. La acompañé hasta las proximidades de la sinagoga de Ha Levi, conteniéndome para no cogerle la mano o pasarle el brazo sobre los hombros. De allí ella siguió sola y yo volví a mi casa.

Al llegar mis padres me dijeron que habían clavado en la puerta de la iglesia de Santo Tomé una advertencia contra los judíos falsamente convertidos, anónimos y los judíos en general, que el cura había leído en su sermón, para que cualquier cristiano –dijo- esté alerta. Al otro día y antes de ir a la casa de mi maestro pasé por aquella iglesia y leí el escrito. Allí se decía lo siguiente: “Si observas que el sábado tus vecinos visten ropas limpias y coloridas, ellos son judíos. Si limpian sus casas los viernes y encienden velas más temprano que lo normal esa noche, son judíos. Si comen pan sin levadura e inician su comida con apio y lechuga durante la Semana Santa, son judíos. Si recitan sus oraciones ante un muro, inclinándose hacia

adelante y hacia atrás, entonces son judíos”. Le llevé la noticia a mi maestro y él me confirmó los temores de Sara diciendo que un oficial lo había informado que en los días siguientes habría un auto-de-fe presidido por el mismísimo Inquisidor General del Reino, Torquemada, para quemar una mujer judía acusada de brujería, de profanar ostias y mantener relaciones carnales con el Diablo transfigurado en un negro macho cabrío. Le dije que creía que Torquemada ya estaba muerto, pero don Yohai me dijo que infelizmente no era así, aunque calculaba que ya andaba por los setenta años. Y de inmediato me invitó a pensar y hacer cosas buenas, retomando en el acto los trabajos de la Gran Obra. Fuimos al sótano que ya conocía y allí estuvimos disponiendo con método los materiales y utensilios, orientados por el libro que mi maestro consultaba para certificarse de que nada era olvidado. Me mandó encender el horno y cuando el calor alcanzó la intensidad que le pareció adecuada, mezcló los elementos básicos en un caldero y me ordenó ponerlo al fuego. De vez en cuando mi maestro revolvía la mistura y al cabo de un buen rato me dijo que había llegado la hora de la primera destilación. Entonces vertió el contenido del caldero en un embudo que contenía una sustancia arenosa y se conectaba con una botella de cuello muy fino. Esperó con paciencia hasta que vio que un líquido oscuro chorreaba lentamente dentro de la botella. Acto seguido vertió ese líquido en el caldero, donde había quedado una masa espesa. Removió esa nueva mezcla pronunciando palabras que no entendí, y me ordenó poner otra vez el caldero al fuego. Guardó en otro caldero la sustancia

arenosa que había ocupado parte del embudo. Al cabo de otro buen rato repitió el proceso de destilación, habiendo renovado la sustancia puesta en el embudo. Y otra vez mezcló el líquido colado con la masa que había restado en el caldero. Más tarde volvió a repetirlo todo y dijo que por aquel día estaba contento con el resultado obtenido, y que proseguiríamos al día siguiente, después de que él consultase otra vez sus manuscritos para tener seguridad de que continuaríamos con los procedimientos adecuados. Volví a mi casa y en los próximos tres días dedicamos muchas horas a la secuencia de manipulaciones que mi maestro juzgó que era la apropiada, aunque por dos veces tuvimos que suspenderlo todo porque alguien llamaba desaforadamente desde la calle. Una vez era el criado de una señora de una familia poderosa de la ciudad que se quejaba de fuertes dolores en el estómago y reclamaba la presencia urgente del médico. Cuando llegamos al palacete toda la servidumbre estaba en guardia y una menina nos acompañó escaleras arriba hasta la habitación de su señora. La mujer estaba tendida en la cama y tapada hasta el cuello. Mi maestro me ordenó con un gesto que quedara en segundo plano y se acercó a la mujer, sacándose el sombrero. La mujer le dijo que hiciera algo para aliviarle el dolor, pero que ella no se sacaría jamás el camisón que llevaba puesto porque el cura había amenazado con el infierno a cualquier mujer que osase desvestirse por completo, aunque fuera en presencia de su marido. Don Yohai la tranquilizó diciéndole que la auscultaría por encima del camisón. Le tomó el pulso y puso una mano en su frente, luego bajó hasta su cuello;

pidió permiso para tocarle los senos, explicando que eso era absolutamente necesario para su diagnóstico, y ella consintió con el rostro enrojecido. Mi maestro palpó rápidamente uno y otro seno, y después fue bajando sus manos por el estómago de la mujer hasta llegar a su pelvis. Me pidió que le alcanzara desde su mochila el cuerno. Se lo di y él apoyó la parte ancha del cuerno en la parte inferior del abdomen de la mujer, mientras recostaba su oído en la parte fina. Entonces sonrió, mirando primero a la mujer y luego a mí. “Señora –dijo- su enfermedad demorará sólo nueve meses; está usted embarazada”. La mujer sonrió incrédula, diciendo que hacía tres años que ella y su marido lo intentaban, siguiendo las recomendaciones de otro conceptuado médico de la ciudad en relación a los días y posiciones más adecuados para la concepción, pero que hasta allí sólo había cosechado fracasos. Mi maestro le dijo que estaba absolutamente seguro de lo que decía, porque incluso le parecía haber escuchado el latido del corazón del niño. La mujer ahora rió de alegría, y lo hizo tan fuerte que la menina que aguardaba del lado de afuera de la habitación entró para enterarse de la novedad. Su señora se lo dijo sin parar de sonreír. Mi maestro dijo entonces que le recetaría algunos tés y una dieta con restricciones para aliviar sus cólicas y evitar que se reprodujeran en el futuro. Y mirando tanto a la señora como a la dama de compañía dio sus indicaciones pausada y claramente. La mujer agradeció tomándole la mano y diciendo que esperaba ansiosa la vuelta de su marido, ausente por un corto viaje de negocios, para darle la magnífica nueva; y le preguntó a

mi maestro cuánto le debía. Cuando él le dijo el valor la señora, ya más repuesta, ordenó a su menina que le diera el doble de lo solicitado. Y nos despidió con un alegre gesto de la mano. Hicimos la reverencia y nos fuimos. Al salir le comenté a mi maestro que era raro que una mujer no se diera cuenta de un embarazo, pero él me informó que en su larga experiencia había visto algunos raros casos en los que la mujer sólo se había enterado de su estado al entrar en trabajo de parto. La otra vez que tuvimos que interrumpir la búsqueda de la Piedra Filosofal fue cuando otro criado llamó a los gritos desde la calle para llevarnos a la casa de un caballero que en un accidente de caza había recibido en un muslo la flecha de ballesta lanzada por un compañero de partida. Estaba sentado en una amplia silla de su habitación; su mujer le hacía compañía. Don Yohai le pidió a la señora que saliera y al hombre que se acostara en la cama matrimonial, y mandó al sirviente allí presente que trajera los alcoholes más fuertes que hubiera en la casa y que pusiera cualquier lámina de acero o hierro en un fuego fuerte. El hombre volvió con cuatro botellas. Mi maestro le dijo al accidentado que empezara a beber lentamente de aquellas botellas como si de agua se tratara. El hombre bebió la primera y su cara enrojeció; mi maestro, sentado a su lado, lo distraía preguntándole detalles de su familia y diciéndole que esperaría el tiempo que fuera necesario antes de intervenir; cuando el herido iba por la mitad de la segunda botella empezó a reírse y contestaba a las preguntas de don Yohai con frases inconexas; al empezar la tercera su cabeza se ladeó, como si fuera a dormirse. Entonces mi maestro sacó su navaja,

hizo un corte en cruz al lado de la flecha y dándole un seco tirón la extrajo en el primer intento. El hombre casi dormido se retorció un poco, pero no tuvo otra reacción. Mi maestro le vertió en la herida una abundante cantidad de la bebida que quedaba en la tercera botella y mandó a que el sirviente trajera el tizón. Cuando lo recibió apoyó con fuerza su punta en la herida; se oyó un chirrido y se sintió olor a carne quemada. El hombre extendió y contrajo la pierna, enderezó la cabeza y la dejó caer otra vez. Mi maestro volvió a verter la bebida alcohólica, ahora de la cuarta botella, sobre la herida aún humeante. Y ordenó que yo lo vendara. y al criado que mirase cómo procedería para repetir durante los siete días siguientes el baño de alcohol en la herida, y el vendaje que yo haría, y que él debería repetir cada vez con paños nuevos. Entonces entró la mujer del herido y mi maestro le repitió lo que acababa de decirle al criado. Y le dijo que él o yo pasaríamos a cada día de los siguientes para saber cómo se portaba el paciente, a quien recomendaba no salir de la casa por una semana. La mujer agradeció con lágrimas en los ojos y pagó en el acto el valor pedido por mi maestro. Cuando retomamos la Gran Obra después de esa segunda interrupción la materia que ocupaba el caldero no correspondía a lo que los manuscritos preveían. Por lo que don Yohai concluyó que deberíamos recomenzarlo todo, porque sin duda aquellas interrupciones en momentos impensados habían sido la causa del fracaso.

Nos encontramos con Sara en la pequeña puerta árabe de los Doce Cantos. Y bajamos al Tajo, huyendo de las miradas indiscretas. Cuando hallamos el lugar propicio

hicimos el amor acompasado y cariñoso que sólo los que se conocen y se aman saben hacer. Después le comenté el caso de la embarazada, y ella me preguntó preocupada qué haríamos si ella misma quedase en ese estado. No dudé ni un segundo en decirle que tendríamos aquel niño fuera como fuese, aunque tuviéramos que huir a otra ciudad donde nadie supiera que ella era judía. Ella estuvo muy de acuerdo y como premio recibí un prolongado beso. Volvimos aliviados hasta la sinagoga de Ha Levi, donde otra vez nos separamos.

Llegó el día y mi maestro dijo que tendría que acompañarlo para que viera con mis propios ojos hasta dónde podía llegar la crueldad y la estupidez humana. Llegamos a la plaza de Zocodover casi completamente llena a aquella hora. En un estrado decorado con un gran toldo y fondo de lienzo amarillo, y con los escudos del reino, una figura vestida de hábitos claros presidía la ceremonia. Era Torquemada en persona; a pesar de la distancia veía sus rasgos con bastante precisión; su cabeza estaba ampliamente tonsurada y sólo rodeada por un pequeño círculo de cabello; su mentón y su nariz eran grandes, y la boca pequeña tenía un rictus brutal en medio de dos mejillas apenas mofletudas; sobre su pecho colgaba un gran crucifijo. Varios notables de las autoridades eclesiástica y civil lo acompañaban de un lado y otro. A un costado de ese estrado principal había otro pequeño, con un poste rodeado por abundante cantidad de leña. Un miembro de la autoridad civil anunció en alta voz que Raquel Judá había sido condenada por actos repetidos de brujería, profanación de ostias y relaciones carnales con el

Diablo, y que se había negado a renunciar a sus herejías. Y acto seguido mandó traer a la acusada, que fue bajada de un carromato estacionado en las proximidades. Dos guardias arrastraron hasta el pequeño estrado a una mujer encadenada de pies y manos que tenía la vestimenta cruzada por líneas de sangre; su pelo estaba totalmente revuelto y su rostro hinchado tenía manchas moradas alrededor de los ojos. Los guardias la amarraron al poste. El mismo oficial que había hablado antes advirtió a la acusada y a la multitud que si Raquel Judá no reconocía y se retractaba de inmediato de sus herejías, sería librada al fuego. La mujer parecía ni tener fuerza para hablar, y su cabeza quedó pendiente hacia un costado. Entonces el oficial proclamó que la rea había negado retractarse y pidió a los ayudantes que encendieran la fogata. Los convocados atendieron prontamente la orden y las llamas aparecieron rápidamente, despidiendo volutas de humo grisáceo. Un largo murmullo recorrió toda la multitud y todas las mujeres y niños, y también muchos hombres, se persignaron repetidamente. Torquemada hizo un amplio gesto de la cruz dirigido a la multitud. El fuego alcanzó el cuerpo de la mujer y encendió su vestimenta con una roja llamarada. La mujer se retorció fuertemente, pero sólo logró emitir algunos breves gritos estridentes como el de un cerdo sacrificado. Y rápidamente quedó en silencio, mientras su cuerpo se quemaba, ya inmóvil. La multitud esperó que el poste se derrumbara llevando al piso lo poco que se veía aún del cuerpo de la mujer. Entonces el oficial que había hablado antes dijo en altísima voz y con mucho énfasis que la justicia divina y terrena había sido cumplida

y que todo habitante de Toledo y del reino tomase buena nota de lo que allí había sucedido; y acto seguido ordenó que la gente se dispersase. Mi maestro me tomó del brazo y me llevó casi sonámbulo hasta la puerta de su casa; y dijo que volviera a la mía pues aquel día no haríamos nada más. No quise comer y tirado en la cama estuve hasta la madrugada con los ojos muy abiertos, mirando el pedazo de cielo estrellado e impasible que se ofrecía a través de la única ventana de mi pequeña habitación pegada al techo.

A los pocos días los pregoneros pasaron convocando a toda la población a interrumpir toda labor y a hacerse presente en el Zocodover o en una de las otras dos plazas más frecuentadas de la ciudad. Allá fuimos con mis padres. La multitud era mayor aún que en el auto-defe. Al cabo de un rato un pregonero empuñó un pergamino y avisó que leería el flamante Edicto emitido en Granada por la reina Isabel y el rey Fernando. El hombre empezó la lectura y al poco tiempo se oyeron algunas voces de aprobación, muchas exclamaciones de sorpresa o pena, y un coro de sollozos de mujeres y de algún viejo. En resumen entendí que los reyes estaban decretando la expulsión de los judíos de todos los territorios de su reino en un plazo máximo de cuatro meses, con prohibición de llevarse oro, plata o moneda acuñada, y con prohibición de volver o quedarse escondidos, en cuyo caso sufrirían la pena de muerte; y prohibía a los no judíos de prestarle cualquier ayuda so pena de confiscación de todos sus bienes. El pregonero terminó su lectura avisando que el edicto quedaría fijado en aquella plaza y en los otros lugares más frecuentados de la ciudad. La multitud se fue

dispersando y entonces vi que entre los corillos restantes había cuatro que rodeaban a personas caídas. Cerca de mí había una mujer desmayada y de a poco la reanimé con la sustancia que mi maestro me hacía llevar siempre encima. Cuando levanté la cabeza lo vi asistiendo a un viejito de barba blanca. Me acerqué a ellos y él me hizo un mudo gesto negativo con la cabeza; es judío y su corazón no resistió –me dijo con voz muy baja. El viejito musitó algunas palabras ininteligibles en hebreo y su cabeza se ladeó sobre el brazo de mi maestro que lo sostenía. Se acabó – dijo don Yohai. Y agregó: “quizá fuera lo mejor para él, pues no aguantaría el viaje”. En ese momento se acercaron corriendo tres familiares del recién fallecido y mi maestro los dejó al cuidado del cuerpo. Y dándome la llave de su casa me dijo que fuera hasta allí y trajera lo necesario para escribir, para copiar integralmente y palabra por palabra todo lo que decía aquel edicto, para que él y su Aljama supieran exactamente a qué atenerse y decidir en consecuencia. Así lo hice y cuando volví a la plaza me dijeron que don Yohai había ido a reunirse con algunos notables de su comunidad. Copié el edicto y aquí lo reproduzco para que sea juzgado como la infamia que es por los siglos de los siglos:

“Los Reyes Fernando e Isabel, por la gracia de Dios, Reyes de Castilla, León, Aragón y otros dominios de la corona, al príncipe Juan, los duques, marqueses, condes, órdenes religiosas y sus Maestros, señores de los Castillos, caballeros y a todos los judíos hombres y mujeres de cualquier edad y a quienquiera esta carta le concierna, salud y gracia para él. Bien es sabido que en nuestros

dominios, existen algunos malos cristianos que han judaizado y han cometido apostasía contra la santa fe Católica, siendo causa la mayoría por las relaciones entre judíos y cristianos. Por lo tanto, en el año de 1480, ordenamos que los judíos fueran separados de las ciudades y provincias de nuestros dominios y que les fueran adjudicados sectores separados, esperando que con esta separación la situación existente sería remediada, y nosotros ordenamos que se estableciera la Inquisición en estos dominios; y en el término de 12 años ha funcionado y la Inquisición ha encontrado muchas personas culpables además, estamos informados por la Inquisición y otros el gran daño que persiste a los cristianos al relacionarse con los judíos, y a su vez estos judíos tratan de todas maneras a subvertir la Santa Fe Católica y están tratando de obstaculizar cristianos creyentes de acercarse a sus creencias. Estos Judíos han instruido a esos cristianos en las ceremonias y creencias de sus leyes, circuncidando a sus hijos y dándoles libros para sus rezos, y declarando a ellos los días de ayuno, y reuniéndoles para enseñarles las historias de sus leyes, informándoles cuando son las festividades de Pascua y como seguirla, dándoles el pan sin levadura y las carnes preparadas ceremonialmente, y dando instrucción de las cosas que deben abstenerse con relación a alimentos y otras cosas requiriendo el seguimiento de las leyes de Moisés, haciéndoles saber a pleno conocimiento que no existe otra ley o verdad fuera de esta. Y así lo hace claro basados en sus confesiones de estos judíos lo mismo a los cuales han pervertido que ha sido resultado en un gran daño y detrimento a la santa fe

Católica, y como nosotros conocíamos el verdadero remedio de estos daños y las dificultades yacían en el interferir de toda comunicación entre los mencionados Judíos y los Cristianos y enviándolos fuera de todos nuestros dominios, nosotros nos contentamos en ordenar si ya dichos Judíos de todas las ciudades y villas y lugares de Andalucía donde aparentemente ellos habían efectuado el mayor daño, y creyendo que esto sería suficiente de modo que en esos y otras ciudades y villas y lugares en nuestros reinos y nuestras posesiones sería efectivo y cesarían a cometer lo mencionado. Y porque hemos sido informados que nada de esto, ni es el caso ni las justicias hechas para algunos de los mencionados judíos encontrándolos muy culpables por lo por los susodichos crímenes y transgresiones contra la santa fe Católica han sido un remedio completo obviar y corregir estos delitos y ofensas. Y a la fe Cristiana y religión cada día parece que los Judíos incrementan en continuar su maldad y daño objetivo a donde residan y conversen; y porque no existe lugar donde ofender de mas a nuestra santa creencia, como a los cuales Dios ha protegido hasta el día de hoy y a aquellos que han sido influenciados, deber de la Santa Madre Iglesia reparar y reducir esta situación al estado anterior, debido a lo frágil del ser humano, pudiese ocurrir que podemos sucumbir a la diabólica tentación que continuamente combate contra nosotros, de modo que, si siendo la causa principal los llamados judíos si no son convertidos deberán ser expulsados del Reino. Debido a que cuando un crimen detestable y poderoso es cometido por algunos miembros de algún grupo es razonable el

grupo debe ser absuelto o aniquilado y los menores por los mayores serán castigados uno por el otro y aquellos que permiten a los buenos y honestos en las ciudades y en las villas y por su contacto puedan perjudicar a otros deberán ser expulsados del grupo de gentes y a pesar de menores razones serán perjudiciales a la República y los más por la mayoría de sus crímenes sería peligroso y contagioso de modo que el Consejo de hombres eminentes y caballeros de nuestro reinado y de otras personas de conciencia y conocimiento de nuestro supremo concejo y después de muchísima deliberación se acordó en dictar que todos los Judíos y Judías deben abandonar nuestros reinados y que no sea permitido nunca regresar. Nosotros ordenamos además en este edicto que los Judíos y Judías cualquiera edad que residan en nuestros dominios o territorios que partan con sus hijos e hijas, sirvientes y familiares pequeños o grandes de todas las edades al fin de Julio de este año y que no se atrevan a regresar a nuestras tierras y que no tomen un paso adelante a traspasar de la manera que si algún Judío que no acepte este edicto si acaso es encontrado en estos dominios o regresa será culpado a muerte y confiscación de sus bienes. Y hemos ordenado que ninguna persona en nuestro reinado sin importar su estado social incluyendo nobles que escondan o guarden o defiendan a un Judío o Judía ya sea públicamente o secretamente desde fines de Julio y meses subsiguientes en sus hogares o en otro sitio en nuestra región con riesgos de perder como castigo todos sus feudos y fortificaciones, privilegios y bienes hereditarios. Hágase que los Judíos puedan deshacerse de sus hogares y todas sus pertenencias

en el plazo estipulado por lo tanto nosotros proveemos nuestro compromiso de la protección y la seguridad de modo que al final del mes de Julio ellos puedan vender e intercambiar sus propiedades y muebles y cualquier otro artículo y disponer de ellos libremente a su criterio que durante este plazo nadie debe hacerles ningún daño, herirlos o injusticias a estas personas o a sus bienes lo cual sería injustificado y el que transgrediese esto incurrirá en el castigo los que violen nuestra seguridad Real. Damos y otorgamos permiso a los anteriormente referidos Judíos y Judías a llevar consigo fuera de nuestras regiones sus bienes y pertenencias por mar o por tierra exceptuando oro y plata, o moneda acuñada u otro artículo prohibido por las leyes del reinado. De modo que ordenamos a todos los concejales, magistrados, caballeros, guardias, oficiales, buenos hombres de la ciudad de Burgos y otras ciudades y villas de nuestro reino y dominios, y a todos nuestros vasallos y personas, que respeten y obedezcan con esta carta y con todo lo que contiene en ella, y que den la clase de asistencia y ayuda necesaria para su ejecución, sujeta a castigo por nuestra gracia soberana y por la confiscación de todos los bienes y propiedades para nuestra casa real y que esta sea notificada a todos y que ninguno pretenda ignorarla, ordenamos que este edicto sea proclamado en todas las plazas y los sitios de reunión de todas las ciudades y en las ciudades principales y villas de las diócesis, y sea hecho por el heraldo en presencia del escribano público, y que ninguno o nadie haga lo contrario de lo que ha sido definido, sujeto al castigo de nuestra gracia soberana y la anulación de sus cargos y

confiscación de sus bienes al que haga lo contrario. Y ordenamos que se evidencie y pruebe a la corte con un testimonio firmado especificando la manera en que el edicto fue llevado a cabo. Dado en esta ciudad de Granada el Treinta y uno día de marzo del año de nuestro señor Jesucristo de 1492. Firmado Yo, el Rey, Yo la Reina, y Juan de la Colonia secretario del Rey y la Reina quien lo ha escrito por orden de sus Majestades”.

Inmediatamente después de copiar el documento me fui a la tienda de Sara. Y la encontré cerrada. Pregunté por su casa y golpeé la puerta cerrada. Salió una señora que adiviné que era su madre y que al verme dijo: “aquí no hay nadie enfermo”, haciendo ademán de cerrarme la puerta en las narices. Pensé que me habría visto alguna vez en compañía de don Yohai pues yo nunca había antes hablado con ella ni estado en aquella casa. Le dije que estaba allí por Sara, de quien era amigo y a quien quería ayudar en aquel tristísimo momento. Y metí un pie dentro y entré antes de que la mujer reaccionara. En ese momento salió Sara de detrás de una cortina que separaba la pieza de entrada del resto de la casa y corrió hacia mí con el rostro en lágrimas. Para asombro de su madre, se colgó de mi cuello y preguntó: “y ahora, qué vamos a hacer?” Sin pensarlo respondí que yo estaría con ella donde ella estuviese. La madre rompió el silencio para decir que eso lo decidiría su marido. Tratando de animarlas les dije que por lo que entendía los judíos que no quisieran abandonar Toledo podrían permanecer con sus casas, bienes y oficios desde que se convirtieran al cristianismo; a lo que la mujer dijo que su marido estaba en ese mismo momento reunido

con otros hombres de la comunidad pero que estaba segura de que él nunca aceptaría esa imposición y optaría por el exilio. Al oír aquellas palabras Sara volvió a sollozar otra vez con fuerza y me dio varios besos en las mejillas. Su madre la arrancó de mí y me ordenó que me fuera y que hablara con su marido sobre cualquier intención que tuviera yo en relación a su hija. Me retiré prometiendo a Sara que hablaría muy rápidamente con su padre y que no temiera, pues siempre estaríamos juntos. Ella me vio partir desde la puerta, retenida por su madre. Volví hasta la casa de mi maestro y como aún tenía en mi poder la llave, entré y lo esperé. Como la espera se hacía larga empecé a hojear uno de los manuscritos que había dejado a mano relativos a la Gran Obra. Horas después apareció don Yohai y entró con cara sombría y abatida. Sentándose pesadamente a la mesa me pidió un vaso de agua y me dijo que en la reunión de los varones de su Aljama aproximadamente la mitad se inclinaba por la conversión, y la otra por el ostracismo; los primeros – agregó- suponen que ese edicto no durará mucho y que con un nuevo rey las cosas volverán a sus lugares y podremos retomar abiertamente nuestra fe. Los otros como yo opinamos que cualquier falsa conversión es una ofensa hacia Dios, tanto en la forma como lo adoramos nosotros como en la que lo hacen los cristianos, y una hipocresía indigna de una persona de bien. Pero –concluyó- quedamos de reunirnos nuevamente en una semana para, con la cabeza más fría volver a analizar la situación y las decisiones. Yo le dije que esperaba que los reyes recapacitasen y que pronto aquel edicto fuera abolido. Él me dijo que infelizmente no lo

creía así. Entonces le dije que si él se iba yo lo seguiría. En medio de aquella situación de profunda tristeza me miró con expresión pícaro y dijo que sabía que si mi marcha se confirmase no sería por su vieja barba canosa sino por un par de ojos almendrados que respondían al nombre de Sara. Le pregunté cómo sabía aquello, y me respondió sonriente que un viejo médico todo lo sabe, menos salvar a sus pacientes. No pude contener la risa y él me ordenó que fuera a hablar con mis padres pero que como máximo les dijese que en agradecimiento a su maestro lo acompañaría hasta la frontera del reino. Y que volviese a verlo en un par de días, para ayudarlo en los trámites y preparativos de la partida. Volví a mi casa y puse en conocimiento de mi madre mi intención de acompañar a mi maestro hasta la frontera en señal de agradecimiento y para prestarle auxilio en ese viaje que se haría muy duro a causa de su edad; mi padre estaba trabajando en una construcción aneja a la Puerta del Vado y mi madre me dijo que debía consultarlo con él; y de inmediato me preguntó si aquella intención no tendría nada que ver con la moza judía de la que le había hablado una vez, pero yo le juré que aquel caso estaba olvidado hacía tiempo y que mi corazón pendía ahora por una cristiana vieja. Mi madre sonrió y besándome me dijo que fuera a encontrar a mi padre. Allá fui y recuerdo que al llegar al Zocodover miré hacia abajo y vi a mi Toledo con su fiesta de techos ocres iluminados por el sol que cobraba fuerzas con la primavera naciente. El corazón se me sobrecogió y empecé a bajar; bordeé los comercios que en aquella zona se acercaban a la muralla; fui acompañando a

esta última y la clausurada Puerta del Vado me recibió con su torreón anexo de cuatro ventanas ojivales. Pregunté a un grupo de vecinos que reunidos en una esquina hablaban sobre los últimos acontecimientos y pronto me informaron donde sabían que se estaba haciendo obras en las proximidades. Al acercarme vi a mi padre que lanzaba ladrillos a otro albañil que los recibía en el primer piso de una casona de dos plantas cuya fachada estaban reformando. Mi padre me miró con sorpresa y llamando a un mozo que acompañaba al otro en el primer piso lo dejó a cargo de la tarea y se apartó conmigo tomándome del brazo. Lo puse al tanto de mis intenciones. Me preguntó de qué frontera estaba hablando y yo le dije que aún no lo sabía, pues mi maestro no lo había especificado. Me miró a los ojos y dijo que le debía eso a don Yohai, pero me exigió que después de dejarlo regresara a casa sin demora y sin escalas; al fin y al cabo –concluyó- ya sabes más que lo suficiente para ejercer como médico autónomo en Toledo. Le agradecí su autorización y volví a casa de Sara. Esta vez me abrió ella en persona. Me confirmó que su padre optaba por el exilio y que ya había empezado a averiguar cómo vender la casa y conseguir lo necesario para el viaje. Le pregunté hacia dónde sería esa salida del reino, y ella me dijo que su padre aún no se lo había dicho. Le informé que mi maestro también había elegido la salida y que mi padre me había autorizado a acompañarlo hasta la frontera; y de inmediato le pedí que solicitara a su padre que hablara con don Yohai para que partieran juntos y hacia el mismo destino. Ella preguntó con ojos asustados si yo la acompañaría sólo hasta la frontera y le aclaré que

esa era la versión que le di a mi familia, pero que iría con ella hasta el infierno, si fuera necesario. Sin poder contenerse me dio allí mismo en la puerta un beso de fuego. Apareció su madre y enterada de nuestra charla me exigió que me fuera, y que Sara ya me avisaría cuando su padre hubiera tomado su decisión. En esos días mi maestro me encargó que atendiera solo, preparando ya mi futuro, a los pacientes y clientes que aparecieran. Tuve que hacer un par de barbas y cortes de pelo, y atendí un caso de estreñimiento severo y otro de fiebre súbita, que atacué con té y una poción para facilitar la transpiración y reponer el agua perdida. Por suerte estos dos pacientes respondieron bien y con presteza al tratamiento indicado.

Volví a ver a mi maestro y me dijo que él y algunas familias habían decidido partir hacia Valencia y allí embarcarse hacia un destino aún por definir. Le pregunté si no sería preferible irse a Portugal o a Navarra, para instalarse allí esperando la oportunidad de volver. Con ojos profundos me dijo que él y otros hombres viejos temían que la decisión de Fernando e Isabel no se extendiera pronto también a esas otras tierras cercanas. Le pregunté si no restaba Francia, para no tener que hacerse a la mar, y él me recordó que en el siglo anterior y en más de una ocasión los judíos habían sido expulsados de aquel reino. Le pregunté qué haría con su casa y sus bienes. Respondió que sólo le interesaban sus libros y utensilios, y un par de mudas de ropa de vestir y de cama; y que empezaba a negociar su casa y el mobiliario para obtener a cambio un carro o por lo menos un par de mulas o burros, porque circulaba el rumor de que, aunque no estaba escrito

explícitamente en el Edicto, los judíos no podrían hacerse de caballos, ni de armas, obviamente. Dicho eso me pidió que informase a mis vecinos y demás gentes que conociese de su intención de venta, para detectar eventuales interesados. Le pregunté cuánto calculaba que se demoraría en llegar en carro o a lomo de mula a Valencia, y él me dijo que siendo joven había hecho una vez ese trayecto y que pensaba que con el buen tiempo que la primavera y el principio del verano deberían traer, unas dos o tres semanas serían suficientes; pero –agregó– viajaremos en grupo y como toda columna de ejército sabe, el conjunto se mueve a la velocidad de su miembro más lento; y hay que contar –concluyó– los atrasos por algún accidente u otro percance que retrase la marcha. Le pregunté si podría ofrecerle a Sara y sus padres la posibilidad de que se juntasen a su grupo, y él dijo que no veía ningún inconveniente. Le pregunté si tenía en mente alguna fecha de partida y me dijo que como el plazo perentorio para estar fuera del reino era de cuatro meses, lo mejor era agilizar lo máximo posible las ventas y preparativos necesarios, y ponerse en camino tan pronto los mismos estuviesen concluidos; y me pidió que le informase eso a David. Allá fui pues a hablar con Sara y su familia, y las ideas y propuestas de mi maestro fueron del agrado de David, con la salvedad de que él quería definir también lo antes posible hacia cuál destino embarcarían en Valencia. Le sugerí que consultase eso con don Yohai y con los notables con los que éste se reunía.

Pasaron los días y mi maestro me informó que ya tenía en la figura de un converso de nueva data un

comprador para su casa y mobiliario. A cambio – dijo- recibiría de inmediato un carro de dos ruedas con dos mulas, y provisiones, y más tarde y dependiendo de las posibilidades de comunicación, el comprador le haría llegar a través de algún emisario cristiano la suma de oro o plata convenida como restante de la transacción. Le dije que aquello me olía a una estafa. Él sonrió y contestó que de todas maneras no había alternativa y que hablaría con David para poder camuflar en el carro las monedas u objetos de oro y plata que uno y otro pudieran transportar para tener con qué solventar el viaje hasta Valencia, el embarque en ese puerto, y los primeros tiempos en el nuevo hogar que les tocase en suerte; luego –concluyó- ya sobreviviré como médico y David lo hará ejerciendo el bello oficio que domina.

Fui a comunicar a Sara y a su familia las decisiones y oferta de mi maestro. Todos convinieron que eran buenas y David me pidió que avisara a don Yohai que podía contar con él para hacer en el carro el camuflaje deseado; y por primera vez me preguntó si los acompañaría más allá de Valencia, recordándome que su palabra era inamovible y que la mano de su hija sería sólo para alguien que profesase la ley mosaica. Le pedí que diéramos tiempo al tiempo, y agregué que mi compañía también le era útil a él, para ayudarlo a proteger a los suyos. Nos despedimos y fui hasta la obra donde trabajaba mi padre para comunicarle que mi destino sería Valencia; me dijo que averiguaría cuál sería el mejor camino y si en el trayecto y en Valencia había algún albañil que hubiera conocido y que me pudiera venir en ayuda en caso de

necesidad. Lo dejé para comunicarle las nuevas a mi madre.

Los días pasaban y David me comunicó a mí y a mi maestro que había conseguido con un cristiano viejo que antes había comprado varias piezas de los damasquinados que él fabricaba, tres burros y víveres a cambio de su casa y de su mobiliario; con la promesa de que si algún día volviera a Toledo el negocio se desharía con ese mismo intercambio. Así se lo comuniqué a don Yohai y éste me dijo que el carro ya estaba disponible para que David le hiciese la reforma necesaria; y lo más prudente –agregó– es que lo haga aquí en mi patio, para que nadie se entere.

En esos días tuve que sacar dientes a una vieja y a un labrador, que gritó más que la primera, aunque el que le saqué era el último molar que le quedaba en la mandíbula superior. Hice un corte de pelo y atendí a una joven casada que padecía hemorragias frecuentes; ante su marido le aconsejé que además de tomar la poción que le receté y de usar la pomada para las partes que le enseñé a preparar, pidiese a su marido más delicadeza en la hora de los amores, pues –agregué– la mujer joven es como un lirio que merece todo cuidado. Ella me miró agradecida y luego miró a su marido como diciéndole que tomase nota de lo que acababa de oír. Él estaba algo sonrojado y bajó la cabeza al tiempo que musitaba que para pagarme sólo disponía de una gallina y algunos huevos; agradecí el pago, que me llevé a casa de mis padres en el acto.

Una semana después mi maestro me informó que las monedas y objetos de valor, que resultaban ser una

colección de damasquinados, ya estaban convenientemente camuflados en el carro y, como David y su familia y otros grupos familiares que también habían elegido Valencia como puerto de embarque estaban prontos, la partida sería fijada en breve. Me invitó a inspeccionar el carro en su patio y me desafió a descubrir dónde estaba escondido el pequeño tesoro de su propiedad y de David. El carro tenía una capota de cuero y un asiento que no era incómodo, y por allí empecé mi revisión. Pero no vi nada que llamase la atención como escondrijo. Seguí inspeccionando el carro y nada descubrí. Entonces mi maestro dijo que el pequeño tesoro estaba oculto en el doble fondo del piso y en la duplicación de los laterales que con mucha habilidad había hecho David. Sólo entonces vi que el piso y las laterales eran un poco más anchos que lo que hubiera sido lo necesario, pero no había hendidura visible que delatara cualquier escondite.

Ayudé a mi maestro a cargar en el carro los pocos enseres que llevaría. Y llegó el día. Me despedí de mis padres llevando un liviano morral de viaje donde mi madre había guardado varias provisiones no perecederas. Mi madre lloró y mi padre me abrazó fuertemente recordándome que les había prometido un pronto regreso. Yo junté mis últimas fuerzas para besarlos muy fuertemente y ocultarles que mi destino estaría donde estuviese el de Sara. En el camino entre las callejuelas estrechas, donde de vez en cuando alguien se asomaba a la ventana para echar a la calle una palangana de agua o de orines, fui en el azar de mi trayecto despidiéndome con la mirada de cada rincón, cada palacio, cada mesón, cada

plaza, cada iglesia, cada mezquita y cada sinagoga que conocía desde mi infancia. En la Puerta de Bisagra ya estaba reunida una triste comitiva de una veintena de familias; otras ya habían salido hacia el mismo u otro destino, y otras saldrían en breve. Algunos niños y un par de adultos tiraron piedras y profirieron insultos contra los allí reunidos, pero otros hombres y mujeres los contuvieron alegando que entre los viajeros había dos médicos y varios conocidos. La comitiva reunía una veintena de carros, y una docena de mulos y burros. Sara, su madre y su padre, montaban un burro cada uno y a sus costados colgaban diversos bultos de distintas formas y tamaños. Yo ya les había dicho a Sara y a su madre que después tomarían por turnos mi lugar en el carro junto a don Yohai. Del lado interior de la Puerta se adelantó un grupo de guardias diciendo que revisarían uno a uno a los viajeros y sus pertenencias, para certificarse de que ninguno transportaba lo que los reyes habían prohibido. Y así exigieron que cada persona, hombre, mujer, anciano y niño se apartase de su carro o cabalgadura y vaciase sus bolsillos en el suelo. A continuación les hicieron levantar los brazos y fueron palpando los cuerpos y vestimentas. En un par de casos sospecharon de un abrigo con alguna protuberancia y rompiendo el forro vieron caer al piso algunas monedas y un pare de anillos y pendientes de oro, que decomisaron sin decir palabra, ante la queja sollozante de los afectados. Luego pasaron a revisar cada uno de los carros, acuchillando a los asientos de cojín, inspeccionando los toldos y golpeando las maderas y las ruedas. En uno de los asientos aparecieron varios objetos

de oro y plata, que fueron decomisados. Por último se detuvieron en destripar cada uno de los bultos que cargaban los viajeros. Las mujeres se afanaban en recomponer con la mayor rapidez posible las ropas de vestir y de cama que los oficiales desparramaban en el piso; y rehacían los bultos deshechos, volviéndolos a sus lugares. En cuatro de los bultos aparecieron llaves de casa, y los interesados dijeron que eran de las que acababan de abandonar, para cuando los reyes recapacitasen y los autorizasen a volver. En otro bulto surgieron dos pequeños candelabros de siete brazos de oro, que fueron prontamente decomisados. Terminada la requisa los guardias autorizaron la partida de la comitiva. Al trasponer la Puerta casi todas las mujeres y niños, y algún hombre también, dejaban caer de sus ojos abundantes lágrimas silenciosas, mientras volvían la cabeza para contemplar las murallas. El corrillo de curiosos nos hizo compañía por algunos metros y luego se volvió hacia la Puerta. La conducción de la caravana estaba a cargo de un joven conocido de David, que montaba una musculosa mula. Lo seguían los carros, y más atrás los que montaban mulas o burros.

En el primer tramo del camino la caravana fue descubriendo la velocidad que no dejaba a nadie rezagado. Cuando ello ocurría los niños eran los primeros en dar la alarma, pues ahora ya se divertían con el viaje. Entonces el jinete guía hacía parar a quienes se habían adelantado, para que esperasen a los demás. También eran sólo los niños los que celebraban el espectáculo de los grandes árboles y de las flores que adornaban los campos de la

primavera madura. De algunos de los carros brotaban cacareos de gallinas, el balido de alguna oveja o de alguna cabra; las primeras eran apreciadas por sus huevos, y las otras por la leche para los niños pequeños; todas, en caso de necesidad, por su carne, pero para ese uso el rabino debía orientar el sacrificio que las hiciera *kosher*. Ese hombre era un joven de pocas palabras a quien no recordaba yo haber visto jamás en Toledo. También se veían en algunos carros, o colgando de las caballerías, ristras de ajo o cebolla, o calabazas de diversos tamaños, que junto con los granos y otras provisiones cargadas en sacas, servirían a la alimentación de por lo menos parte del trayecto que llevaría a los viajeros hasta el puerto. Ya se había decidido, a propuesta del rabino y de don Yohai, que todos esos víveres y otros que se pudieran agenciar en el camino, serían puestos a disposición de una olla común que compartirían todos los integrantes de la caravana, independientemente de lo que cada uno o su grupo familiar pudiese aportar a la misma. Todos aceptaron esa solución comunitaria, máxime que no tenían idea de lo que podría depararles el camino, pues, aunque algunas de aquellas gentes provenían de los alrededores de Toledo, casi ninguna se había apartado jamás en toda su vida a más de media jornada de distancia de su lugar de residencia. Cuando los animales comenzaron a dar muestras de cansancio y algunas mujeres reclamaron que ya era hora de comer, dos jinetes consultaron al guía para hacer el primer alto. El guía se apartó hasta un bosque cercano y volvió diciendo que allí había un arroyito, y que como calculaba que ya estaban a medio camino de

Aranjuez, se podía parar para el descanso y la alimentación; y recordó a los viajeros que iban hasta aquel pueblo porque allí se les unirían otras familias y otro baqueano en los derroteros que llevaban hasta Valencia. Acto seguido hizo salir en un lugar muy plano a la caravana del camino y la dispuso en círculo a la vera de la arboleda próxima. Los niños mayores y mayorcitos saltaron de los carros o de los burros, al tiempo que los de pecho, como si se hubieran puesto de acuerdo, comenzaron a llorar al unísono. Algunos hombres llevaron a las caballerías, ovejas y cabras a pastar al lugar de mejor hierba, y otros, juntándose a varios jóvenes salieron a buscar agua y la leña que hubiera en el monte. Las mujeres, comandadas por tres de las más decididas, disponían los calderos y los ingredientes para preparar la comida. El guía exigió que prepararan lo que les fuera posible hacer en el menor tiempo, para que la marcha pudiera reiniciarse cuanto antes, ya que si queríamos evitar los asaltos debíamos llegar sin falta a Aranjuez antes de que cayera la noche. Volvimos del monte con tal cantidad de leña que guardamos como pudimos una parte en los carros para eventuales necesidades futuras en parajes menos propicios. Sara estaba auxiliando a una madre que daba de mamar a un bebé y temía que el otro se le escapase hacia el bosque. Sara lo tenía en brazos y le hacía caricias y morisquetas para divertirlo. Después se juntó a las mujeres que extendían en el suelo una combinación multicolor de manteles y, sobre ellos, cazos, cucharas, cuchillos, panes y vinos para el almuerzo común. La leña seca hizo que el fuego prendiera

rápida y con fuerza, y las varias cocineras de turno pusieron los caldos a hervir. Don Yohai me ordenó que lo acompañara en una ronda de visitas a todos los viajeros para enterarnos de su estado de salud; para su suerte y la de ellos sólo un par de ancianos, una mujer con dificultades respiratorias y un hombre que recientemente había recibido la coza de una mula, merecían cuidados más importantes; el resto era gente sana; de los niños sólo dos pequeños estaban con un poco de fiebre a causa de los dientes que les comenzaban a salir. Cuando terminamos la ronda, los calderos al fuego ya echaban un aroma seductor; y poco después cada uno recibió su ración. El alivio de la comida y el calor del vino puso en el grupo la alegría que había faltado hasta entonces, y no faltaron las voces que entonaron una canción; para eso ayudaron algunos instrumentos que salieron por arte de magia de sus envoltorios, y la palabra del rabino que recordó que camino a la tierra prometida el pueblo que acompañaba a Moisés había cantado. Pero al rato el guía dijo que era hora de reiniciar la marcha. Las mujeres fueron al bosque a lavar los trastos y los hombres reempaquetaron lo que se había desembalado. Y la caravana volvió a lo suyo, con los estómagos algo pesados y contentos, y muchos rostros pensativos al son del chirriar de los ejes. El sol empezaba a bajar y algunas mujeres se inquietaban cuando el guía anunció que a lo lejos ya veía los alrededores de Aranjuez. Todos los viajeros aguzaron la vista para divisar la serie de cerros bajos y azulados, precedidos por campos verdeamarillentos y sin árboles, que había apuntado el guía. Poco después aparecieron los olivares, delatando la

presencia humana. A poca distancia del caserío vimos no muy lejos el Tajo, y esa visión sobrecogió sin dudas a más de un corazón, pues traía el vivaz recuerdo de Toledo. Caía la noche cuando a la entrada del caserío nos recibió un hombre y un joven, diciendo que hacía dos días que nos esperaban. Dijeron que era mejor no entrar al poblado ni mezclarse con sus habitantes, para evitar reacciones agresivas. De lejos nos mostraron el palacete que estaba construyendo el Maestre Lorenzo Suárez de Figueroa. Y, bordeando las casas, nos condujeron hasta un descampado en el que ya esperaban seis carros y otras tantas caballerías. Allí se presentó a cada adulto de la comitiva el conocedor de los senderos que conducían hasta Valencia. Y se repitió el trajín de la mitad de jornada, para la alimentación de humanos y bestias.

Al otro día temprano reemprendimos la marcha. La rueda de uno de los carros que llevaba una numerosa familia se salió. La caravana se detuvo, y varios entendidos, entre los que había dos herreros, pusieron manos a la obra. Los niños aprovechaban la inesperada parada para jugar a sus anchas. Solucionada la avería, la corta etapa nos llevó hasta Ocaña. Allí resplandecía el palacio de Gutierre de Cárdenas, amigo de la reina; de color blanco amarillento, mi maestro me hizo ver que tenía el estilo mudéjar, pero me pareció que sus ventanas pequeñas y cuadradas, dispuestas en dos plantas, lo hacían demasiado austero; sólo el amplio friso ondulado que sobrevolaba la puerta de entrada hacía honor a la gracia de las formas árabes. Nuestro nuevo baqueano nos condujo hasta la vieja fuente, en cuyas proximidades acampamos.

Por sus canaletas macizas corría una abundante y cristalina agua, que hizo la alegría de los niños. Con mi maestro acudimos al carro del anciano más débil de salud, y comprobamos que su estado se había notoriamente deteriorado; “es la tristeza más que la edad” – dijo don Yohai, y consoló al enfermo prometiéndole días mejores; después vimos a una embarazada, y tras palparle la barriga mi maestro comentó que quizá el traqueteo del viaje apresuraría la llegada de aquel niño. Entre almuerzo y cena las mujeres ordenaron el campamento y los hombres nos reunimos con el guía para enterarnos de lo que nos esperaba en lo sucesivo; fuimos advertidos de que, además de los imponderables del camino que nunca se pueden descartar, lo más difícil sería la travesía de los ríos que no habría más remedio que vadear.

A la mañana siguiente partimos rumbo a Villarrubia de Santiago. Pregunté al guía de dónde le venía aquel nombre al pueblo y me dijo que creía que derivaba de la tierra roja de aquella zona, buena para los plantíos de secano, como los olivos y los granos, sin descartar la vid – agregó-. Marchamos sin contratiempos, a no ser por los llamados del anciano más enfermo y de la mujer que respiraba mal, a quienes atendimos sin detener la caravana; a cada uno mi maestro le administró la poción más indicada, que ya llevaba preparada. A lo lejos vimos elevaciones medianas parecidas a las que habían anunciado a Aranjuez, y el guía pidió que se retrasara el almuerzo hasta que se llegase al caserío. Esa orden no me cayó nada bien, pues ya me dolía todo el cuerpo por cabalgar uno de los burros de la familia de Sara. Mas nada

dije, porque al final yo era de los más jóvenes y fuertes del grupo, y, además, debía dar el ejemplo en mi condición de médico aprendiz. Pero, para nuestro mal, empezó a llover, primero mansamente y luego más fuerte. Los que no íbamos en carro nos protegíamos como podíamos con capas y sombreros. Cuando llegamos a la vera del conjunto de casas con techos de teja que nos traían la memoria de nuestra ciudad natal, el guía mandó acampar en un terreno plano y cercado de árboles; las mujeres salieron en busca del agua necesaria para todos los usos, y los hombres atendimos a las bestias y buscamos la leña. Casi no había leña seca, y el fuego, protegido debajo de un techo improvisado, demoró mucho en cobrar fuerza. Tras la cena y como la lluvia seguía cayendo, aunque con poca intensidad, quienes no cabíamos dentro de un carro extendimos capas entre árboles a la altura de la cintura de un adulto, para que sirvieran de techo, y pusimos otras superpuestas en el piso, para tratar de aislarnos de la humedad del pasto. Sólo el cansancio nos ayudó a dormir en esas condiciones.

Cuando despuntaba el sol y ya enganchábamos las bestias para proseguir la ruta, se acercó al campamento un grupo de hombres y jóvenes que blandiendo instrumentos de labranza y alzando los puños nos insultaron y exigieron que nos fuéramos. Con gran calma el rabino les dijo que eso era precisamente lo que estábamos haciendo. Los lugareños parecieron desconcertados y dejaron caer las piedras que llevaban en las manos. Una vez terminados los preparativos nos fuimos vigilados por las miradas satisfechas de quienes nos habían expulsado.

Sentíamos que desde Aranjuez veníamos subiendo lentamente, pues el aire estaba algo más fresco. Y aquella jornada sin percances nos llevó hasta Santa Cruz de la Zarza. Un acueducto romano se hizo visible. El guía hizo acampar la caravana en la proximidad de las primeras casas y con él, don Yohai, y una comitiva de tres hombres, entramos al pueblo. Pasamos un amplio arco blanco, más ancho que alto. A la entrada del caserío una estela de piedra anunciaba que aquel pueblo tenía fueros reales desde 1253. La casa de la autoridad civil era de dos plantas, muy blanca, y con tejas nuevas; un largo balcón en su primer piso estaba delimitado por una reja de hierro forjado; la planta baja poseía una serie de arcos ojivales, al tiempo que las ventanas del primer piso eran rectangulares. Una amplia plaza le hacía frente y en aquel momento allí se estaba desmontando un mercado. Había en fila una porción de carros cubiertos, de dos grandes ruedas, en los que los campesinos de los alrededores habían traído sus frutos de la tierra. El oficial que en ese momento representaba la autoridad civil, a falta de su titular ausente temporariamente, nos concedió autorización para que acampásemos aquella noche donde nos habíamos detenido, con la condición de que partiéramos al amanecer, y de que ningún otro miembro de la caravana ingresase al pueblo. Después de agradecerle dejamos el edificio y don Yohai se apartó conmigo y con el rabino y propuso que yo, que era cristiano, ofreciese a los feriantes que terminaban su faena un intercambio entre algunas de sus mercancías y algunas cosas de valor que pudiéramos ofrecer; y aclaró que el cambio se haría en nuestro

campamento, para que nadie del pueblo los viera comerciando con nosotros, en un gesto que pudiera ser interpretado como ayuda violatoria del Edicto real, y que pudiera traerles consecuencias nefastas a aquellos campesinos. El rabino asintió y preguntó qué cosas podríamos ofrecer; a lo que mi maestro respondió que por lo pronto él, David y yo podríamos contribuir con algunas monedas y damasquinados, y que el rabino podría preguntar al resto de los viajeros si entre otros podrían aportar algo de lo suyo. El rabino estuvo de acuerdo. Mi maestro ordenó que el rabino y los tres hombres que nos acompañaban volviesen al campamento. Y él y yo fuimos a hacerles nuestra propuesta a varios de los feriantes. Todos nos oyeron muy desconfiados, pero como había dejado muy a la vista el crucifijo que mi madre me había obligado a colgarme en el pecho, una media docena de ellos se mostró dispuesta a negociar. Así volvimos al campamento y junto a David sacamos del escondrijo y lo más discretamente posible, una pequeña parte de nuestro tesoro escondido. El rabino ya estaba sonsacando a algunos de nuestros compañeros de viaje sus respectivas contribuciones. No mucho después llegaron uno tras otro cinco de los feriantes en sus carromatos. Tras mucha charla y regateos, que el rabino y los dos guías supieron conducir muy bien, los tratos fueron hechos. Como resultado obtuvimos una muy buena cantidad de provisiones, y los feriantes se fueron encantados con monedas contantes y sonantes, y sobre todo, tres de ellos, con unos pocos damasquinados que les hacían relucir los ojos. Esa noche la cena fue más abundante que las

anteriores y no faltaron las canciones. Aprovechando el ensimismamiento alegre de la caravana en torno de una gran fogata, nos escabullimos con Sara hasta una arboleda cercana, donde casi mordeándonos hicimos el amor. Yo comenté que si aquel pueblo tenía la palabra “zarza” en su nombre, mi cuerpo había sido una zarza ardiente a la espera de aquel momento desde que dejamos Toledo. Ella me dijo que no blasfemase, y repetimos el sexo, ahora con mucho más calma. Cuando le pareció que los ecos del jolgorio se hacían menos intensos, Sara me dijo que era el momento de volver con los otros. Así lo hicimos y ella se juntó a sus padres, que todavía estaban cerca de la fogata. La noche era completamente estrellada. La mayoría de las familias y gente suelta ya se había recogido a sus carros, o dormía no muy lejos del fuego, arropadas con lo que podían e improvisando almohadas con los más diversos enseres. Un llanto de niño fue prontamente silenciado, sin duda por el pecho materno. Yo fui a acurrucarme en el carro con don Yohai, para recuperar fuerzas para la próxima jornada, en la que nuevamente me tocaba cabalgar un burro; mi maestro ya roncaba plácidamente.

Esa mañana la caravana demoró un poco más en ponerse en marcha, pues los cuerpos aún se reponían de la modorra causada por la fiesta nocturna. Pero yo montaba más alegre que nunca mi burro, pues tenía el vientre y el bajo vientre muy satisfechos. Siempre que el asno pudo acompañar al carro donde iba Sara, intercambiamos miradas cómplices, pero sin poder decir palabra, porque sus padres, cabalgando a mi lado, no se perdían ni uno solo de nuestros gestos. Pero mi alegría no duró mucho,

porque el guía vino a reclamar los servicios de mi maestro. Se trataba del anciano más débil de nuestro grupo. Cuando llegué a su carro cargando la mochila de don Yohai, éste con la mano izquierda sostenía la cabeza del hombre acostado en el piso del carro que proseguía su marcha. Su cuerpo parecía haberse encogido durante el poco tiempo desde nuestra salida de Toledo. Su hija, que dirigía el vehículo lo miraba de soslayo y dejaba escapar algunas lágrimas. En el fondo del carro y apretados contra diversos bultos y objetos, dos niños miraban mudos la escena. Su padre montaba una de las mulas de la comitiva. Cuando me agaché y abrí la mochila mi maestro me hizo un gesto negativo. El hombre empezó a respirar con un ruido de garganta que se fue haciendo más intenso y tenía la boca y los ojos muy abiertos. Y de pronto cesó de respirar. Mi maestro le cerró los ojos y me dijo que pidiera al guía para parar y que llamase al rabino. La conductora detuvo el carro y se abalanzó sobre su padre, llorando a los gritos. No quise acompañar lo que siguió, y preferí quedarme con Sara sentado a la sombra de una copiosa encina. Don Yohai se acercó durante un momento para comunicarme que el rabino había decidido que la ley mosaica lo autorizaba en aquellas circunstancias a abreviar los ritos para proceder al entierro, para el cual tres hombres ya construían un improvisado ataúd. El guía nuevo y yo, que éramos los únicos cristianos de aquel grupo, nos quedamos algo distantes, observando la ceremonia. Primero la hija del difunto, acompañada de su marido, desgarró una prenda de vestir, y recitaron junto con el rabino una oración; luego el matrimonio de parientes y sus

hijos se colocaron cintas negras en señal de luto; toda la comitiva fue desfilando lentamente ante los deudos para manifestar sus condolencias; varios de sus integrantes ofrecieron algún objeto o provisiones a la pareja enlutada; el cuerpo del difunto ya había sido lavado por quienes el rabino había previamente designado, y estaba envuelto en una mortaja; luego fue introducido en el ataúd de fortuna; y fue bajado a la tumba; el rabino pronunció una oración y los deudos echaron paladas y puñados de tierra por sobre el cuerpo; los mismos tres hombres que habían construido el ataúd procedieron a sepultarlo totalmente. Terminada la ceremonia don Yohai me informó que el rabino, dadas las circunstancias, había dispensado a los dueños del recogimiento de la *Shiva*, pues era imperioso seguir la marcha, en la que necesariamente debían mostrarse en público y alternar con los otros viajeros; pero –me aclaró– obviamente quedaban obligados al *Sheloshim*, que les prohíbe frecuentar fiestas, o cortarse los cabellos o la barba, durante treinta días; y el rabino –concluyó mi maestro– les dijo que en Valencia ya se vería lo concerniente a las obligaciones posteriores del luto.

Después de andar bastante vimos de lejos en medio de una gran planicie poco arbolada, un pequeño caserío. Muy por detrás lo cercaban bajas ondulaciones. Cuando llegamos a la periferia de Tarancón ya empezaba a anochecer, y como al día siguiente era *Shabbat*, el rabino decidió que allí nos quedaríamos hasta el amanecer del domingo, pues antes a la caravana le estaba prohibido cualquier trabajo y también encender fuego. Para respetar las prohibiciones las mujeres prepararon fríos los pescados

*kosher* secos y salados que llevábamos en varios barriles, a los que acompañaron con ensaladas de verduras frescas. Para aprovechar el tiempo durante el día libre recorrí el caserío; infelizmente lo tuve que hacer solo con el guía nuevo, pues Sara no quiso acompañarme por no saber qué podrían decir el rabino, sus padres y los adultos de la comitiva. Entré por una puerta almenada, relativamente pequeña por tratarse de la que da acceso a un poblado; a un lado de la puerta una sola ventana ojival servía a las tareas de guardia. A poca distancia de la puerta una sólida iglesia con una espigada puerta ojival ladeada por dos pilares dobles en cada costado, daba la bienvenida al recién llegado. Arriba de la puerta se erguía una elegante virgen con doble velo. Cuando me persigné antes de entrar, dos niños que me miraban intrigados se acercaron corriendo y me preguntaron si yo era de la caravana que había llegado el día anterior. Como les dije que sí quisieron saber qué tipo de gente éramos nosotros. Como sabía que llevarían el cuento a sus casas y a otros vecinos, para no suscitar una eventual animosidad de los lugareños, respondí que allí había un poco de todo; y especifiqué que había cristianos y no cristianos, un médico de quien yo era el asistente, y algunos artesanos y hombres de negocio que se dirigían a Valencia. Cuando oyeron mi ocupación uno de ellos me cogió de la manga y casi arrastrándome me llevó hasta su casa; su padre trabajaba en el campo y su madre estaba allí postrada; cuando la mujer nos vio entrar a su habitación se sorprendió grandemente y preguntó quién era yo y de dónde venía; le repetí lo que había dicho a su hijo y me puse a sus órdenes para examinarla, si ella

lo deseaba. Me dijo que sí, desde que su hijo estuviera presente, para evitar las habladurías. No puse ningún inconveniente y la estudié detalladamente en la cabeza y cuello, haciéndole sacar la lengua, y percibí que sangraba un poco en las encías; y luego me ocupé de los brazos y de las puntas de las extremidades inferiores, o sea, de los tobillos y los pies; por último le pedí permiso y ausculté por encima del grueso camisón que llevaba puesto su tórax y abdomen; le pregunté de qué color y aspecto eran su orina y heces y de qué se alimentaba habitualmente, especialmente en lo relativo a frutas. Finalmente le dije que por todo lo que yo había visto y lo que ella me había contado, aunque sonase raro, según lo que me había enseñado mi maestro, su caso se asemejaba al de un mal que aqueja a muchos marineros; y le aseguré que si comiese mucho de algunas de los alimentos que le indicaría se repondría prontamente; y le mencioné la col o el repollo, los melones, y sobre todo, si los consiguiese, las naranjas y los limones. La mujer esbozó una amplia sonrisa en su cara cansada y me dijo que no tenía nada con qué pagarme. Le respondí que eso no era ningún problema y que le deseaba un pronto restablecimiento. Su hijo me acompañó a la iglesia y juntos rezamos por la pronta recuperación de su madre. Después se paseó conmigo por todo el caserío, diciéndole a quien se asomara que yo era un médico que acababa de decirle a su madre lo que debía hacer para curarse. Volví cansado y feliz al campamento, donde ya me esperaba aprehensiva Sara. Esa noche insistí para que ella y su madre durmieran en el carro con don

Yohai, mientras yo me acostaba cerca de David y muy bien cobijado.

Continuamos la marcha algo más tarde que lo habitual y la caravana se alegró de que ni el nuevo guía ni yo éramos fieles observadores del reposo dominical. En el trayecto hicimos una breve parada sólo para dar descanso a las bestias y para que las madres se encargasen de las urgencias de los niños. Y retomamos nuestra ruta hasta llegar ya entrada la tarde al muy pequeño caserío de Villarrubio. Un vecino salió asustado a enterarse de quiénes éramos, y se volvió aliviado a dar la noticia después que oyó nuestras explicaciones y vio a varios de las muchas mujeres y niños de la caravana. Antes de irse nos indicó la cañada cercana donde corría buena agua, y también el lugar donde podríamos hallar algo de leña. Mientras sus padres estaban distraídos en la instalación del campamento hice un gesto a Sara para que me siguiese hasta las casas. Lo que nos llamó la atención fue la iglesia con un modesto campanario casi cuadrado, por la escasa elevación de su torre, que tenía dos niveles y una sola campana; y sobre todo nos interesó el hecho de que casi todas las casas que vimos tenían las ventanas fuertemente enrejadas; incluso las dos o tres que tenían dos plantas, tenían rejas tanto en la planta baja como en el primer piso. “Se ve que aquí no deben ser infrecuentes las visitas de los bandoleros” – le comenté a Sara. Cuando el sol ya se ponía vimos del otro lado del pueblito una campiña inesperadamente verde, que contrastaba con la aridez del resto del entorno. Volvimos al campamento en momentos en los que el guía explicaba que en la próxima jornada

tendríamos que atravesar un río y que, por la hora en la que llegaríamos a él, sería mejor pernoctar al sereno antes de vadearlo, para hacerlo con más tranquilidad a la mañana siguiente. Un par de voces se alzaron para preguntar si después del río habría que avanzar mucho para llegar a un poblado y el guía respondió que menos de lo que teníamos que andar para llegar a aquel curso de agua.

Al otro día partimos temprano e hicimos el círculo en la parada para el almuerzo. Ya estaba muy avanzada la tarde cuando divisamos al río Cigüela. El guía eligió para acampar un área de pasto mullido cercado por encinas, varios sauces llorones y algún pino albar. El ruido del agua alegraba los corazones y agregaba una preocupación a las madres, temerosas de que algún niño travieso no cayese al agua. Mientras se preparaba la cena aprovechamos para escaparnos con Sara hasta un rincón oculto de la arboleda, para vivir nuestro amor. Y volvimos separados y desde direcciones distintas, para no levantar sospechas. El guía exigió que las cargas de los diferentes carros se igualasen en la medida de lo posible, y que cada cual recuperase lo suyo después del cruce; y lo mismo había que hacer –dijo– con la cantidad y peso de las personas, que debían ser sólo el conductor, las mujeres y los niños, pues los hombres debían cruzar a lomo de bestia o nadando al lado de ellas; para los que no supieran hacerlo, y si fuera preciso, se desengancharían las bestias que ya habían atravesado los carros, para hacerlas volver a cargar a los hombres que todavía no hubiesen cruzado. La carga de los carros fue redistribuida de inmediato. Al

amanecer el guía nos llevó hasta el vado y allí se procedió como él lo había orientado; o sea, cada carro no se metía al agua sino hasta ver que el anterior había vadeado el río. Para asegurar el éxito algunos hombres dirigidos por el guía tiraban con largas cuerdas desde la orilla opuesta a las bestias que luchaban por no ceder ante la corriente y el fangoso lecho del río. De dos de los carros cayeron algunos pocos enseres, que la corriente se llevó en el acto, o que fueron tragados sin dejar rastro. Pero para felicidad general, ninguno de los pasajeros cayó al agua, y no se perdió ningún carro. Por último le tocó vadear a los hombres, como había sido planeado. Cuando toda la caravana se encontró después de esa travesía fueron muchos los abrazos, apretones de manos y besos entre esposos o novios, para celebrar el éxito; y los niños, excitados por el espectáculo, besaban a quien se les pusiera delante. Yo aproveché a besar a Sara en medio de esa confusa algarabía general. Después se redistribuyó la carga, según lo que era de cada quien, y se reinició la marcha. Un poco más tarde de lo que el estómago anunciaba como la hora del almuerzo, llegamos a Montalbo. El guía indicó que allí había que descansar bastante y reponer todas las fuerzas necesarias, pues en la próxima jornada nos esperaba el río Bancara, tan difícil como el que acabábamos de cruzar. Así se almorzó tardía y tranquilamente. Y cuando apenas habíamos terminado de comer vino corriendo un niño desde el círculo de los carros gritando que la embarazada necesitaba ayuda. Dos mujeres maduras que llevaban cada una cuatro hijos en la caravana, fueron las primeras en incorporarse y partir atrás

del niño; y otras madres las siguieron. Cuando con mi maestro llegué al carro en cuestión, a mí no me dejaron ni aproximarme, al igual que al padre que se quedó a mi lado; y a don Yohai lo mantuvieron a raya, parado en la parte trasera del carro y observando en puntas de pie lo que ocurría allí adentro. Yo oía algunos quejidos y los consejos sobre el respirar y la mejor posición que debía adoptar la parturienta; también se oían algunas oraciones. Una de las mujeres que se fue a traer agua caliente desde la fogata del campamento comentó que la parturienta no era primeriza, porque ya había tenido una hija fallecida antes de completar el primer año; y, hablando para sí misma en voz alta, agregó que aquello abreviaría el tiempo que la criatura necesitaría para nacer. Pero el sol se fue poniendo y no había novedades. Mi maestro hizo señas para que todos volviéramos a instalarnos alrededor de la fogata. Allí estaba platicando con Sara y el resto de la gente conversando entre sí, o preparando las instalaciones para dormir, los que lo harían al sereno, cuando se escuchó desde el carro de la parturienta un fuerte gemido y un llanto entrecortado. Entonces todo el campamento se precipitó hacia aquel vehículo, como atraído por un imán. El rabino tuvo que poner orden, para que la comitiva entera mirase por turno lo que sucedía dentro del carro, ante el que velaban el padre de la criatura y las dos madres que primero habían acudido; a cada mirón uno de ellos anunciaba que había nacido una niña, sana y fuerte. Cuando nos tocó el turno, primero a Sara y después a mí, vimos a la madre con el rostro muy cansado y feliz que, acostada de espaldas abrazaba a un bultito bien arropado

de rostro rojizo y labios pronunciados. Mi maestro ya había revisado a la recién llegada y poniéndome la mano en el hombro me llevó hasta su carro. “Así es el mundo – filosofó- unos se van y otros llegan”. Le pregunté qué pasaría ahora y él me aclaró que en el plazo de una semana, o sea antes de que llegáramos a Valencia, habría una ceremonia de imposición de nombre presidida por el rabino, en la que la niña recibiría un nombre de pila, seguido de la partícula “bat”, que quiere decir “hija de”, y luego el nombre de su padre, y si la criatura no es descendiente de la tribu de Leví o de la clase de los Cohén, será clasificada como “Israel”. Me desprendí suavemente de su abrazo y entré al pueblito que empezaba a dormirse. Llegué frente a la iglesia, que era muy parecida a la de Villarrubio, pero cuyo campanario tenía un nivel más; encima de su puerta había un nicho vacío, aguardando una imagen que, o todavía no había llegado, o que por algún motivo había desaparecido de su lugar. Como el templo estaba cerrado recé en su puerta por la salud de la recién nacida, deseándole mejor suerte que a su hermanita. Y me fui a acostar no lejos del fuego.

Salimos temprano de Montalbo a buen tren y preparando los ánimos para enfrentar el río Zancara. Al llegar al río nuestro guía, que ya se había adelantado un poco, nos dio la agradable sorpresa de que el cauce estaba mucho más bajo de lo que era cuando él había pasado por allí otras veces. Por precaución ordenó de todas maneras, que se procediese a reequilibrar las cargas y número de personas en los carros, como se había hecho antes. Y se siguió el mismo procedimiento adoptado en el Cigüela.

Esta vez no se perdió ni un bártulo de todos los que se llevaban, y las bestias pasaron a buen ritmo el curso de agua, dejando una estela a medida que avanzaban. Por último hicieron la travesía los hombres y las bestias sueltas. En la otra margen se repuso en cada carro lo que era de cada familia y continuamos la marcha hasta Villares del Saz, donde llegamos a tiempo para el almuerzo. Aunque después de comer se hubiera podido seguir avanzando el guía informó que como la etapa siguiente sería algo más extensa, consideraba prudente permanecer allí hasta el día siguiente, para reponer todas nuestras energías. Entonces antes de almorzar entré al caserío, donde destacaba la iglesia de techo oscuro y con dos líneas blancas pintadas a manera de flechas apuntando al cielo. Dos muchachos del lugar me interpellaron para saber de nuestras intenciones, y quizá porque les caí bien, o quizá porque me querían alejados del pueblo, me dijeron que allí lo que más podía llamar la atención era una cueva donde había pinturas. Les pregunté si estaban dispuestos a guiarme hasta allí aquella tarde y dijeron que sí. Durante el almuerzo pregunté si a alguien le interesaba ir hasta la cueva, y dos mozalbetes se anotaron. Sara consiguió al autorización de sus padres y vino con nosotros. A la hora de la siesta volvimos al pueblo y frente a la iglesia ya nos esperaban los dos lugareños. A poco de dejar el caserío empezamos a subir una cuesta empinada y pedregosa, y al llegar a unos matorrales uno de nuestros improvisados guías apuntó con el dedo y dijo: “es aquí”. Apartó uno de los arbustos y vimos un estrecho boquete de la altura de una persona. Los lugareños encendieron tras varios

intentos las antorchas que llevaban y entramos. De inmediato la cueva se ampliaba en un ancho recinto cuyas paredes tenían formaciones de piedra que me hicieron acordar de los encajes que había visto en las dos grandes sinagogas y en algún detalle de la Catedral de Toledo; en todas ellas había puntas que colgaban del techo y en muchas se percibía un muy lento goteo de un agua blancuzca; debajo de esas agujas otras les hacían frente, apuntando hacia el techo. No lejos de la entrada y en un recodo de esa galería los guías se detuvieron con las antorchas en alto e indicaron hacia la pared, con voz que el eco amplió muchas veces. Allí se distinguían con claridad algunas figuras rojas o negras que representaban a personas y animales; en algunos casos se veían escenas de caza, y en otros las figuras humanas y los animales aparecían separados y en varias representaciones más o menos repetidas. Un poco más adentro se abría otra galería hacia un costado y casi en la bifurcación había más de esas figuras, sin novedades en relación a las primeras. Como las antorchas perdían fuerza, pedí a los lugareños que nos guiaran hacia la salida. Al volver al aire libre uno de los jóvenes de la caravana que me había acompañado preguntó si aquello lo habían hecho gentes del caserío. A lo que los dos guías respondieron cada uno a su turno que nadie en el caserío sabía quiénes eran los autores de aquellos dibujos, y que las viejas decían que aquello debía ser cosa del diablo, pues tampoco los abuelos no conocían a sus autores. Agradecemos la invitación y le indiqué a los cuatro jóvenes que podían ir adelante. Nos miraron con ojos cómplices y se adelantaron para que Sara y yo

pudiéramos besarnos hasta hartarnos. Hasta que ella dijo que no podíamos demorar más y que debíamos volver al campamento, para escaparnos de noche, si fuera posible. Pero esa noche, para mi gran pesar, no se presentó esa oportunidad, pues su madre le pidió a Sara que auxiliara a la madre de la niña recién nacida. Alrededor de la fogata mis acompañantes y yo comentamos lo que habíamos visto en la cueva; un viejo dijo que la gente que había pintado aquello no debía de ser muy recomendable para irse a pintar a un lugar tan escondido; y no hubo más comentarios. Mi maestro me dijo a solas que siendo joven había oído relatos de una cueva con dibujos parecidos a los que habíamos visto, pero que ya ni recordaba de qué lugar se trataba. Y agregó que no creía que aquello fuera cosa del demonio, ni de gente deshonesto, pues sus motivos tendrían para haber pintado allí; y remató: “quizá los persiguiesen, como a nosotros”.

Por la mañana reemprendimos la marcha, que no pararía ni para el almuerzo, por indicación del guía, hasta llegar a nuestro próximo descanso. El paisaje se hizo una secuencia de tierra roja y bosques más o menos tupidos, y a lo lejos se divisaban unas elevaciones no muy altas, que fueron pasando del azul al verde oscuro mientras avanzábamos. Con las bestias ya bastante cansadas nos detuvimos en las afueras del plano caserío de La Hinojosa. Con el guía y Sara entré a él para saber si había posibilidad de comprar o canjear víveres por cosas que llevábamos y pudieran ser de utilidad a las gentes de aquel lugar, pero nos dijeron que la última cosecha había sido mala y no tenían nada disponible para ese fin. Entonces

nos limitamos a apreciar la iglesia que tenía un campanario de piedra gris terminado en espadaña, que culminaba, inmediatamente abajo de la cruz, en dos aberturas para dos campanas de respetable tamaño; su nave principal era un gran cuadrado en el que se abría como única fuente de luz en su parte delantera y a un costado de la puerta una gran ventana en forma de un rectángulo acostado; su puerta estaba reforzada con dos murallitas laterales de piedra, como si diera paso a alguno de los puentes levadizos que había visto en dibujos de los manuscritos de mi maestro; y al lado de esa nave había dos anexos pequeños que parecían haber sido hechos en tiempos diferentes, quizá más pacíficos que los que habían visto la edificación de la maciza y compacta nave del templo. Esa noche percibí que quizá aquella estructura de fortaleza también se destinara a la protección contra enemigos no humanos, pues no muy lejos del campamento escuchamos por mucho tiempo el aullido de varios lobos. El guía instruyó que los hombres durmieran debajo de los carros y que las madres no dejaran salir a los niños del círculo de los vehículos por ningún concepto.

Al otro día partimos en hora temprana con mucho agrado de aquel paraje de lobos. El guía nos advirtió que aquellos lugares eran inhóspitos y que no deberíamos detenernos en la marcha a no ser en caso de fuerza mayor. Y nos pidió que estuviéramos muy vigilantes y le avisáramos de cualquier jinete que viéramos en la lontananza. Hacía poco que avanzábamos cuando empezó a caer una llovizna fina y fría, que duraría toda la jornada. Cansados por la lluvia, el traqueteo, la tensión de la

vigilia, y en mi caso también por el lomo del burro, llegamos a Honrubia. Una comitiva de seis hombres del pequeño caserío vino hasta el campamento a averiguar quiénes éramos, y le ofrecimos compra o trueque por algunos de sus víveres. Les interesó mucho más la posibilidad de agenciarse de algunos espejos, cuchillos toledanos y algunos damasquinados, que las monedas propiamente dichas. Pero lo que tenían para ofrecer era poca cantidad para nuestras necesidades, y nos avisaron que sin duda en Alarcón conseguiríamos mucho más de las provisiones que nos hacían falta. También nos avisaron, para tranquilidad de nuestro guía y nuestra de que para el paso del río Júcar muy probablemente encontraríamos una balsa capaz de transportar los carros. Volvieron trayendo en dos carros sus productos e hicimos el intercambio. Los invitamos a nuestro fogón, cubierto con un techo de fortuna, para seguir departiendo, pero prefirieron llevarse lo obtenido y volver al caserío. Hasta allí los seguí y lo que me sorprendió en ese lugar tan pequeño fue ver dos iglesias a poca distancia la una de la otra. Para poder dormir, como ya lo habíamos hecho antes, los que no teníamos un carro donde meternos, improvisamos con capas algunos techos bajos entre los árboles, y apoyos en el piso.

A la mañana siguiente la misma comitiva de lugareños vino a despedirnos y a desearnos buena suerte. Seguimos la marcha sin contratiempos hasta el Júcar, donde, como nos lo habían anunciado, un barquero estaba disponible con su gran balsa. Su tamaño era suficiente para cruzar con comodidad hasta al más grande de

nuestros carros con toda su carga, y sin necesidad de desenganchar a las bestias. El conductor las controlaba con las riendas y al mismo tiempo un hombre las acompañaba para evitar que se asustasen y forcejeasen para tirarse al agua. Los niños disfrutaron como nadie la travesía, y más de uno quiso volver para cruzar el río una segunda vez; pero sus madres se lo impidieron con vehemencia. Llenamos varios de nuestros barriles con agua fresca. Saldada la cuenta con el barquero por una cantidad de monedas que probablemente el hombre nunca había visto juntas en su vida, proseguimos la marcha. Ya estaba muy avanzada la tarde cuando nos aproximamos de Alarcón. Allí pasaríamos el *Shabbat*.

De lejos vimos sus murallas, en las que destacaban dos torreones. Al acercarnos percibimos que el más elevado hacía parte de un castillo autónomo, rodeado por su propia muralla y bastiones de defensa, y en el otro, más alto, no se veía, desde donde nos aproximábamos, ninguna ventana. Al pie de las murallas se abría un ancho y muy profundo acantilado, que ya de por sí constituía una muy buena línea defensiva natural. Y por si fuera poco, al otro costado corría el río Júcar, ancho como el Tajo toledano en aquel lugar. Para llegar al límite del caserío hubo que subir una muy empinada cuesta, que las bestias vencieron con gran esfuerzo y después que los carros fueron aliviados de toda carga humana, con excepción de la de los conductores. La caravana se detuvo a la puerta amurallada de entrada y el guía y yo avisamos a los guardias que estábamos de paso y que queríamos hablar con la autoridad civil. Uno de ellos nos acompañó. Al

cabo de la primera callejuela bordeada por casas blancas y de ventanas enrejadas, apareció una iglesia con un campanario de tres niveles. Encima de su puerta un triángulo en piedra hacía recordar el frontispicio de uno de aquellos templos griegos que había visto en los libros de mi maestro; pero inmediatamente encima de él, una cruz hecha de la misma piedra de las paredes, identificaba al templo. El guardia nos dijo que llevaba el nombre de la Santa Trinidad. Algo más adelante se veía otra iglesia de estilo románico. Entre las dos se abría la plaza, a la que daba el edificio de la autoridad civil, y algo más adelante vigilaba un torreón almenado de la altura de unas quince personas. El guardia nos presentó a un oficial civil y le expusimos nuestra situación y necesidades. El hombre dijo que caíamos bien pues en dos días habría el mercado semanal y que muchos campesinos de la región acudirían trayendo sus productos de la tierra. Y nos autorizó a esperar fuera del pueblo y a hacer en nuestro campamento las transacciones que deseásemos.

A la mañana del domingo fuimos deteniendo a los campesinos que subían con sus carros, y después de aclararles que la autoridad había permitido los intercambios, procedimos a proveernos de la gran cantidad de víveres que necesitábamos. Aquellos campesinos prefirieron las monedas a cualquier otra cosa. Una vez hechas las transacciones el guía aconsejó un almuerzo temprano para aprovechar el día muy soleado y proseguir la marcha para llegar a Motilla del Palancar al anochecer.

Para ello tuvimos que hacer, en balsa, otra travesía del río Júcar. Y cuando nos acercamos a Motilla vimos que los campos rojizos estaban casi todos arados. Una comitiva de hombres fuertes nos salió al paso y nos impidió seguir hacia el poblado, y también nos prohibió adentrarnos en los campos. Así que tuvimos que acampar a prudente distancia de las casas. Mientras se instalaba el campamento y se preparaba la cena el guía nos dijo que aquella gente tenía miedo de que fuéramos a robarles los secretos de su plantación más preciada, que era el azafrán.

Con alegría nos alejamos de aquella mala acogida. Anduvimos de buen pie hasta Castillejo de Iniesta. Su iglesia de piedra blanca con torre de dos campanas a las que sobrevolaba un hueco, nos recibió a la distancia. El caserío era muy pequeño y no quisimos perturbar la vida de sus moradores, por lo que ninguno de nosotros entró al poblado; tampoco nadie del lugar vino a vernos. Nos instalamos a la sombra de unos frondosos robles y nogales. El rabino aprovechó la calma para proceder a las ceremonias de imposición del nombre de la niña recién nacida; sus padres la llamaron Zafira. Vivaqueamos la noche y al otro día partimos al amanecer para una jornada que el guía anunció que sería dura.

Fuimos subiendo hasta llegar a un muy pequeño caserío que un campesino que labraba la tierra identificó como la Granja de Iniesta. Pero el guía prefirió seguir subiendo, hasta la Venta que encontraríamos en Puerto de Contreras. Las bestias acusaban el cansancio de la subida prolongada, y tuvimos que hacer dos altos en la marcha. Al fin, con la tarde ya muy avanzada y en la altura

máxima de las cercanías, llegamos a la Venta. El guía se adelantó a parlamentar con el ventero y volvió con la noticia de que se podrían acomodar intramuros y en el amplio patio interno todos los carros que allí cupiesen, pero que comida y alojamiento sólo estaban disponibles para muy pocas personas, pues ya atendía a algunos viajeros y un pequeño destacamento militar. Volvimos con el guía, Sara y algunas personas de la comitiva, incluyendo mujeres y niños a arreglar los detalles con el dueño de la Venta. Se le dijo que se le pagaría en dinero y damasquinados por el cobijo de los carros y la ración de las bestias, pero que sólo se necesitaba alojamiento para el matrimonio con hija recién nacida, para la señora asmática y para alguien que queriendo dormir bajo techo y en suelo más blando de lo que lo venía haciendo, se decidiese a pagar por ese servicio; en relación a la comida se aceptaría lo que pudiera ofrecernos de verduras y granos sin cocinar, pero la comida hecha sería servida sólo para el guía y para mí, pues los otros viajeros cocinarían su cena. El hombre no entendió esa última preferencia, máxime viendo que entre los recién llegados había mujeres y niños, pero se alzó de hombros y dijo: “como gusten”, para volver a sus quehaceres. A continuación acomodamos la mayoría de los carros en el patio, dejando afuera sólo a los que cargaban familias sin hijos pequeños. Después llevamos las bestias hasta los amplios establos, para que se alimentaran a sus anchas. Los niños entraron a curiosear todas las instalaciones del establecimiento. Dejé a Sara con los suyos y me dispuse a saborear con el guía las delicias de la casa. Nos sentamos y miramos a nuestro

alrededor. En un rincón cuatro hombres de capa arremangada sobre un hombro, chaleco cerrado por trabas de madera, y altas botas de cuero, nos miraban mientras bebían abundante vino en bota. En otro rincón una media docena de uniformados departía en voz alta y comiendo sin prestarnos atención. Hasta nuestra mesa la regordeta mujer del dueño trajo dos grandes cazos humeantes. Y de inmediato dimos cuenta de ellos, acompañándonos de un vino de la casa, que si no era el mejor de los que se pudiera encontrar, tampoco era de los peores. Al terminar le hicimos saber al dueño que sumara lo debido por la comida a los otros gastos, pues todo se arreglaría con un único pago a la mañana siguiente, antes de nuestra partida. Esa noche pudimos escaparnos con Sara hasta uno de los rincones más oscuros de la parte externa del muro de la Venta, para satisfacer con placer el deseo que nos ardía por todo el cuerpo. Después Sara me dijo que nunca había estado en una Venta y yo le dije que estábamos en la misma situación. Y nos quedamos boca arriba, contando las estrellas fugaces y pensando en secreto un anhelo en cada una de sus apariciones. Al fin nos confesamos los pensamientos y constatamos que se resumían a lo mismo: que fuéramos muy felices juntos, lejos de toda persecución y teniendo en nuestra casa a varios hijos. Volvimos para dormir separados de pocos pasos dentro del patio.

Al otro día temprano se le pagó al muy satisfecho ventero, rearmamos la caravana y comenzamos a bajar la sierra rumbo a Villagordo del Cabriel, para lo cual deberíamos atravesar el río Gabriel. Éste era un río no muy ancho, pero su fuerte corriente hizo extremar las

precauciones para que ninguna persona, ni carro, bestia o carga, se perdiera en la travesía. Nos estábamos reponiendo de la travesía y devolviendo las cargas a sus respectivos carros, cuando uno de los niños gritó que se acercaban ocho jinetes. A la distancia de un tiro de cañón vimos que venían empuñando armas, y los hombres corrieron a agarrar cuchillos y palos con los que defenderse; yo saqué mi daga y gritándole a Sara que se metiera dentro del carro de don Yohai, me uní al semicírculo que rápidamente formaron los hombres para esperar a los agresores, que ahora se aproximaban gritando improperios. Reconocí entre ellos a los cuatro que bebían en la Venta. Y en ese momento pararon en seco su carga, pues del otro lado del río, a nuestras espaldas, se oyeron fuertes gritos. Al mirar hacia allí vimos que los uniformados que habíamos visto en la Venta estaban empezando a cruzar el curso de agua viniendo hacia nosotros. Los agresores volvieron grupas y rápidamente se perdieron, subiendo entre los peñascos. El oficial que mandaba el destacamento anunció en alta voz que acompañaría nuestra caravana hasta Villagordo. Y así llegamos sin otro susto al pequeño caserío. Acampamos pegados al caserío y el destacamento prosiguió su marcha, recibiendo el agradecimiento de todos los viajeros reunidos para la ocasión. Cada soldado se llevó un damasquinado como prueba de nuestra gratitud. La temprana hora de instalación del campamento sirvió para que los hombres, guiados por los dos herreros, hicieran una revisión completa del estado de los ejes y de las ruedas, y se hiciesen la reparaciones necesarias. Las

bestias fueron llevadas hasta un buen pasto. Los niños jugaron a su antojo, vigilados por cuatro mujeres atentas. El resto de ellas preparó la cena usando la leña y el agua acarreada por los jóvenes; ésta última de la fuente situada no lejos de la iglesia, a la que conducían callejas de casas de color ocre y con ventanas enrejadas.

Al otro día seguimos bajando hasta Utiel. La lluvia nos castigó toda la jornada, pero cesó al atardecer. Primero aparecieron bosques de árboles y arbustos que mezclaban su verde con el amarillo de una tierra árida. Luego vinieron extensos olivares, que acompañaban nuestra marcha. Y después se alternaron con grandes viñas. Al aproximarnos vimos crecer la villa, tapizada con el ocre de los tejados que hicieron volver mi memoria a Toledo. Una gran torre-campanario de iglesia despuntaba sobre los tejados. Tenía cuatro pequeñas puntas en su parte superior, a la que seguía finalmente otra torrecilla en miniatura, con espacio para una campana. Cerca había otra torre, blanca y rectangular, con una sola ojiva para las campanas. Y, algo más retirada, una gran cúpula gris hacía adivinar una mezquita transformada en iglesia. Bordeamos una parte de la larga muralla. La puerta de entrada a la que llegamos era de piedra blanca y con un gran arco ojival, y sus almenas estaban coronadas con dos series de pequeñas troneras, con cinco torrecitas la primera fila, y cuatro la más elevada. Allí fuimos detenidos por la guardia, que tras una rápida inspección de los carros, nos prohibió la entrada. Aquella gente hablaba con un acento que nunca había oído, y entre ellos intercambiaban palabras que yo no entendía. El guía pidió para hablar con una autoridad y

que yo lo acompañara. Los guardias atendieron el pedido y nos introdujimos por las callejas que conducían al corazón de la urbe. Muchas de las casas eran blancas, de dos plantas y con balcones de hierro de donde colgaban flores rojas. Otras eran ocre, de una sola planta sin balcones, y con sus ventanas enrejadas. Las callejas estaban empedradas y en su parte central había un canalcito para que por allí corriera el agua de las lluvias. El oficial que nos atendió le dijo a uno de los guardias que nos acompañara hasta una plaza donde podríamos acampar, a condición de que partiéramos sin falta a la mañana siguiente.

Volvimos para guiar la caravana y la gente salía a las puertas de sus casas para vernos pasar. Algunas viejas se persignaban mientras cuchicheaban entre sí. Algunos niños comenzaron a dirigirnos insultos, pero hombres adustos del lugar los hicieron callar. El guía pidió que nadie se moviera de la plaza, para evitar incidentes. No sé cómo la voz se corrió y una vecina apareció pidiendo que el médico de la caravana acudiera a la cabecera de su marido. Acompañé a don Yohai hasta la casa cercana, y mi maestro revisó detenidamente al hombre; luego me pidió que hiciera lo mismo. Cuando me preguntó mi impresión le dije que lo más llamativo era que tenía los pies hinchados, pesados, rojos, doloridos, especialmente en el dedo mayor, y también dolor en las rodillas, caderas, codos y muñecas. Mi maestro aprobó con un gesto mi observación y le dijo al hombre y a su mujer, que estaba parada a su lado, que para curar aquella dolencia la única solución era que el enfermo tomase cada día mucha agua,

abandonase por completo las bebidas alcohólicas, y también el consumo de carne roja, prefiriendo siempre los pescados; además -agregó- tiene que comer verduras y caminar todos los días por el pueblo y sus alrededores. El hombre dijo que de todo aquello lo que más le apenaba era la prohibición de la bebida, pero agregó que por la buena salud incluso valía la pena beber aquel veneno que era el agua. Mi maestro le aseguró que si siguiere al pie de la letra sus indicaciones, mejoraría en breve, pero que tenía que mantener el control sobre su alimentación, bebidas y caminatas, porque aquellos dolores volverían al menor descuido. El hombre agradeció y dijo que nos pagaría con unos panes que su mujer recién había hecho, con media docena de botellas de vino que ahora él ya no podría tomar, y con un jamón que se curaba en la pieza contigua. Agradecemos el pago y nos retiramos, mientras mi maestro me felicitaba porque el jamón sería patrimonio exclusivo mío y del guía, por estarle vedado al resto de la caravana. Esa noche me di cuenta que para mis amores con Sara las villas eran mucho menos propicias que los descampados, pues no había dónde esconderse de miradas curiosas. Por eso me limité a contarle los detalles que había visto de las casas y los templos, y la visita médica que habíamos hecho con don Yohai.

Al día siguiente proseguimos hasta Requena, con la información de que encontraríamos una villa tan importante como la que acabábamos de dejar. Y así fue, pero antes debimos atravesar el río Magro, que felizmente, como su nombre lo indica, tenía un débil caudal y no nos causó dificultades. Pero, como antes, habíamos tomado

todas las precauciones, y la maniobra nos demoró algún tiempo. Se repitieron las escenas de Utiel, pero esta vez el oficial nos prohibió la entrada al casco urbano. Mas al ir saliendo de la ciudad, vimos que en una gran plaza rodeada por edificios blancos había un mercado en plena actividad. Como el oficial no viera en ese gesto ninguna violación de la orden de su superior nos acercamos a los feriantes y les propusimos comprarles o canjearles fuera del pueblo mucho de lo que les sobrara; y garantizamos que pagaríamos en monedas contantes y sonantes o en objetos de valor. Cuando preguntaron a qué nos referíamos con éstos últimos, dijimos que con damasquinados y otros objetos de Toledo. No fue difícil lograr la aceptación de varios de los feriantes y con esa buena noticia regresamos a la caravana. A Sara le relaté lo esbelta que era una iglesia, que sin duda habría sido una mezquita, toda de ladrillo y con una espigada torre que terminaba en grandes aberturas ojivales para las campanas, y algo más arriba en otras más pequeñas, y que de las unas y las otras había dos, en dos de las caras de la torre, y una sola en sus otras dos caras; y todo eso estaba rematado por un techo de un azul intenso que se iba cerrando en una suave curva; a su lado otra nave culminaba en una cúpula de un azul más intenso aún que el del techo de la torre. Y más lejos se veían otras dos cúpulas, de color menos vistoso. Las casas eran de dos plantas y de color ocre o blanco, pero sus balcones en el primer piso lucían menos flores que los de Utiel. Y mucho me llamaron la atención algunas casas blancas que tenían incrustados en sus fachadas listones de madera, que, al tiempo que hacían

parte de la estructura, le daban a la construcción un toque de adorno especial. Mientras le hacía el relato a Sara se tomaron las medidas necesarias para instalar el campamento extra-muros y para tener a mano lo que daríamos a los feriantes, y no mucho después aparecieron más de una media docena de carros a hacer negocios con nosotros. Como en otras ocasiones los más viejos y viejas de nuestro grupo se encargaron del tira y afloje, hasta que se llegó en cada caso a lo que resultaba conveniente para ambas partes. Y así nos hicimos con provisiones más que suficientes para llegar a Valencia.

Partimos a la mañana siguiente de Requena y cuando llegábamos a la altura de un lugar que el guía nos dijo que se conocía como Nevera, hicimos la parada del almuerzo. Cuando estábamos acampando para el almorzar, grande fue nuestra sorpresa al ver llegar a una caravana de una decena de carros muy coloreados. El líder de aquella comitiva se acercó y nos enteramos que se trataba de gitanos. El hombre volvió a su gente sabiendo quiénes éramos y vimos cómo algunas mujeres jóvenes y viejas que usaban vestidos y chales de fuertes colores, apuntaban hacia nuestro grupo, mientras cuchicheaban entre sí; al lado de ellas algunos hombres fuertes y vestidos con pantalones y chalecos oscuros y camisa blanca nos miraban impassibles, y cambiando pocas palabras entre ellos. Entonces y sin consultar a nadie, me acerqué a su caravana, me presenté como cristiano, mostrándoles mi crucifijo, y pregunté si iban a almorzar en aquel paraje. Como dijeron que sí los invité a hacer una comida compartida entre ambos grupos. Las mujeres jóvenes

rieron nerviosas y las viejas miraron a los hombres esperando una respuesta. El líder miró a los demás y como no vio ninguna señal de reprobación dijo que sí. Traje la noticia a nuestro grupo y de inmediato nuestras mujeres y las de ellos se encontraron para organizar el almuerzo. De a poco los corrillos mezclaron a hombres y mujeres de uno y otro grupo y los recelos iniciales fueron completamente superados. Aunque oí a una de nuestras mujeres decir que había que tener a los niños siempre bajo la mirada, pues los gitanos los robaban. Pero dos de las gitanas viejas descubrieron a la niña recién nacida y le ofrendaron a su madre flores y cintas coloridas. Entonces nuestras madres dejaron que sus hijos fuesen a jugar con los gitanitos en el prado que se extendía entre el semicírculo de árboles junto a los que habíamos acampado. Los gitanos, a su vez, examinaron nuestros carros e intercambiaron ideas de conocedores con nuestros dos herreros. Cuando la comida estuvo pronta, el vino comenzó a circular en abundancia. Y trajo consigo canciones que se alternaban entre las del repertorio gitano y el de los judíos. Cuando coincidían en alguna melodía y letra todos cantamos juntos. En eso estábamos cuando mi maestro se me acercó y me dijo en voz baja: “Aquí se unen dos pueblos perseguidos hace milenios; pero cada uno, a su modo, no cesa en la defensa de su identidad”. Cuando tuvimos que despedirnos pues nuestra marcha no podía atrasarse más, acerqué mi burro al de Sara y le comenté mi admiración por aquella gente que era capaz de ser feliz con tan poco, y que para no renunciar a su identidad y su entera libertad estaba siempre en los caminos, incluso cuando les ofrecían

asentarse en algún lugar. Ella me miró muy seriamente y respondió que lo de la libertad y la identidad estaba muy bien, pero que ella quería una casa fija donde criar a sus hijos. A lo que retruqué, sonriendo, que ella tenía la suerte de que yo no fuera gitano. Y proseguimos la marcha.

Seguimos bajando y ya atardecía cuando al fondo de un valle, muy verde por sus muchas arboledas divisamos un caserío que no tenía murallas. Un labriego nos dijo que la localidad se llamaba Xiva. Decidimos acercarnos para sentirnos más seguros en compañía de las casas, pero sabíamos que nada especial podríamos buscar en aquel lugar, y, por suerte, a esa altura tampoco nos faltaba nada importante. Allí se armó el campamento y en la primera ocasión que las sombras nos dieron nos escapamos con Sara a disfrutar en un recodo de las varias arboledas del lugar. Sus padres ni la vieron salir – me dijo-pues estaban muy ocupados charlando con otros matrimonios de la caravana sobre lo que habría que hacer al llegar a la ahora tan cercana Valencia. Yo le pregunté si ella tenía alguna idea a ese respecto. Y me dijo que lo único que se le ocurría era subirse a un barco que nos llevara adonde pudiéramos ser felices, sin sufrir persecuciones. Le pregunté si prefería ese lugar cercano o distante. Y ella dijo que tanto le daba, aunque lo prefería cercano para poder volver más fácilmente a Toledo cuando los reyes sentaran cabeza. Yo le dije que estaba de acuerdo con todo lo que había dicho, e hicimos otra vez el amor.

Cuando volvimos al campamento el guía estaba diciendo que al otro día respetaríamos el *Shabbat* y que el

domingo nos esperaba la última etapa antes de Valencia; que sería un poco más larga pero no mucho más que las tantas que ya habíamos hecho, y que después de pernoctar una noche en Quart de Poblet nos quedaría nada más que un paso para alcanzar nuestro destino; pero que era bueno hacer esa parada para llegar a Valencia con todas nuestras energías; mientras tanto él se adelantaría y volvería a Quart de Poblet trayendo las novedades de las personas que el rabino le había indicado que debería contactar en la ciudad grande. Fueron muchas las exclamaciones de alegría y alivio, y no sólo de parte de las mujeres. Finalizó diciendo que ya en esa parada se podría ver el mar, pero que esperaríamos al día siguiente para verlo en Valencia.

Partimos temprano y de muy buen humor. Como seguíamos bajando pero la inclinación no era brusca, las bestias iban de tan buen talante como nosotros. Un castillo de modesto tamaño y una ermita anunciaban al caserío. Alrededor los campos estaban todos arados. Buscamos un lugar de verde pasto y arbolado al lado del río Turia, y allí acampamos. Como de costumbre nos escapamos con Sara, buscando un lugar propicio para el amor, porque después no sabíamos cuándo podríamos estar otra vez a solas; quizá eso fuese posible sólo en algún rincón del barco; por eso nos disfrutamos el uno al otro sin prisa y sin pausas. Volvimos exhaustos al campamento.

Amaneció el gran día. Preparamos toda la caravana y aguardamos tendidos en el pasto, platicando en corrillos, mientras los niños correteaban a nuestro alrededor. Cerca del mediodía volvió el guía con excelentes noticias. Las

personas que el rabino había indicado ya habían hecho contactos con otros armadores para el embarque de otros grupos que ya habían partido, y ponían su servicio a nuestra disposición apenas los encontrásemos en la ciudad. Nos pusimos en marcha, bordeamos el río y a poco de andar llegamos al puente. Ante nosotros estaba la ciudad amurallada. No pude contener un escalofrío al pensar que el Cid había muerto defendiendo aquella plaza. Una gran puerta se abría entre dos torreones de varias caras, culminados por almenas que a su vez soportaban una prolongación de los torreones que culminaba en otras almenas; sobre la puerta había un gran friso adornado con un encaje de piedra que sin duda tenía origen árabe. La guardia interrogó al guía y al rabino, a quienes hacía yo compañía, junto con don Yohai, y rápidamente nos dijo que seríamos conducidos a un sector donde ya habían sido llevados provisoriamente hasta su partida otros grupos similares al nuestro. Así entró nuestra caravana a la ciudad atrayendo la curiosidad de vecinos y transeúntes. Oímos algunos insultos, pero la mayoría nos contemplaba sin decir palabra. Cuando llegamos al lugar que nos indicaron no desempacamos. Y el guía fue con el rabino y una comitiva, de la que hacía parte mi maestro, a encontrarse con las personas que intermediarían nuestra partida. Mucho tiempo después volvió la comitiva y con ellas las novedades. Mientras el rabino se las comunicaba al grupo reunido, mi maestro me llamó aparte y me dijo que felizmente habría barcos a precios razonables para todos y dentro del plazo marcado por los reyes; y agregó que él había sabido que un Abravanel, rico judío valenciano

pariente de los de Toledo, a quien una vez había logrado curar de una grave dolencia, estaba por partir con una carabela que había fletado en exclusividad para su familia y criados; y remató diciendo que al día siguiente iría a verlo para tratar de que incluyera entre los pasajeros también a nosotros dos, y a Sara y a sus padres. Le pregunté hacia dónde zarparía ese barco. Y me dijo que se rumoreaba que su destino sería Constantinopla, porque el Sultán había dicho que lo que Fernando e Isabel perdían con la expulsión de los judíos, él lo ganaba, dando a entender que apreciaba nuestros conocimientos y habilidades. Le dije que le comunicaría las nuevas a Sara y a su familia y que aguardaríamos al día siguiente para saber a qué atenernos. Esa noche dormimos apretados en los carros y los que no tenían cabida en uno de ellos, buscaron lugares donde pernoctar a cambio de algunas monedas. A la mañana siguiente los padres de Sara nos autorizaron a recorrer un poco la ciudad, y sobre todo a contemplar el mar. Estuvimos parados en la orilla mucho rato, y probamos algo de su extraña agua salada. Ni ella ni yo entendíamos cómo no era posible divisar la otra orilla. Esa pregunta no salía de nuestras cabezas mientras pasamos después intramuros por magníficos edificios civiles o religiosos que nos traían infaltablemente el recuerdo de Toledo. Cuando nos encontramos con mi maestro, antes mismo de dejarlo hablar, le pregunté por el misterio de la otra orilla del mar; nos miró sonriente a mí, a Sara y a sus padres, y dijo que sospechaba que aquello se debía a que las distancias eran enormes y también – agregó, entornando los ojos- a que la tierra era redonda

como una naranja, por lo que su curvatura escondía la otra orilla del mar. Lo miramos con cara de no entender lo que decía, pero él hizo un gesto de la mano que indicaba que ese era tema para otro momento, y nos comunicó las novedades. Abravanel se acordaba muy bien de mí y de su cura –dijo don Yohai- ; y agregó que nos transportaría en la carabela que había fletado para llevarlo a Constantinopla sin que tuviéramos que desembolsar nada, desde que él y yo nos encargásemos de atender a cualquier enfermo que haya a bordo; con eso –concluyó– ahorraremos nuestro dinero y damasquinado para sobrevivir el primer tiempo en aquella ciudad. Oímos a mi maestro con gran contento, al punto que no pude evitar darle un beso en la boca a Sara, delante de sus padres. David nos apartó muy serio y reiteró: “Nada de intimidades hasta que aceptes la verdadera ley”. Don Yohai le dijo que ya habría tiempo para eso y le pidió que en los días que faltaban para zarpar nos autorizase a conocer mejor la ciudad y a estudiar algo de Constantinopla en libros que él me prestaría y yo podría leerle a Sara.

Así los días pasaron rápido entre esos paseos y lecturas en voz alta.

Salimos de Valencia el...”.

Y aquí el manuscrito se interrumpía al final de una página. Debían faltar muchas, pues la última que sobraba después de todas las que aquí hemos transcrito fielmente comenzaba por una frase ya empezada y que dice: “mirando crecer a nuestros hijos fuertes y sanos al abrigo de la ciudad amurallada de Rodas, donde no me está

yendo nada mal como médico, prolongando los buenos tiempos de los años en los que vivimos en Constantinopla. Mi única deuda con los fallecidos padres de Sara es no haberme convertido a la ley mosaica, como David tanto anhelaba; pero ni en Constantinopla ni aquí nadie nunca lo supo, pues siempre he acompañado religiosamente a Sara a la sinagoga; ambos permitimos que nuestros hijos decidieran libremente sobre la religión que profesarían. Escrito en Rodas en el año cristiano de 1525”.

## BREVE CURRICULUM VITAE DEL AUTOR

Sirio López Velasco, uruguayo-brasileño-español, nació en Rivera (Uruguay), en 1951. Casado, dos hijos. Militó en el MLN-Tupamaros, actuando en Uruguay, Chile y Cuba. Exilado político en Bélgica, en 1985 se doctoró en Filosofía en la Université Catholique de Louvain (Bélgica), en la que también recibió el diploma de "Licencié" en Lingüística y fue col-fundador y coordinador del Seminario de Filosofía Latinoamericana entre 1983 y 1985 (primer Seminario de doctorado creado por alumn@s en esa Universidad fundada en 1425); en 2002 y 2009 realizó Posdoctorado en Filosofía en el Instituto de Filosofía del Consejo Superior de Investigaciones Científicas (CSIC, Madrid, España), la primera vez con beca del Ministério da Educação de Brasil. Electo en 1988 Vice-Presidente de la International Association of Young Philosophers (IAYP) en el XVIII Congreso Mundial de Filosofía, realizado en Brighton, Inglaterra, ocupó el cargo hasta el siguiente Congreso Mundial, en 1993. Fue contratado como investigador por la Universidad de Mainz (Alemania) en el período 1989 - 1992 para la realización del Atlas Lingüístico Diatópico y Diastrático del Uruguay (coordinado por Harald Thun y Adolfo Elizaincín). Fue profesor en las Universidades PUCRS y UNISINOS (de Porto Alegre, Brasil), y desde 1989 hasta 2019 (cuando se jubiló) fue profesor Titular de Filosofía en la Universidade Federal do Rio Grande (FURG, en Rio Grande, Brasil); allí trabajó de 1994 a 2016 en el Programa de Posgrado en Educación

Ambiental, habiendo ayudado a crear la Maestría y luego el Doctorado en Educación Ambiental (los primeros y únicos hasta hoy en el área, en Brasil, reconocidos por el Ministerio de Educación); fue el primer coordinador de dicha Maestría entre 1994 y 1996. Fue miembro del Comité Científico Internacional del 1 y del 3 Congreso Mundial de Educación Ambiental (realizados, respectivamente, en Portugal en el 2002 y en Italia en el 2005). Fue miembro de la delegación oficial brasileña, en el área de educación, a la “Rio + 20” (Conferencia de la ONU sobre Desarrollo Sostenible), realizada en Rio de Janeiro en junio de 2012. Es miembro de dos Grupos de Trabajo de la Associação Nacional de Pesquisa e Pós-Graduação em Filosofia (ANPOF, Brasil). Fue Secretario en Rio Grande de la Sociedade Brasileira para o Progresso da Ciência (SBPC). Desde 1996 desarrolla una ética argumentativa ecomunitarista (que considera ser “la” ética) cuyas tres normas fundamentales (entendidas como Cuasi-Razonamientos Causales) son deducidas (con la ayuda del operador lógico rebautizado “condicional”) exclusivamente de las “condiciones de felicidad” de la pregunta que instaura la ética, a saber , “¿Qué debo hacer?”; se trata pues de una ética no dogmática, en la que las obligaciones se sustentan sobre enunciados falseables (superando así el abismo abierto por Hume) y evolucionan junto con los conocimientos construidos-aceptados en la argumentación. En base a esa ética desarrolla su propuesta ecomunitarista, que abarca la economía, la educación, la erótica, la política y la comunicación. Además de varios capítulos de libros y artículos impresos

o electrónicos que vieron la luz en Brasil, América Latina, Europa y EEUU, entre sus publicaciones se destacan los siguientes libros: "Reflexões sobre a Filosofia da Libertação" (1991), "Ética de la Producción" (1994), "Ética de la Liberación" Vol. I ["Oiko-nomia"] (1996), "Ética de la Liberación" Vol. II [Erótica, Pedagogía, Individuología] (1997), "Ética de la Liberación" Vol. III [Política socioambiental ecomunitarista] (2000), "Fundamentos lógico-lingüísticos da ética argumentativa" (2003), "Ética para o século XXI. Rumo ao ecomunitarismo" (2003), "Ética para mis hijos y no-iniciados" (2003), "Alias Roberto – Diario ideológico de una generación" (2007), "Introdução à educação ambiental ecomunitarista" (2008), "Ecomunitarismo, socialismo del siglo XXI e interculturalidad" (2009), "Ética ecomunitarista" (2009), "Ucronía" (2009), "El socialismo del siglo XXI en perspectiva ecomunitarista a la luz del socialismo real del siglo XX" (2010), "Ideias para o socialismo do século XXI com visão marxiana-ecomunitarista" (2012), "La TV para el socialismo del siglo XXI: ideas ecomunitaristas" (2013), "Confieso que sigo soñando" (2014, co-autor con su esposa, María J. Israel Semino), "Elementos de Filosofia da Ciência" (2014), "Ideas y experiencias de la democracia: una mirada ecomunitarista" (2017), "Contribuição à Teoria da Democracia: uma perspectiva ecomunitarista" (2017), "Filosofia da Educação. A relação educador-educando e outras questões na perspectiva da educação ambiental ecomunitarista" (2018), y "Cuestiones de Filosofía de la Educación" (2019). Orientó varias tesis de posgrado, en

Filosofía y en Educación Ambiental, y dio conferencias en congresos internacionales realizados en A. Latina y en Europa.

E-mail: [lopesirio@hotmail.com](mailto:lopesirio@hotmail.com)